

073

091

BV.4254
M8B



A NUESTRO SANTISIMO PADRE

FONDO LITURGICO
VALVERDE Y TELLO
SEÑOR PIO IX,

COMO UNA HUMILDE

MANIFESTACION DE SU REVERENTE GRATITUD,

CAPILLA ALFONSO
EL
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
el Cabildo Eclesiástico

DE MICHOACAN.

101891



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

SERMON

QUE EN LA

SOLEMNISIMA Y RELIGIOSA FUNCION DE GRACIAS

CONSAGRADA AL TODOPODEROSO

POR EL REGRESO DE

N. S. P. EL SEÑOR PIO IX

A LA CIUDAD DE ROMA,

PREDICÓ

En la Santa Iglesia Catedral de Morelia el 30 de Junio de 1850,

EL SEÑOR LICENCIADO

el D. *Elemente Mungia, D.*

Canonigo de la misma Santa Iglesia, Provisor y Vicario Capitular del Obispado.

PUBLICADO

Por disposicion del M. I. y V. Cabildo Eclesiástico de Michoacan.

México 1851.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

IMPRENTA DE LA VOZ DE LA RELIGION.

BX1373
M86



*Gloria in altissimis Deo, et in terra pax
hominibus.*

Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos,
y paz á los hombres en la tierra.

LUC. II V. 14.

Señores:

YA comprendereis que no he tenido que revolver las Santas Escrituras para encontrar la clave sagrada que ha de encerrar mi pensamiento y ocupar vuestra religiosa atencion en la solemnidad presente. Hanse encontrado nuestros sentimientos con los cánticos sagrados que resuenan en las bóvedas

002634

de esta basílica: el himno angelical de Belen resume de una manera divina el grande y santo objeto de esta ceremonia, y por la mas feliz de todas las coincidencias, hemos recogido en un punto la dilatada carrera de diez y nueve siglos, para volver al cielo, con la expresion de un santo reconocimiento, los ecos augustos de aquellas inteligencias sublimes que descendieron á la cuna del Salvador para cantar en los trasportes de un escelso regocijo, la gloria de Dios en las alturas y la paz de los hombres en la tierra. ¿Dónde podian representarse mejor el pensamiento y las mas íntimas afecciones de la numerosa y respetable concurrencia que me escucha? En el orden de los acontecimientos humanos, fácilmente reconocereis el espíritu de la religion y el espíritu de la filosofia. Ora ecsamine los hechos, ora los pese con fidelidad en la balanza de su criterio, ya gire por los espacios para seguir la carrera de los mundos, ó bien tenga que reconcentrarse en un punto para estudiar la constitucion de un ser imperceptible, el filósofo, siempre sucesivo en su discurso, siempre parcial en su comprension, pasa la carrera de una vida inteligente y laboriosa, para quedar figurando como un simple eslabon de esa cadena tradicional que compone la historia del espíritu humano. Muy de otra suerte juzgamos del genio de la religion: expresion soberana del pensamiento de Dios, engólfase sin cesar en lo infinito, desdeña lo que nos es inmenso, esquivá lo que declina un tanto de los últimos términos de la

perfeccion, y nunca se muestra mas elevada, que cuando abraza con una sola de sus expresiones inspiradas, las generaciones, los acontecimientos y las ideas que han venido pasando por el inmenso curso de los siglos. ¡Desdichado de aquel que, ministro del santuario, dueño de la fé, árbitro de la esperanza, tutor nato de la caridad evangélica, se sintiese avergonzado de no poder seguir el misterioso laberinto de la política, cuando tiene que arrastrar al templo los grandes sucesos de la vida social, como otros tantos medios que la Providencia pone á su arbitrio para desenvolver en la tierra y llevar á su feliz consumacion los magníficos planes del que reina en los cielos!

Nunca he apreciado mas, como ministro del Altísimo, la feliz ignorancia en que me coloca mi escentricidad de esa esfera donde gira el pensamiento esclusivamente político, que en la ocasion presente; pues inmune de esas delicadas tentaciones que podrian esterilizar la fecundidad propia de la palabra de Dios, puedo hablar aquí á Su Magestad, como intérprete de la Iglesia y del Estado de Michoacan, esplicando su reconocimiento con las augustas emociones de la caridad cristiana, por el suceso nunca bastantemente encarecido del regreso de Nuestro Santísimo Padre el Sr. Pio IX á la ciudad de Roma.

La Iglesia y el Estado, que algunas veces se asocian en un pensamiento político, colócanse hoy entrambos, á la presencia del Rey de los reyes que

está en ese tabernáculo, bajo la influencia feliz del pensamiento religioso. El grande acontecimiento que nos ocupa fecunda las dos ideas. A la hora de esta, la religion habrá ya recibido mil cumplidos homenajes en las tribunas parlamentarias de los pueblos con motivo tan plausible, mientras nosotros, haciéndolo servir todo á la idea religiosa, no volveremos nuestros ojos al órden puramente humano, sino movidos por la gracia del Espíritu Santo, y para ver concentradas en la accion permanente de la voluntad divina, las esperanzas de la sociedad entera.

Hay, señores, algo de misterioso en el empleo que hace la Iglesia de estas palabras de mi testo. Repítense millares de veces cada dia en todo el orbe católico. ¿Qué será? El hombre naturalmente distraido de la presencia de su Criador y de su fin, ha menester sin duda de un estímulo tan constante como este, que precisando su razon y su voluntad en cuanto piensa, concibe y ejecuta, le obligue, digámoslo así, á no ser la víctima continua de la fascinacion de las ideas y de los prestigios de las pasiones. Jesucristo, viniendo al mundo, le trajo dos cosas, perfeccion y felicidad; y los ángeles, proclamando en su cuna la gloria de Dios y la paz de los hombres, establecieron definitivamente los datos en que pudieran cifrarse nuestro juicio sobre la importancia relativa de los principios, de las instituciones y de los acontecimientos. Todo lo que puede volverse á Dios sin inconveniente es digno de su

gloria: todo lo que no es digno de su gloria es estéril, ó mejor dicho, ruinoso para la felicidad humana. En este punto, permitidme la frase, los intereses de Dios y los del hombre son inseparables.

¿Por qué estoy yo en la cátedra del Espíritu Santo? Me direis que porque debo predicar el Evangelio á toda criatura. Pero yo preguntaba otra cosa: quiero encontrar una idea bastante fuerte, bastante enérgica, que convierta el feliz regreso de Nuestro Santísimo Padre en un asunto adecuado al sagrado carácter de la predicacion religiosa. Yo diré, pues, que me encuentro aquí, porque mi asunto cae muy bien en la cátedra del Espíritu Santo, porque en él vienen á concretarse las palabras que he elegido por testo, pues la mas leve reflexion dará sobradas luces para reconocer en el plausible suceso que nos tiene reunidos al presente en la casa del Señor, no ya uno de esos acontecimientos colosales que dominan todo el campo de la historia, sino un hecho consumado en que aparece mas visible que nunca aquel irresistible poder que, sin tocar en lo mas leve la libertad de los hombres y de los pueblos, encadena victoriosamente á los unos y los otros dentro de ese círculo inamovible y providencial que ha trazado á los destinos de todas las naciones. Dirélo de una vez, y dirélo sin frases. Vengo á celebrar en la cátedra de la verdad el feliz regreso de Nuestro Santísimo Padre á la capital de sus Estados, porque esto me da motivo para reconocer la gloria de Dios en las alturas y la paz de

los hombres en la tierra. Gloria á Dios en las alturas, porque el catolicismo ha triunfado en ese movimiento generoso de las naciones que precedió á la vuelta del Sr. Pio IX: paz á los hombres en la tierra, porque los principios y medios que han presidido á un acontecimiento tan feliz, entrañan por necesidad los elementos del orden, la concordia de los derechos, los gérmenes preciosos de la felicidad pública, como otros tantos precursores ó efectos de la paz del universo. Tal es mi plan; mas para desenvolverle de una manera santa y provechosa para los fieles, ¡oh Dios mio, á quien adoramos sacramentado en ese altar! os pedimos rendidamente la sabiduría y la unción por la intercesion de vuestra Madre, á quien toda la Iglesia católica se convierte llena de esperanza para alcanzar de vos los mas insignes favores.

AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

He dicho, señores, en primer lugar, que en este grande acontecimiento admiramos, celebramos y agradecemos á Dios el que haya hecho brillar su gloria en la tierra en un triunfo completo para su religion sacrosanta; y lo he dicho, porque tratando de reunir en un punto las ideas contenidas en la victoria, no echo menos aquí una sola de cuantas pudieran contribuir á que reconozca todo el mundo

al catolicismo triunfante en ese corto y fecundísimo periodo de sucesos que, comenzando con el ascenso del Eminentísimo Sr. Mastai-Ferretti al trono pontificio, ha terminado por el feliz regreso del Sr. Pio IX á la ciudad eterna. ¿Cuáles son estos caracteres? Primero las doctrinas, segundo el poder, tercero las relaciones. Considerando, pues, el acontecimiento bajo estos tres aspectos, veo que la Iglesia triunfa, porque vuelven á reconocérsela sus principios sociales, porque se la encomienda de nuevo el porvenir del mundo, y porque el desengaño mas espléndido y glorioso ha estrechado mas íntimamente los vínculos que unen entre sí á la Iglesia y al Estado. Es decir, señores, ¡admirad la coincidencia! triunfa la religion á mediados del siglo XIX por los mismos elementos que salvaron al mundo en el principio de nuestra era, por la fé, por la esperanza y por la caridad. ¿Cómo? como lo estais viendo; porque sin fé no podian aceptársela sus principios, sin esperanza no podia confiársela el destino de las naciones, y sin caridad era de todo punto imposible que se anudaran otra vez en las instituciones civiles la sociedad política y la sociedad religiosa. Esto no me sorprende á mí, ni debe sorprender á ningún católico, porque desde que lo dijo S. Juan, lo ha estado repitiendo la Iglesia. *La victoria que vence al mundo es nuestra fé*, dice el Evangelista (1); pero la razon de los filósofos, apelando á la

(1) Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra. I Joann. Cap V, v. 4.

HERMON

BX1373

M86

c.1

101891



1080024392

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



FONDO EMETERIO
VALERDE Y TELER

A mi muy querido Pa-
dre, Capellan de la Iglesia
del hospital de Marfil, le
dedica este regalo el ultimo
de sus servidores, como mun-
tra de cariño y eterno re-
cuerdo. Florentino Manrique

Gto. Dto 18/82.



"No registrado"

los hombres en la tierra. Gloria á Dios en las alturas, porque el catolicismo ha triunfado en ese movimiento generoso de las naciones que precedió á la vuelta del Sr. Pio IX: paz á los hombres en la tierra, porque los principios y medios que han presidido á un acontecimiento tan feliz, entrañan por necesidad los elementos del orden, la concordia de los derechos, los gérmenes preciosos de la felicidad pública, como otros tantos precursores ó efectos de la paz del universo. Tal es mi plan; mas para desenvolverle de una manera santa y provechosa para los fieles, ¡oh Dios mio, á quien adoramos sacramentado en ese altar! os pedimos rendidamente la sabiduría y la unción por la intercesion de vuestra Madre, á quien toda la Iglesia católica se convierte llena de esperanza para alcanzar de vos los mas insignes favores.

AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

He dicho, señores, en primer lugar, que en este grande acontecimiento admiramos, celebramos y agradecemos á Dios el que haya hecho brillar su gloria en la tierra en un triunfo completo para su religion sacrosanta; y lo he dicho, porque tratando de reunir en un punto las ideas contenidas en la victoria, no echo menos aquí una sola de cuantas pudieran contribuir á que reconozca todo el mundo

al catolicismo triunfante en ese corto y fecundísimo periodo de sucesos que, comenzando con el ascenso del Eminentísimo Sr. Mastai-Ferretti al trono pontificio, ha terminado por el feliz regreso del Sr. Pio IX á la ciudad eterna. ¿Cuáles son estos caracteres? Primero las doctrinas, segundo el poder, tercero las relaciones. Considerando, pues, el acontecimiento bajo estos tres aspectos, veo que la Iglesia triunfa, porque vuelven á reconocérsela sus principios sociales, porque se la encomienda de nuevo el porvenir del mundo, y porque el desengaño mas espléndido y glorioso ha estrechado mas íntimamente los vínculos que unen entre sí á la Iglesia y al Estado. Es decir, señores, ¡admirad la coincidencia! triunfa la religion á mediados del siglo XIX por los mismos elementos que salvaron al mundo en el principio de nuestra era, por la fé, por la esperanza y por la caridad. ¿Cómo? como lo estais viendo; porque sin fé no podian aceptársela sus principios, sin esperanza no podia confiársela el destino de las naciones, y sin caridad era de todo punto imposible que se anudaran otra vez en las instituciones civiles la sociedad política y la sociedad religiosa. Esto no me sorprende á mí, ni debe sorprender á ningún católico, porque desde que lo dijo S. Juan, lo ha estado repitiendo la Iglesia. *La victoria que vence al mundo es nuestra fé*, dice el Evangelista (1); pero la razon de los filósofos, apelando á la

(1) Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra. I Joann. Cap V, v. 4.

puede ser feliz sin la unidad, sin la fortaleza y la conservacion: luego no puede serlo sin doctrinas unas, fuertes é infalibles, sin doctrinas intransigibles en todo el vasto sistema de sus principios, incontrastables en su poder sobre los pueblos, inaccesibles al tacto resbaladizo de la razon humana. Si puede disputarse esto tratándose del individuo, que reduce á su persona el objeto de su pensamiento y de su albedrío, nadie puede disputarlo cuando se habla de la sociedad, donde se agitan ideas tan diversas, opiniones tan variadas, intereses tan opuestos, donde se trata de que las masas indómitas se coloquen bajo la influencia de los principios, y hagan brillar en el conjunto la armonía social. Mucho tiempo ha que el genio de la política vuela tras de cuatro fantasmas que le traen fuera de sí: hablar con la filosofía al espíritu de las masas, reconstruir el mundo con las revoluciones y el cálculo, crear el orden con el equilibrio de los intereses, y sostenerle con el poder militar: y, ¿qué ha resultado? A cada pensamiento una objecion, á cada cálculo una burla, á cada victoria física una reaccion tambien física, á cada combinacion de intereses sociales una revolucion mas, y un gobierno menos. Háseles olvidado á los que en esto influyen, que todo irá mal, si no se cuenta con Dios, y que no habrá garantía ninguna, mientras los filósofos y los políticos le tengan declarada la guerra al cielo.

No, señores, no os engañéis: ¿quereis que la sociedad sea una, firme, incontrastable? no la brindeis

teorías; dadla un símbolo, y todo está hecho. ¿Y quién dará un símbolo á la sociedad? ¿Los filósofos? No, señores: los filósofos no saben mas que discurrir. ¿Los políticos? Tampoco: los políticos no saben mas que calcular. ¿Los guerreros? Mucho menos: los guerreros no saben mas que destruir. ¿Los que todo lo ignoran, las masas? ¿Qué delirio! su historia no es mas que la del entusiasmo y el ódio, su carácter fijo la versatilidad, su freno único la obediencia. No hay medio: palabra de Dios ó palabra del hombre; verdad constante, ó mezcla confusa de verdades y de errores; autoridad conocida, ó autoridad siempre disputada; unidad, ó anarquía; el orden en la libertad, ó el desenfreno y el despotismo en el mundo.—Escoged.—He dicho mal: aplaudid, porque todos habeis reconocido el principio católico.

De este modo, señores, veo aceptados de nuevo los principios políticos de la religion católica en las últimas páginas del periodo histórico que al presente nos ocupa. En 1848 se combatian con orgullo, se deseaban con énfasis: en 1850 se han paseado con magestad por las galerías mas ilustres de la Europa, y han sido saludados, digámoslo así, por los primeros oráculos de la política, en el nombre de Dios. Pero no me basta, señores, haceros advertir el triunfo de los principios católicos en el estado actual de las opiniones: tratamos aquí de una victoria total, y una victoria como esta complica tambien las esperanzas y la felicidad del géne-

ro humano. Seguidme aun en el curso de mis ideas. Mas yo, deseando ver distintamente los caracteres de esta triple gloria, me he fijado para ello en dos objetos, metódicos si quereis, pero de suma importancia para afinar un concepto: las tendencias impías y ruinosas que arrojaron al Sr. Pio IX de la capital de sus Estados, y el carácter de los medios que facilitaron su regreso á Roma. Pero esplicándome de esta suerte, me propongo menos entrar en un compromiso formal con las severas leyes de la arte oratoria, que poner en vuestras manos la clave de mi pensamiento. No ha sido mi ánimo hacer un discurso, sino seguir sin esfuerzo el movimiento de la sociedad, para buscar en él la accion de la Providencia y los agentes de la religion. *No hay arcano que no haya de revelarse* (1), dijo el Divino Fundador de la Iglesia católica, y yo veo una espléndida prueba de este oráculo en la historia contemporánea.

Las revoluciones humanas tienen una cosa de particular, y es mentir en sus resultados, obligando á los hombres á llegar á donde no esperaban. ¿Por qué así? Los principios son siempre un punto de apelacion para los hechos, y el *fiat* eterno del que reina en las alturas, un decreto que, aun humanamente hablando, nunca deja de cumplirse, sin tocar por esto en lo mas pequeño á la libertad de los pueblos. Este es un misterio sin duda: misterio,

(1) Nihil autem opertum est quod non reveletur neque absconditum, quod non sciatur.—Luc. cap. XII, v. 2.

porque no se comprende el *cómo*; pero revelacion explicita, porque está ya para cumplir catorce siglos de esperiencias.

Toda la revolucion de Roma tuvo sin duda un pensamiento, porque sin pensamiento es absolutamente imposible el movimiento de la sociedad; pero este pensamiento fué falso: falso, porque le faltaron los principios; falso, porque le falló el resultado. El principio fué, ya lo sabeis, que la soberanía temporal de los Pontífices era un hecho y no un derecho: un hecho anticuado, porque pugnaba con las ideas dominantes del sistema actual; embarazoso, porque entrañaba siempre en las cuestiones políticas el principio católico, declarado extranjero hace dos siglos; perjudicial, en fin, porque frustrando el desarrollo práctico de todas las teorías mas ó menos plausibles que habian sido saludadas por el entusiasmo popular, y que reportaban la gloria del movimiento político de la Europa, colocaba en una posicion escepcional, esto es, *retrograda*, al Estado pontificio.

Esta opinion no era solo de Roma: hallábase su cátedra en Alemania, distribuía sus escuelas por toda la Europa, y hasta en las jóvenes naciones del Nuevo Mundo, en los puntos trasatlánticos mas remotos, se habian estado cruzando por mas de medio siglo sus ecos. No habia mas diferencia, sino que allá de los mares pasaba la cuestion como un proceso ya relegado á los archivos de la filosofía; mientras acá nos arrancaba ciertos tartamu-

deos irónicos, muy parecidos á la risa de la barbie.

¿A dónde tendia, pues, esta revolucion determinada por semejantes principios? A la consumacion de un hecho que, aislando para siempre los dos poderes, redujese á los Pontífices á ser los simples sucesores de los Apóstoles en el gobierno espiritual.

(1) Y así parecia, señores, á lo menos, á juzgar por las conjeturas de algunos políticos. El sueño de Juliano se repitió en el año de 1848: la muerte del poder temporal de los Pontífices no careció de profetas; y para que nada faltase, el Sr. Pio IX, teniendo que ceder á la situacion, dejó á Roma en manos de su propio consejo.

Atacando el poder temporal de los Pontífices, no imaginaban los autores de la revolucion italiana (y se hubieran reido de quien se lo dijese), que

(1) Tal vez parecerá que esplicándome de esta suerte considero la abolicion del poder temporal de los Pontífices como el objeto final de la revolucion, pero no es así. Para mí esa idea es prominente, y si se quiere de la primera magnitud; pero no el todo, ni mucho menos el fin de la revolucion europea. Siempre he creido necesario distinguir entre el pensamiento de la revolucion que se identifica en cierto modo con el movimiento de los siglos, y el pensamiento de sus agentes, que de ordinario sigue la razon de las circunstancias y anda por la carrera de los obstáculos. ¿Para qué tratar de las diferencias entre el Austria y Roma? ¿Para qué discurrir especialmente sobre la célebre cuestion de la independencia italiana? En el estado actual de las cosas, nunca podemos detenernos aquí, porque la cuestion de independencia seria cuando mucho el primer acto de un drama en extremo complicado, vago y general para reducir á solo ella el pensamiento de la revolucion. Una cosa importa saber, y es la razon en que se halla con esta y con el movimiento general de la Europa el poder temporal de los Pontífices. Vi-

hacian retroceder la sociedad. ¿Y no mas esto? No, señores: mas, mucho mas, mil veces mas; la hacian morir: porque su muerte era inevitable, si no retrocedia mas de dos mil años: retroceso imposible, señores, y por lo mismo esterminio seguro.

Tal vez os sorprendeis, pero en verdad, que no he vertido una paradoja, ni siquiera he permitido una hipérbole: mas bien he enunciado una demostracion, y para mí, acrisolada en todos los criterios. No sé si me equivocaré; pero á lo menos, escuchadme; porque sospecho que con una ligera esplicacion, nos hallaremos enteramente de acuerdo.

niendo á este punto, no he temido concretar en este poder el pensamiento mas inmediato de la revolucion. ¿Por qué? Oigamos á uno de los que mas se interesan en ella, y de los menos favorables por lo mismo al triunfo de los principios católicos. "La Italia, dice Mazzini, es el centro de la Europa tradicional é histórica, y en consecuencia, el blanco de todas las fuerzas revolucionarias desarrolladas por este siglo y el precedente. Mientras exista la Italia católica, papal y tradicional, no podrá la Europa renovarse, porque la Italia es la suprema autoridad conservadora de todos los principios, de todos los derechos y de todos los intereses de lo pasado. De tres siglos acá, la Europa conspira contra Roma, &c., &c." (*) He aquí por qué no temí concretar la revolucion europea en la revolucion italiana, esta en la de Roma, y el blanco de la de Roma en la autoridad y en el poder temporal del Sr. Pio IX. He creido siempre que el catolicismo con sus tradiciones, su historia, su pensamiento y sus destinos, se reconcentra, considerado bajo un aspecto político, en la institucion del poder temporal de los Pontífices, y que por tanto, mientras este viva, será mas ó menos clara ó encubiertamente el primer objeto de la revolucion europea, y por lo mismo de la de Italia y de la de Roma.

(*) De l'Italie dans ses rapports avec la liberté et la civilisation moderne.—Tom. II.

El reino temporal del Papa no es una institucion divina, porque este es privilegio esclusivo de la Iglesia; pero es una institucion providencial, necesaria en las sociedades modernas, puesto que ella es la que representa socialmente la permanencia organizada de sus principios conservadores.

Desde que el catolicismo fué ya un hecho consumado en el universo, el principio de la fé encarnó en la inteligencia, el de la gracia en la voluntad, el de la providencia en el orden; porque ó se respetaban estos principios, ó la anarquía debia ser el estado normal de la sociedad, puesto que habia católicos en todo el mundo.

Los que veian el gobierno temporal como una prerogativa innecesaria para la conservacion de la Iglesia, discurrían bien, pero fuera de camino. ¡Qué lejos estaban de sospechar que la cuestion era otra! Ni podían: la sospecha debia brotar de una revolucion provocada por el mismo espíritu ciego que no la sentia. La cuestion es otra: supuesto el catolicismo, ¿pueden conservarse los principios, el orden y las esperanzas de la sociedad sin el poder temporal de los Pontífices?—¿Y por qué no?—He aquí el movimiento sordo del siglo XVII, el furioso clamor del XVIII y la espresion enfática del XIX. Oídos:—“La sociedad humana, dicen, se constituye y rige por la inteligencia, se conserva por la voluntad. El hombre la basta, con su poder la sobra. Un Pontífice en el trono es la espresion anticuada de otro siglo, y hoy no figura sino como

una ironía”—He aquí el resumen de la revolucion filosófica. Estas ideas estaban arraigadas: el tiempo de los milagros, el de los martirios y el de las controversias habia pasado ya: el mismo racionalismo varió de tema: la indiferencia en lo especulativo y el materialismo en lo práctico fueron ya el nuevo símbolo que se quiso representar para lo venidero. Esto suponía un punto de partida, y era la reforma; traía una consecuencia práctica, y es el socialismo.

Os he dicho, señores, que la reforma y el socialismo son dos monumentos colosales que el orgullo del espíritu humano ha erigido en sus aberraciones sobre las dos estremidades de tres siglos, como un punto de partida y un término necesario: los errores tienen su lógica y las turbulencias una filiacion reconocida. La reforma, señores, no es hija de Lutero, no es hija de Enrique VIII; sino de catorce siglos de preparacion intelectual y política: en ella vino á refundirse el espíritu de turbulencia que habia estado agitando continuamente al cristianismo. (1) Le llegó su hora y tuvo gefes, esto es, todo; y para que estallase el incendio, bastaban dos chispas arrojadas con cierta oportunidad. Aquellos dos personajes tuvieron su destino en los anales del error: no pasan de aquí los títulos de su

(1) Los fundamentos de este juicio histórico pueden verse en una obra mia titulada: CURSO DE JURISPRUDENCIA UNIVERSAL, TOMO 2.º, DISERTACION I.ª, publicada en Morelia desde 1844, es decir, un año antes que se conociese aquí la obra del Sr. Balmes titulada: EL PROTESTANTISMO, &c.

ironía para librarse de la humillacion, correspondió al oráculo con una sonrisa. Preciso era que le llegase su turno; y la religion, que nunca se apresura, esperó con paciencia, como siempre espera. Ha llegado el mundo varias veces, como ahora, al borde de un abismo; y la razon silbada por la desgracia de los pueblos, señalando la víctima, ha dicho: *he aquí mi obra*, para retirarse del teatro y dejar el campo libre á la accion restauradora de la fé. Siempre sucede esto, porque nunca puede suceder otra cosa: la fé, símbolo de lo infinito, vale siempre lo que representa; la razon, símbolo de lo finito, imperfecto y limitado, tiene un valor siempre relativo á su localidad, el de cero cuando está sola, el de millares cuando está á la derecha de la fé. Esto se le ha dicho mil veces al hombre; pero el hombre, raras veces accesible al idioma de la persuasion, parece condenado siempre á no entender sino á el amargo y doloroso lenguaje del infortunio. ¿Lo quereis palpar? No os condeno á una larga carrera: una rápida ojeada sobre tres siglos, un mirar mas circunspecto sobre la última revolucion de Italia, no pido mas, para contar con vuestro convencimiento.

Raras veces el hombre y la sociedad se contienen en su órbita: raras veces por lo mismo hay virtudes sociales y felicidad pública. Los acontecimientos mas importantes en la historia del mundo político, frecuentemente favorecen las conjeturas de sus genios mas esclarecidos, haciéndoles colum-

brar desenlaces plausibles en las crisis de las naciones, y esperanzas lisonjeras en el porvenir de la sociedad. Vencida muy apenas la infancia de aquel siglo que alumbró la reaparicion de las muchas glorias que habian quedado hundidas al cabo de tantos acontecimientos en el caos impenetrable de la edad media, pareció que habia sonado la hora feliz, no solo para los fueros de la inteligencia, mas tambien para las nobles prerogativas de la virtud, y para el advenimiento de la paz y de la bien entendida dicha de los pueblos. No fué así empero, y parece que algunos restos de luz, salvando los límites conocidos del horizonte hasta entonces descubiertos, dibujaban muy confusamente, y para muy pocos, acá en el porvenir la lucha de dos principios igualmente falsos y tenaces que, aliándose al indiferentismo religioso, habia de abalanzarse á sangre y fuego sobre los destinos del mundo civilizado. Soñó la razon que lo sabia todo, miéntras la voluntad social aspiró á la omnipotencia; y estos, que allá fueron unos delirios, pasaron mas tarde al campo de la vida práctica, plantando en las dos estremidades de tres siglos, dos monumentos colosales, que habian de marcar la carrera que durante ellos hiciese la sociedad. Partiendo de la reforma, el mundo político debia venir al socialismo, anunciando muy altamente de este modo, con la luz de toda la esperiencia y el poder de todos los desengaños, que la razon nada consume con su poder, que la voluntad nada puede tampoco por sí

misma en la línea del bien; que la pretendida independencia en que se ha querido suponer á la tierra respecto del cielo, es el mas funesto delirio que ha podido imaginarse entre los hombres; que salirse del orden espiritual es fabricar en el aire, ó cuando menos sobre una arena movediza; que buscar los caracteres legítimos de este orden saliéndose del influjo de la gracia y de la fé, será siempre divertirse con quimeras; y que no habiendo alianza entre la razon y la fé, entre la voluntad y la gracia fuera del principio católico, el cristianismo no ha dejado de ser un solo instante la forma legítima de la sociedad moderna, y la única garantía real y positiva de sus instituciones políticas.

Señores: este es un raiocinio; pero un raiocinio que ha costado tres siglos de trabajos á la inteligencia, tres siglos de lágrimas y miserias á la humanidad, y que parece escrito con la sangre de las víctimas y sobre el sepulcro de los pueblos y de los reyes. El renacimiento de las letras y la reforma en el Norte de la Europa, suministraron las primeras ideas; el movimiento intelectual de la filosofia incrédula desde Luis XIV hasta Luis XVI, fijó su sentido; la revolucion francesa las dió sus aplicaciones prácticas; la restauracion las habia como adormecido; las fuertes conmociones de la Europa en los dos años corridos, convirtiéndonos á la Alemania, donde habian hallado asilo y proteccion los últimos restos de aquellos dos principios, que ya parecian estirpados, y desde donde socavaban y

cebaban la inmensa mina que habia de traer á tierra todas las instituciones mas respetables, esta revolucion, digo, ha hecho lo que faltaba para dar una leccion terrible y dirigir un discurso muy elocuente á cuantos rigen los destinos de las naciones. Mas todo esto corria un peligro para la verdad, un peligro para la virtud, un peligro para la felicidad; el de quedar, por esplicarme así, como derramado y resumido en toda la superficie de la tierra, sujeto á la diferencia de los cálculos humanos, avasallado al poder de la ciencia y vendido al influjo de los intereses y de las pasiones. Contra este triple peligro no habia mas que un remedio, el de que todo se reconcentrase en una sola revolucion, en un solo imperio, y si posible fuera, en un solo hombre. La Providencia divina sin duda siente aun tiernamente del mundo: provocada mil veces, muestra todavía lo infinito de su ser en el amor que nos tiene; y á juzgar por el acontecimiento que nos reune á todos en este lugar santo, visto es, que Dios tiene aun en su corazon de Padre á las moribundas sociedades de nuestros dias. Dios ha dado estas tres precauciones contra aquel triple peligro; ha recogido en los Estados pontificios todos los combustibles esparcidos por el mundo para atraer á su ruina las instituciones sociales; ha figurado en el gobierno temporal de aquel monarca todo cuanto quiere y puede hacer el orgullo de la razon y la pretendida omnipotencia de la voluntad social contra los derechos de una autoridad legítima y los deberes de

la obediencia, y ha elegido á Nuestro Santísimo Padre el Sr. Pio IX, como el único personage que para una mision tan sublime pudiera presentar el mundo. Vicario de Jesucristo y Rey de unos Estados en cuya capital están archivados todos los siglos antiguos, y de donde son tributarios todos los siglos modernos, colocado le veis entre los cielos y la tierra, situado en las primeras cumbres del orbe político, á la vista y para la enseñanza de los pueblos y de los reyes.

Desde este momento la carrera política del nuevo Pontífice no pudo ya separarse de la condicion presente y futura de la sociedad actual, y la sagrada y eminente persona del Sr. Pio IX, fué una recapitulacion viva de todas las graves y terribles cuestiones que agitaban á la Europa. Las cosas habian llegado á tal punto, que los intereses y los principios contendientes, no pudiendo arribar á una solucion definitiva de otra suerte, necesitaban un fenómeno semejante en el mundo moral y político: los elementos de restauracion todo lo aventuraban obrando separadamente, y la misma anarquía social, ¡parece una paradoja! no podria triunfar definitivamente sino en la unidad de la víctima. Asid con fuerza este pensamiento, católicos: sorprendo en él un rayo de luz que puede favorecer la débil inteligencia de los hombres, para columbrar un tanto el cómo Dios obliga soberanamente á todas las contradicciones humanas y á las mas irreconciliables pasiones políticas á filiarse en una idea y suscribir á un designio.

La historia es y será siempre la espresion de una vasta, de una indefinida carrera de pensamiento y de accion; pero esta carrera nunca corresponde mas que á tres pasos gigantescos que da la sociedad: de las doctrinas á las opiniones, de estas á las revoluciones, y de aquí á la vida ó á la muerte. Esto es todo: vedlo bien, y no encontrareis otra cosa fuera de esto. Y esto se halla tan encadenado, que nada pueden para dislocarlo ni la razon con todas sus teorías, ni la voluntad con todos sus recursos y elementos de accion. La sociedad, lo mismo que los individuos, llegarán á la vida ó á la muerte; esto pende de ellos: pero no penderá nunca el poner en contradiccion ó en armonía el resultado final con los principios, los medios y los elementos de su carrera. La infancia del hombre es el primer asilo de las doctrinas paternales que se le inculcan, y de donde parte para pensar por sí, como suele decirse, y formarse una opinion; su juventud es el vastísimo y complicado teatro donde luchan de un lado las verdades y los errores, y de otro lado las pasiones y la moral; la edad madura es un periodo de reforma, de restauracion ó de consolidacion; la vejez será, pues, el tiempo de la paz y de la dicha, ó bien el de los desengaños inútiles y tardíos, el de la impotencia luchando con el instinto, el de la desesperacion y la muerte.

Yo me he divagado por una comparacion innecesaria; pero sin detenerme á suprimirla, os traigo con rapidez á mi primera idea. La sociedad no

funesta celebridad. Pero la reforma entrañaba pensamientos confusos, que bien se echaron de ver en tantos designios abortados; y esos pensamientos no podían á la verdad surtir su efecto sin tocar á todos los elementos de la sociedad. La filosofía del siglo XVIII debía venir, pues, en consecuencia de la reforma; aquellos movimientos desastrosos, que cubrieron de sangre el territorio de la nación francesa, fueron la personificación activa de la filosofía. Después acá, las teorías, las revoluciones, las calamidades más inauditas han figurado sin cesar en el teatro político, sin dejar de positivo sino dos frases enfáticas, profundamente verdaderas y altamente misteriosas: *No lo sé, no lo entiendo*. Estas dos frases parecen indicar la sinopsis de la nueva lucha social y doctrinal, y abandonar el porvenir ó al triunfo de la fé, que reserva sus revelaciones sublimes para los sencillos y pequeños, ó al triunfo del orgullo racionalista. ¿Qué sucederá? La razón ha quedado convencida de impostura, por la confesión de ella misma; el poder físico perdió su ascendiente, cambiando de carácter y haciéndose precario; las opiniones no tienen corriente fija, ni los intereses aplomo. ¿Qué sucederá, pues?.....

Una nueva secta, aprovechándose de esta circunstancia tan oportuna, dirige su mensaje á las naciones, prometiéndolo todo, con la reforma de todo, sobre la ruina de todo. El socialismo, como los espectros de la Fábula, levantó su frente, asustó al mundo, y volvió á la fosa; pero volvió sin de-

sesperar: bastábale saber, que con solo imprimir sobre la sociedad el vestigio de un delirio, le llegaría su época. Su sueño duró seis lustros; y al cabo de ellos, señores, ¿qué veis? El socialismo en los libros, el socialismo en los periódicos, el socialismo en los parlamentos, el socialismo en los gabinetes, el socialismo en el mundo. Marcha con los pasos del gigante, y ya no parece inverosímil que sus enseñas lleguen á tremolar sobre un inmenso promontorio, donde hayan quedado sepultados todos los antiguos elementos de la sociedad humana.

Ahora bien, ¿el socialismo salvará la sociedad? No: la vida nunca puede hallarse fuera de la verdad. ¿Sucumbirá al influjo de un enemigo parcial de otra doctrina falsa, de otro poder precario? No: el socialismo solo teme á uno, no más que á uno: fuera de él á nadie teme, y los vence á todos. A este poderoso enemigo le cumplimenta, le afecta respetar, se alía con él, le reforma según su juicio, &c., &c. ¿Cuál es, pues, este enemigo? *El catolicismo*. Pero este, siempre fuerte en la cuestión religiosa y eclesiástica, era ya débil en la cuestión social, y no podía sin un milagro renacer para la política de sus simples elementos. Pero sí podía renacer de su sepulcro civil, esto es, del último estrago de una revolución organizada y desfogada contra él: he aquí la revolución europea recogida en la revolución italiana.

Espliquemos todavía más: señores, la obra de Constantino y de Carlo-Magno, largo tiempo cali-

eterna! Se diría que un fuego celestial, descendiendo misteriosamente sobre las siete colinas, ha reanimado el depósito augusto de tantas glorias diversas, de tantos pensamientos fecundos, de tantas tradiciones venerables, de tanta virtud y de tanta grandeza, como se han reunido en la morada de los Pontífices, desde que el mundo tuvo una capital por el principio católico. ¿Y os ocultaré, señores, una emoción profunda que me está agitando en este momento? No: porque es dulce para mí, grata para vosotros y acepta para el alto y santo personage que ocupa nuestra atención. Vosotros pensáis y sentís como yo: no he dicho bien; yo soy aquí el intérprete de vuestras ideas y el órgano de vuestros sentimientos. Vuestros labios han prorumpido ya en dulces y santos himnos de reconocimiento, cuando al insolente clamoreo de las naciones fascinadas y al estravasado concierto de los grandes que se habían levantado, como dice el Profeta (1), contra el Señor y contra su Cristo, mirais suceder ese cuadro á par humilde que sublime de todo un mundo vuelto en sí por la desgracia, convertido al cielo por los desengaños, y adicto al Vicario de Jesucristo por el dulcísimo sentimiento de la esperanza. De este modo ¡gran Dios! haceis resplandecer sobre los hombres vuestro poder, vuestra sabiduría y vuestra misericordia. Ellos os olvidan, pero vos

(1) *Quare fremuerunt gentes, et populi meditati sunt inania?—
Astiterunt reges terræ et principes convenerunt in unum adversus.
Dominum et adversus Christum ejus. Ps. II vv. 1 et 2.*

nunca les perdeis de vista: os desconocen, pero nunca dejais de ser su Padre: os insultan, pero convenciéndoles de su ceguera, les llamas otra vez á vuestra misericordia; y de este modo nunca vuestra gloria es eesaltada en la tierra, sin que se abran los cielos para favorecer sin medida á los mortales.

Ved cómo triunfa la religion por la esperanza en este ilustre acontecimiento, alumbrando la resurrección de simpatías convertidas cuando ménos en indiferencia, reincorporando de nuevo entre los elementos de la sociedad eesigencias imperiosísimas tenazmente combatidas, atando los lazos de dos mundos que vagaban escéntricos, digámoslo así, el mundo político y el mundo filosófico. ¿Quién hubiera podido imaginar, señores, que dos años de turbulencias habían de reformar la obra de tres siglos, depurando los principios, afirmando las esperanzas, y haciendo revivir los sentimientos religiosos de tantas naciones? ¿Será extraño, pues, que las convicciones y los desengaños hayan conducido las cosas hasta el punto de rejuvenecer, digámoslo así, bajo la influencia del catolicismo triunfante en los principios y en las esperanzas, aquella tierna solicitud, que la Iglesia llegó á inspirar en sus mas bellos siglos á los supremos gefes de las naciones? ¿Qué cuadro tan sublime, señores, el de la Europa y Pio IX durante su asilo en Gaeta!

Aun no habia desplegado sus labios el ilustre y santo Pontífice para condenar la ingratitud de sus hijos, cuando los anatemas de todos los pueblos cul-

tos invadieron el territorio de los romanos. No hubo nacion que no alzase el noble grito, para condenar aquella revuelta impía; y por uno de esos movimientos inesplicables, un estremecimiento simultáneo de indignacion contra los rebeldes, y de solícita y respetuosa ternura para con el santo Pontífice, ahogó con un golpe de desengaño las esperanzas de los filósofos impíos, anunciando de una manera imponente y sublime *el catolicismo del mundo*. ¿Cuándo perderán su interés y su encanto para los verdaderos católicos, aquellas manifestaciones francas, magníficas, espontáneas y tiernas al mismo tiempo, con que N. Smo. Padre el Sr. Pio IX, fué saludado en Gaeta por todas las naciones que le reconocian por el Padre comun de todos los fieles? No le faltó ningun homenaje, no se le escaseó ningun recurso, y nunca su gloria pontificia pareció lanzar sobre el orbe rayos mas esplendentes, que cuando la ingratitud romana se esforzaba en humillarle, dejándole en Gaeta como un ser extraño á los destinos políticos de la nacion.

No hablaré de España: nadie cuestiona los antiguos y respetables títulos de este pueblo para figurar en la primera gerarquía de los homenages al Pontífice: Isabel II sabia muy bien, que ocupaba el trono de San Fernando. Tampoco recordaré á esta noble reina de la América española, á esta República mexicana, que no mintió á sus timbres y á su gloriosa ascendencia, cuando se trató de conducir hasta Gaeta los sentimientos eminentemente

mente católicos que afectaban á sus Iglesias á la par que á su gobierno nacional. Algo ecsistia sin duda en la tierra de los Eduardos, bastante á sobreponerse al protestantismo, pues que la Inglaterra no se manifestó indiferente á la suerte del Papa; y aquel ilustre Estado que acababa de relegar en su concepto á una historia ya fenecida el nombre de su último rey, tuvo una noble aspiracion que le cubrirá siempre de gloria. Acordaos, señores, de que Francia asió con fuerza un título que creian todos iba á escapársela de las manos; un título que habia heredado juntamente con el genio de sus antiguos reyes; un título que la hacia ocupar cierto noble primado en las relaciones del mundo con la silla de Pedro: que salió á su defensa desde los instantes primeros en que parecia menos fuerte, y que restituyendo á Pio IX, fué saludada por el orbe, por la ciudad y por el Pontífice *cristianísima y republicana*. Pero qué, ó vosotros los que no habeis encontrado vínculos para el altar mas que en el trono, ¿no habia reyes aún, y reyes poderosos, que hubiesen restituido al Pontífice-rey al gobierno de sus Estados? ¿Por qué, pues, tan extraño fenómeno en el sistema de vuestras ideas? ¿Qué misterio es este, señores? Me atrevo á sospecharlo, y á pesar de mi conviccion, no os lo diré, sino con la modesta reserva de la incertidumbre. Me inclino á creer que, sirviéndose de la Francia para esta mision en los momentos en que el mundo político estaba sufriendo una gran crisis, Dios quiso corre-

gir una página de la ciencia del Derecho social, poniendo en su lugar, que sus tabernáculos han de recibir el incienso, no solo de las manos que empuñan el cetro, sino tambien desde las sillas curules, y desde el noble y sencillo dosel del primer magistrado de una república.

Al esplicarme de esta suerte, me agita, señores, cierto vago temor. ¿Lo diré? Sí, por el honor de mi ministerio y de la doctrina que predico, mas bien que por mi amor propio. ¿Habré sido filiado con cualquiera sospecha en algun partido político? Podrá ser; pero yo os aseguro, que al penetrar en este templo, he dejado fuera de sus umbrales los pensamientos de la tierra, y al presente no me agitan sino los intereses de la Religion. Como ella, tampoco yo vengo á establecer una esclusiva, sino á fijar una idea: no me propongo abogar por ningun sistema político, sino demostrar que la santa Religion que profesamos es amiga de todas las sociedades bajo cualquiera de sus formas legítimas, y donde quiera reconoce y sostiene los derechos que nacen de las relaciones de Dios con la naturaleza humana.

Pero, señores, sin apercibirme de ello, estoy viendo ya el famoso acontecimiento que celebramos, bajo el otro aspecto que me propuse. Sin transicion paso, pues, á mi segunda idea.

SEGUNDA PARTE.

La paz de que hablo aquí, consiste, no en ese violento equilibrio de intereses contrapuestos en su igualdad de poder, sino en la inalterable y quieta posesion que tiene de su propio destino, de sus propios atributos cada uno de los elementos de nuestra dicha: mas nuestra dicha, para ser digna de nuestra naturaleza y de nuestros destinos, debe ser el producto combinado de la razon, de la voluntad y el poder. Conciértase la razon consigo misma, mediante la fé; conciértase la voluntad consigo misma, mediante la esperanza; conciértase el poder con la voluntad y la inteligencia, mediante la caridad. Un acontecimiento, pues, que arguye para la gloria de Dios el triple fruto de la fé, de la esperanza y la caridad, entraña por lo mismo todos los elementos de la paz, y he aquí, cómo en el suceso que á todos nos reúne en este lugar santo, celebra la Iglesia la gloria de Dios, y en esta gloria de Dios mira el Estado la dicha de la sociedad.

La paz está, señores, donde se reconoce y admite la verdad, donde se profesa y acata la justicia, donde se afirma y conserva el orden: la razon de esto es muy sencilla, y díganlo, si no, primero, la guerra de doctrinas; segundo, el choque de los intereses y el conflicto de las pasiones; tercero, el espectáculo que presenta la anarquía en la sociedad. Esto es palmario; pero lo que no era tanto

ficada de un homenaje digno del Supremo Pastor de la Iglesia, no fué solo esto; fué tambien un punto definitivo para la constitucion de la sociedad universal, una condicion ratificada sobre el equilibrio político de la Europa. Aquellos dos grandes hombres fueron mas que políticos; pronunciaron con un hecho tan ilustre una profecía sobre el porvenir de la sociedad moderna. Con beneplácito ó sin él, debia ser aceptada por esta la condicion de aquellos reyes; y si empezó á disminuir mas y mas el concepto de los grandes genios sobre la soberanía temporal de los Pontífices, fué precisamente á medida que se invadia su soberanía espiritual, haciendo problemático el influjo del catolicismo en las instituciones políticas.

Este grande título tradicional, histórico y filosófico de los Pontífices habia sufrido ya una nueva prueba, y prueba bien terrible, vuelvo á decirlo y lo repetiré mil veces, la reforma protestante en el Norte de la Europa. Ella fué la guerra mas enconada que pudo hacerse al poder temporal; porque desconociéndose hasta la autoridad soberana de la Iglesia, se salvaban con mucho los términos de la oposicion en la materia.

¿Qué podia esperar el mundo, laesado aquel resorte? ¿con qué infalibilidad podian contar entonces las doctrinas sociales? ¿dónde hallar garantías para sacar avante de las ecsageraciones diversas las trabas constitucionales puestas á los poderes públicos? ¿qué poner en lugar de ese vínculo

universal de sentimientos, verdadera *fraternidad* humana, representado en la caridad, garantido en el decálogo y conservado por mas de diez y ocho siglos en la Iglesia católica? ¡Ah! sutilezas, despechos de la vanidad, ilusiones del genio, prestigios de la gloria, movimientos funestos, revoluciones desastrosas, crímenes sobre crímenes, cadalsos sobre cadalsos.

Sin embargo, estos combustibles, aglomerados de siglos atras bajo las bases de las instituciones sociales, preparaban una gran crisis; las opiniones vagaban por el espacio en diferentes curvas, como para no recogerse nunca bajo la influencia de los verdaderos principios: las teorías políticas, los intereses materiales eran todo; la verdad y el sólido bien de las naciones fueron nada. En semejante crisis las discusiones eran ya impotentes, las precauciones inútiles ó imposibles, y podia decirse á la letra de la sociedad, que todo estaba perdido, porque absolutamente no habia quien entrara en sí mismo, como dice el Espíritu Santo: *Nullus est qui recogitet corde.* (1) Comenzóse por declinar de los verdaderos caminos, siguióse por hacer magníficos ensayos de insignes frivolidades; y desde entonces la impotencia para el bien fué un hecho consumado en la historia de la sociedad. Esto no me sorprende, porque estaba escrito: *omnes declinaverunt, simul inutiles facti sunt: non est qui faciat bonum, non est usque ad unum.* (2) Estos son

(1) Jerem. XII v. II.

(2) Ps. XIII v. 4.

los lances, católicos, que Dios emplea en dar á la sociedad grandes y terribles lecciones: los tiempos en que empieza á regir á las naciones con vara de hierro, como lo anunciaba el Profeta, y en que deja caer desde las alturas una sonrisa de indignacion sobre los delirios del espíritu humano: *Qui habitat in caelis iridebit eos, et Dominus subsanabit eos.* (1)

¡Insensatos! agitando en sacrílegos y nocturnos clubs las finestas cuestiones que tienden á destruir la sociedad, se creen omnipotentes, porque son pensadores; componen á su placer los destinos del mundo; precipitan acaso la irrupcion terrible, mas para quedar insepultos bajo su ardiente lava. El fenómeno de imaginar sin término y de estrellarse sin cesar, es viejo entre los hombres: tiempo hace que estos consejos ingeniosos y ocultos ocuparon una sublime ironía en el canto del Profeta-rey, cuando ponía en contraste, para pintar la miseria humana, las perpetuas vicisitudes entre los proyectos y los desengaños: *Cogitaverunt consilia quae non poterunt stabilire* (2).

Tales eran, señores, las circunstancias en los momentos precisos en que el Pontífice reinante estaba para ocupar la sila de Pedro y el trono de Roma. Dispuesto se hallaba todo, y creo no equivocarme si aseguro que uno de los grandes beneficios que la Providencia dispensó á Nuestro Santísimo Padre el Señor Gregorio XVI, fué el haberle llamado al

(1) Ps. II v. 4.

(2) Ps. XX, v. 12.

cielo la víspera de una conflagracion universal en la tierra. Políticos puramente humanos han tomado á su cargo el análisis de los acontecimientos que desde entonces empezaron á correr, y el respetable nombre de Pio IX, este nombre que se difundió rápida y dulcemente por todo el mundo, que restituyó la calma á toda la Iglesia católica, penosamente agitada por la expectativa del nuevo Pontífice en las circunstancias mas deplorables, y en la crisis mas imponente y amenazadora para una eleccion de esta naturaleza, este nombre que fué ya el símbolo de la esperanza para todo buen católico, bien recordareis que fué tambien conducido en triunfo por la fama política, para empezar á sufrir muy pronto los tormentos de una celebridad poco segura; que en la misma capital del orbe cristiano sufrió una terrible bilocacion en los *vivas* enfáticos de aquella multitud entusiasta; que el nombre de *viva Pio IX* fué la contradictoria del nombre de *viva el Papa*; que todos los partidos especulaban con la bondad del nuevo Soberano, sin comprender su pensamiento y menos todavía su mision política; y que el respetable y santo Pastor de la grey de Jesucristo, sufrió solo esa corriente indómita de una turba mal satisfecha con las concesiones, é irritada con los obstáculos. Lo demas, bien lo sabeis: el Señor Pio IX muy pronto se anunció al mundo desde Gaeta, y la ingrata ciudad que le habia arrojado de su seno, quedó sirviendo de espectáculo á la compasion del universo.

Señores: os ofrecí examinar un primer hecho que sirve de antecedente al concepto que debemos formar sobre el triunfo de la religion en el regreso de Nuestro Santísimo Padre á Roma, y acabo de cumplirlo. Las tendencias de la revolucion italiana corrian delante, aunque por la misma línea, de las tendencias de la revolucion europea: (1) destruir con el poder temporal de los Pontífices el obstáculo insuperable á la realizacion de esos proyectos ultra democráticos, al planteo del socialismo, á la abolicion completa del elemento espiritual y el elemento material, de Dios en las doctrinas, y de la propiedad en los derechos y en las garantías. Pues bien, los agentes de la revolucion italiana pudieron seducirse con esta especie de destierro del Papa, conceptuándose haber dado un paso gigantesco, hácia lo que llamaban ellos reformas útiles y progresos sociales. ¿Pero qué sucedió de facto? Pio IX desterrado y la Europa conmovida, sufrieron las consecuencias de una esplosion volcánica; mas á muy poco, ¡cosa admirable! el órden político renace, y las instituciones sociales parecen empezar á tomar su aplomo sobre un terreno mas firme. El Soberano que habia salido acosado por el fanatismo de una multitud fascinada, el Pontífice venerable que se habia retirado como el Profeta, á llorar las desgracias de Jerusalén desolada, dejando correr con sus lágrimas de pastor su paternal ternura sobre toda

(1) Ya he fundado en otra parte este concepto, en la nota de la pag. 22.

la Iglesia católica, penosamente atormentada por la crisis terrible á que habia llegado la persona que rige sus destinos, el grande, el esclarecido, el ínclito, el inmortal Pio IX volvió despues precedido de los desengaños, invocado contra los desastres de la Italia, solicitado por el corazon de todos sus hijos, llamado como libertador por los clamores lastimosos de los trastornos y de las calamidades de sus pueblos, volvió rey como habia salido de Roma, volvió entre las felicitaciones universales, entre las aclamaciones del pueblo. Pero dejemos esto de felicitaciones y aplausos; ya es tiempo de desengañarnos: la mas brillante conquista que se ha hecho en nuestros tiempos, es descubrir que su valor positivo es igual á su valor negativo: vengamos á las grandes ideas de la Religion ornando sus triunfos con esos terribles desengaños sobre la versatilidad de las opiniones y la inconstancia de los entusiasmos populares. El sábio vive de la verdad, y la sociedad no puede estar contenta con solas ilusiones. La multitud necesita quimeras, quimeras para divertirse, quimeras para fascinarse; pero no para ser feliz. Estudiemos, pues, el grande acontecimiento: la empresa no es difícil, solo se trata de ver, y el objeto tiene dimensiones colosales.

Si, *dimensiones colosales*; y dos nada mas; vedlas aquí: tendencias de la revolucion italiana; resultado de la revolucion italiana. ¿A dónde tendia? A la mas completa abolicion del poder temporal de los Pontífices. ¿Cuál fué su resultado? la reinstalacion

de este poder con la vuelta del soberano, y por consiguiente, el triunfo de los principios católicos. ¿Dónde está ese triunfo? en la naturaleza de los medios que determinaron por último este final resultado. ¿Dónde están figurados estos medios? En las convicciones que hicieron triunfar la idea católica, en los desengaños que cambiaron el sistema de la conducta de Europa, en los procedimientos que fijaron el verdadero carácter de las relaciones entre el Papa y los otros Estados.

Las convicciones, de que ya os he hablado, no podían reaparecer sin un sacudimiento desastroso de la primera magnitud: único remedio contra la indiferencia en que yacia la célebre cuestion sobre el influjo político y social del catolicismo. En las grandes crisis de la sociedad, todo vuelve á pasar por la revision y el escámen; y en esta nueva discusion que sufrió á la faz del mundo y al calor de los mas grandes intereses, la cuestion política del Sr. Pio IX, el poder temporal de los Pontífices fué ya considerado como un punto de apelacion hecha por la sociedad á la Providencia, para salvarse del mas funesto desequilibrio, siendo ya incontestable que de otra suerte quedaria vendido á las preponderancias accidentales de cada potencia el orden permanente de todas las sociedades.

¿Y qué resultó de aquí? Las convicciones costosas, hijas por lo comun de insignes desengaños, vienen de ordinario á refluir en el sistema de la conducta; y he aquí por qué, al consumarse sobre

la situacion de la Europa la conquista sublime de la fé, comenzó tambien á desenvolverse el poder tutelar de la esperanza, y á prepararse para la sociedad política el influjo de esa virtud inmensa que hace entrar en en su seno á todos los mundos, y tiene lazos para estrechar á todas las generaciones. ¿No lo veis? La Santa Iglesia católica vuelve á recibir hoy aquella mision sublime del orden, de concordia y de prosperidad pública que despues de tres siglos de sangre, le fué roconocida por el gran Constantino, y que mas tarde le fué ratificada por el insigne Clodoveo. Con ¡cuánta espontaneidad se la reconoce y aclama poseedora de los verdaderos principios sociales, garantía necesaria del orden, depositaria esclusiva de la moral! ¡Feliz culpa, podiamos esclamar, á la vista de los resultados tan plausibles! ¡Venturosos desastres, que sembrando su camino tortuoso de ilustres desengaños, han regenerado la razon pública, rehabilitado prácticamente los principios, y enriquecido la sociedad con ideas ligítimas, con pensamientos fecundos! ¡Dichosísima revolucion, que comenzando por precipitar sobre todo el mundo político inmensas y tempestuosas nubes, precursoras de la muerte, acabó por dibujar sobre los extremos del horizonte el iris bello de una nueva alianza, que habia de ser como el crepúsculo del mas grato porvenir! ¡Ah! mi alma se siente enagenada delante de un cuadro tan magnífico y sublime; y no acierto á dar crédito á mis ojos, cuando veo lo que pasa hoy en la ciudad

gir una página de la ciencia del Derecho social, poniendo en su lugar, que sus tabernáculos han de recibir el incienso, no solo de las manos que empuñan el cetro, sino tambien desde las sillas curules, y desde el noble y sencillo dosel del primer magistrado de una república.

Al esplicarme de esta suerte, me agita, señores, cierto vago temor. ¿Lo diré? Sí, por el honor de mi ministerio y de la doctrina que predico, mas bien que por mi amor propio. ¿Habré sido filiado con cualquiera sospecha en algun partido político? Podrá ser; pero yo os aseguro, que al penetrar en este templo, he dejado fuera de sus umbrales los pensamientos de la tierra, y al presente no me agitan sino los intereses de la Religion. Como ella, tampoco yo vengo á establecer una esclusiva, sino á fijar una idea: no me propongo abogar por ningun sistema político, sino demostrar que la santa Religion que profesamos es amiga de todas las sociedades bajo cualquiera de sus formas legítimas, y donde quiera reconoce y sostiene los derechos que nacen de las relaciones de Dios con la naturaleza humana.

Pero, señores, sin apercibirme de ello, estoy viendo ya el famoso acontecimiento que celebramos, bajo el otro aspecto que me propuse. Sin transicion paso, pues, á mi segunda idea.

SEGUNDA PARTE.

La paz de que hablo aquí, consiste, no en ese violento equilibrio de intereses contrapuestos en su igualdad de poder, sino en la inalterable y quieta posesion que tiene de su propio destino, de sus propios atributos cada uno de los elementos de nuestra dicha: mas nuestra dicha, para ser digna de nuestra naturaleza y de nuestros destinos, debe ser el producto combinado de la razon, de la voluntad y el poder. Conciértase la razon consigo misma, mediante la fé; conciértase la voluntad consigo misma, mediante la esperanza; conciértase el poder con la voluntad y la inteligencia, mediante la caridad. Un acontecimiento, pues, que arguye para la gloria de Dios el triple fruto de la fé, de la esperanza y la caridad, entraña por lo mismo todos los elementos de la paz, y he aquí, cómo en el suceso que á todos nos reúne en este lugar santo, celebra la Iglesia la gloria de Dios, y en esta gloria de Dios mira el Estado la dicha de la sociedad.

La paz está, señores, donde se reconoce y admite la verdad, donde se profesa y acata la justicia, donde se afirma y conserva el orden: la razon de esto es muy sencilla, y díganlo, si no, primero, la guerra de doctrinas; segundo, el choque de los intereses y el conflicto de las pasiones; tercero, el espectáculo que presenta la anarquía en la sociedad. Esto es palmario; pero lo que no era tanto

carme así, la vida social de la idea con la inalterable concordia de la Iglesia y del Estado, todo marchaba con magestad; y es muy digno de notarse, que la sociedad no empezó á retroceder, sino desde que idolatró en una invencion aérea, sacando el idioma de sus quicios, y poniendo con énfasis la palabra *progreso* en las instituciones sociales. Creyóse sorprender, y de facto se sorprendió, la atención pública con esta palabra. Entró en la filosofía, y acabó con la verdad; entró en las artes, y acabó con la belleza; entró en los intereses, y acabó con la justicia; entró en la moral, y acabó con la virtud; entró en la política, y acabó con el orden; entró por último, en la sociedad, y acabó con sus instituciones. Calma, señores, criterio, recuerdos bien analizados, relaciones bien fijas; he aquí lo que os pido. ¿Lo habeis pensado bien? Pues decidme ahora, ¿puede vivir esta palabra sin las revoluciones políticas? *Si*, en su significacion natural, en su idea legítima, como habia vivido siempre, porque es contemporánea del mundo. *No*, en esa significacion arbitraria y caprichosa, si bien enfática, con que juega en los labios de ciertos políticos: porque aquí no puede tener mas atributo que ser el tema general de todas las revoluciones. Bien sabeis que esta palabra es jóven todavía, y lo peor es que debe serlo siempre; porque ella no puede llegar nunca á la edad madura, ni fallecer en la senectud: vive en las revueltas, y espira en la paz: medra en los trastornos, y acaba en el orden.

Pero qué, ¿el catolicismo está en oposicion con el *verdadero progreso* de la sociedad? Abrid, señores, los ojos, y reflexionad bien que el catolicismo es precisamente quien ha definido, enseñado, propagado é instituido en el teatro de la sociedad esta idea, hija legítima de la naturaleza humana, y que no puede contraponerse sino solo á la naturaleza divina. Dios es el *alpha* y la *omega*, el principio y el fin (1); y entre estos dos puntos está colocada la vida del individuo y la vida de la sociedad: partir del uno y dirigirse al otro es progresar. Una vez arribado á la ecsistencia, el retroceso es imposible, y por lo mismo debe ser imaginario; la quietud es la nada. ¿Qué inferís de aquí? Dos consecuencias importantes: primera, que solo Dios no pertenece al *progreso*; porque siendo un ser infinitamente perfecto, no tiene que obedecer á esa ley que solo comprende por su naturaleza lo que es perfectible. Echad una ojeada sobre la naturaleza física, y vereis la ley del progreso en el incremento, desarrollo y perfeccion de todos los seres; venid al mundo intelectual, y vereis la observancia ó la infraccion de esa ley, en los adelantos ó la decadencia de las letras, de las ciencias y de las artes. Traed vuestros ojos al mundo moral, y vereis simbolizados el *progreso* en la mejora, el *retroceso* en los atrasos de la civilizacion. ¿Cuáles son, pues, las naciones que mas progresan aún en el orden político?

(1) Ego sum Alpha, et Omega, principium et finis, dicit Dominus Deus, qui est, et qui erat et qui venturus est. *Apoc. cap. I v. 8.*

¿Aquellas por ventura que se están constituyendo y destruyendo alternativamente, y que han menester, digámoslo así, de un almanaque para contar sus revoluciones, como cuentan sus días? ¿Aquellas que de un golpe quieren aniquilar los siglos, para acelerar el triunfo de ciertas teorías? ¿O aquellas, mas bien, que bastante sábias para querer luchar con la naturaleza, facilitan el desarrollo franco de todos sus elementos, buscan los adelantos posibles, y esperan sin agitacion para vivir sin turbulencias y gozar sin obstáculos? He aquí, señores, los dos progresos; el de la filosofía y el del buen sentido. El catolicismo ha fijado estas ideas, determinando sus puntos cardinales; las ha hecho pasar al campo de la vida práctica, sometiéndolas á la moral; las ha fecundado, haciendo que todo camine impelido por dos fuerzas conspirantes, la de la razon y la fé en el teatro vastísimo de la inteligencia, la de la naturaleza y la gracia en la diversa marcha de la conducta, la de Dios y del hombre en todo el sistema de los acontecimientos humanos.

Se ha dicho que *la Iglesia no es de este mundo*, y se ha dicho bien, pues lo enseñó Jesucristo (1); mas lo que se ha querido decir envuelve una suposicion falsa, y es por lo mismo esencialmente falso: se ha supuesto que no está en este mundo, para quitar á la sociedad su carácter religioso, y á la Iglesia su derecho temporal. *La Iglesia no es de este mundo*, pero está en este mundo: la sociedad

(1) Regnum meum non est de hoc mundo, Joann. XVIII, v. 36.

civil no es del cielo, pero va para el cielo. Encuéntranse, pues, ambas en la tierra, y aunque con orígenes y misiones diversas, tienen destinos análogos, íntimas y esenciales relaciones. Diversas en el aspecto, en la idea, en la abstraccion filosófica, por decirlo así; son unas en el hecho, pues que la sociedad civil está compuesta de los mismos que constituyen la sociedad religiosa.

¿Cuál es, pues, señores, la garantía permanente del orden en la sociedad moderna? Una institucion visible, constante, donde veamos la esencia física, la reunion actual de los elementos constitutivos de una sociedad una, universal, verdadera, justa, ordenada, constituida, en suma; una institucion donde soberanamente, esto es, con la plenitud interior y exterior de la independenciam y de la libertad social, viva y reine el principio católico y el elemento de la unidad política. ¿Dónde hallar esta institucion?—“En el pensamiento social,” clama el racionalista, y la sociedad le dice: “*mientes.*” El demócrata sostiene, que en la voluntad libre del pueblo, y el buen sentido le dice: “*mientes.*” El teocrático, creyendo hacer un homenaje á Dios, y trasplantando á la economía puramente humana de la sociedad civil el carácter definitivamente perfecto de la sociedad católica, dice lo que piensa, y la religion y la filosofía le replican “*mientes.*”—“En la buena combinacion de las formas,” afirma el constitucionalista; y la historia, señalándole con el dedo esos escombros donde se han venido

aglomerando las hojas rotas y pisadas de todas las constituciones políticas, le dice "mientes." ¿Dónde está, pues, esta institucion? En la doble silla que pasa alternativamente del Quirinal á San Pedro: allí está, y no puede estar en otra parte. Bien concibo la silla temporal en cualquier Estado: mas deben de estar juntas, ó no hay institucion; y la otra silla solo puede estar donde está el Papa, solo puede estar en Roma.

De este modo, señores, hemos visto por mas de una centuria disputándose palmo á palmo los destinos del mundo civilizado, en una sangrienta y escandalosa lucha, las escuelas racionalistas, las teocráticas, democráticas y constitucionalistas, contra el buen sentido, contra la historia y contra la religion. De este modo hemos visto venir el socialismo viento en popa, sobre tan reiterados encuentros y tantos cismas; y de este modo hemos visto figurar una crisis para toda la humanidad en los últimos acontecimientos. La Europa lo habia estado meditando, viendo y palpando todo, desde tiempos muy atras: díganlo sus escuelas y sus libros; mas le faltaba recibir un golpe que fuese al mismo tiempo intelectual, moral y material. Le recibió en efecto de su última revolucion: el instinto la condujo á buscar un remedio; restituyó al Papa, y hoy parece respirar. No sé si habrá sanado perfectamente; pero sí os aseguro, que pasará á la posteridad con una noble cicatriz. Felicitemos, pues, católicos, al mundo por su desengaño, y pi-

damos á Dios que este desengaño no sea estéril, sino que afirme y perpetúe esta vuelta feliz de las cosas á un orden mas regular y mas constante.

Sin quererlo he vuelto al gobierno temporal de los Pontífices, que me ocupó no ha mucho en mi primera parte, dando una nueva demostracion, ó qué sé yo, si haciendo redundar una idea. No me pesa: ni hablo para mí, ni me dirijo á los sábios: he querido hablar principalmente al pueblo; y al pueblo nunca se le habla bastante cuando se trata de inculcarle ideas sanas. Por otra parte, yo he debido volver á andar algo de mi primer camino, para encontrar el objeto práctico que aquí busco. En verdad, señores, que nunca he temido por la subsistencia de los principios, independientes, como bien lo sabeis, de las opiniones humanas, tampoco estas me causan pena; tienen un círculo en que pasan su revista y describen su órbita. Una cosa importa saber: ¿cuál es al presente la condicion social de la idea en el mundo de lo positivo? Y despues de lo que he dicho, no me tardaré nada en daros una respuesta satisfactoria. Bástame señalaros á la Europa, deteneros en Roma y pedir os el significado práctico del hecho glorioso que hoy celebramos; de un Pontífice vuelto á colocar en su trono temporal por las manos de la República francesa, y á la vista y con el beneplácito de todo el mundo civilizado. Cuando yo veo esto, os aseguro en verdad, que me cuesta pena y trabajo acordarme de una sola página de entre esa infinidad de libros y

sin duda es el acuerdo comun acerca de los medios que podian unir á los pueblos y concertarlos en la verdad, en la justicia y en el orden. Ellos, lo mismo que los individuos, parecen condenados á vivir de puros escarmientos, sin mas diferencia, que en los individuos los choques se pierden desapercibidos en los pormenores de la vida privada, mientras que en las sociedades se sufren terribles agitaciones, y las hay tales, que parecen presentar al mundo amenazando ruina. Nunca he podido olvidar el célebre pensamiento de un publicista de nuestros dias, á cuyo juicio llegan crisis en que los pueblos necesitan pasar por el sepulcro, para volver segunda vez á la vida. Si la actual revolucion de Europa presentaba ó no su turno al apotegma del filósofo, no lo sé; pero los clamores de la prensa lo hacian temer, y el rápido curso de los desastres políticos hizo llegar el sacudimiento social de la Europa hasta las estremidades del mundo. Este enfermo estaba desahuciado, pues, bien lo sabeis. ¿Se ha curado enteramente? Nadie puede presumirlo; pero lo que hay de claro es, que con la vuelta providencial del Pontífice rey, anuncia los síntomas de una brillante convalecencia.

Bajo este punto de vista quiero colocaros, para dar toda la exactitud á mis ideas. No entra en mi plan la presuntuosa asercion de una conquista perdurable, cuando se trata de la paz entre los hombres. ¿Cambió ya la naturaleza humana? ¿se destruyeron ya esas encrucijadas, digámoslo así,

en que suelen chocar de frente la libertad y la ley? ¿han muerto, por ventura, los elementos primitivos de esas turbulencias frecuentes que agitan á las sociedades, lo mismo que á los hombres? ¿no tiene aquella mas razon que el Apóstol para quejarse como él, cuando se sentia impelido por dos principios opuestos, la ley de la carne y la ley del espíritu? (1) Lo mas grande que tiene el catolicismo, señores, para las sociedades modernas, es haberlas colocado entre la anarquía ó la precision de quedar necesitadas á pedir lo mismo mañana. Dios no es menos rico, menos sábio, menos omnipotente, porque la humanidad eleve á él sus clamores todos los dias; y la religion católica nunca dejará de ser la eterna depositaria y suprema dispensadora de la paz entre los hombres, porque estos abandonándose al impulso de sus caprichos, prosigan siempre en la guerra.

¿Qué será, pues, del mundo político en el porvenir? ¿Cómo encarnará en él esa eminente idea restauradora que saludan hoy todos los pueblos en la sagrada persona del Señor Pio IX? ¿Qué influjo va á tener su restitucion á Roma en la política europea? ¿Está resuelto ya el ruidoso problema? ¿La revolucion está encadenada? ¿Las negociacio-

Condelector enim legi Dei secundum interiorem hominem; video autem aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis meae et captivantem me in legi peccati, quae est in membris meis. Infelix ego homo, quis me liberabit de corpore mortis illius?—Ad roman. VIII, v. 22, 23 et 24.

nes diplomáticas han ganado fuerza expansiva y regularizadora en la centralización de alguna idea irrevocablemente aceptada? ¿La silla temporal del Señor Pio IX está bastante firme, ó vacilará todavía? ¿su atmósfera política se halla enteramente depurada, ó nuevas y mas espesas nubes posarán otra vez sobre el Quirinal, y nuevos dias de lágrimas tendrán que pasar todavía el orden político y la Iglesia?

¡Qué multitud de cuestiones! ¡Cuántas sombras apiñadas sobre la inteligencia! ¡qué de espinas y escombros regados por la carrera de la prevision en la línea del porvenir! ¿Y por qué las he propuesto yo? Solo para una cosa, señores: para decir que no me importan, que no me afectan, que no me perjudican. No me importan, porque soy del santuario, y no de la política: no me afectan, porque el catolicismo tiene siempre atado mi corazon con una cadena de oro hácia la Providencia: no me perjudican, porque no vengo á profetizar hoy lo que ha de suceder mañana, sino lo que se ha de verificar siempre que el espíritu reinante, la idea elevada sobre el acontecimiento que hoy celebramos, influya en la marcha de las naciones: para lo primero, necesitaria ser político, y esta es una ciencia de pocos: para lo segundo, me basta ser católico, y esta es una ciencia de muchos.

No me olvido que acabo de hacer una concesion al pretendido poder revolucionario, porque acabo de conjeturar las lágrimas de la Iglesia. Llorará la

Iglesia, sí: llorará despues, como antes ha llorado; mas no llorará por ella, sino esas lágrimas que son el símbolo de la gloria: sí, llorará por sus hijos extraviados y pervertidos, por sus hijos infelices: llorará por el Estado: ¿lo entendeis? Esto es lo que queria decir.

Viniendo, pues, á los Estados, digo, que su tributo no ha quedado sin recompensa. Ellos han dado gloria á Dios, restituyendo á Roma al Vicario de Jesucristo; y la Iglesia les da la paz, convirtiendo en provecho suyo todos sus ricos elementos para mantener la verdad, la justicia y el orden en la tierra.

Sin duda que se ha conseguido mucho con la aceptacion de los principios y la renovacion de las esperanzas católicas, como os dije en la primera parte, y no poco fruto se ha recogido en esta iniciacion sublime de caridad representada en el movimiento católico de todo el mundo civilizado. De esto os hablé tambien algo, porque poco debia deciros tratando de la cuestion especulativa. La caridad es toda práctica, bien lo sabeis, y en verdad que Jesucristo no quiso que se le probase mas que con las acciones. Simbolizóla en la ley, y con solo esto, echó por tierra las cavilaciones indignas de los sofistas y los manejos malvados de los hipócritas. No son de poco precio, á la verdad, el pensamiento y la palabra que se filian bajo la bandera del bien; pero si la filosofia puede hallar un todo perfecto en el pensar y en el decir, la religion jamas concede

su diploma, sino á solo aquello que, iniciándose en la fé, se consuna en la caridad por medio de las buenas obras. *No amemos, hijos*, decia el Apóstol San Juan, *con las palabras y con la lengua, sino con las obras y la verdad.* (1) Digo, pues, arreglándome á esta doctrina, que la valiosa conquista del Estado viene á tener su consumacion, digámoslo así, en la parte positiva y en los efectos prácticos del ilustre acontecimiento. El Sr. Pio IX ha vuelto á Roma, no por la puerta escusada ni por la línea desapercibida de una combinacion estraña al pensamiento práctico que domina en toda la sociedad actual, sino por esas vias espaciosas y francas por donde se precipita todo el presente siglo. Si; la vuelta del Sr. Pio IX es un hecho social. ¿Queréis medir la estension de su resultado? Apreciad sus relaciones íntimas con la sociedad política. Estas relaciones nos conducen á reconocer, primero, una mayor estabilidad en la combinacion positiva de los elementos del orden; segundo, una garantía permanente de la unidad, alcanzada como un precioso resto en el naufragio comun en que iban á perecer los primeros Estados del mundo; tercero, una solucion práctica de las cuestiones mas prominentes que los ejércitos han estado agitando hace mas de medio siglo á sangre y fuego en el teatro de las disensiones civiles; cuarto y último, un escarmiento colosal que predomina sobre

(1) *Filioli mei, non diligamus verbo, neque lingua; sed opere et veritate.*—I Juann. cap. I, v. 18.

todas las emergencias turbulentas y desorganizadoras que surgen aquí y allá en el dilatado campo del universo político. Me encargo de estos cuatro puntos para sacar avante la segunda proposicion, que me propuse hacer sensible para bien de la moral pública en el aspecto social que, con permiso de la religion santa, he dado á mi discurso; pero encerrando en los estrechos límites de una produccion de este género una materia que seria todavía fecunda y ámplia para un libro, creo me escusareis de buena gana, si me reduzco á simples y generales indicaciones.

Los elementos del orden, señores, no pueden combinarse hoy, dígase lo que se quiera, sino en la universalidad subordinada constantemente á la unidad, y esto es precisamente lo que distingue las sociedades modernas de las sociedades antiguas. Nunca estas formaron un cuerpo, bien lo sabeis; porque nunca tuvieron un espíritu que á todas las animase. Escoged una centuria (os dejo la eleccion) cualquiera, la que querais, en las épocas anteriores al cristianismo, y no formareis un todo, sino solo en vuestra fantasia. Del cristianismo acá, principalmente cuando él hubo difundirse por el orbe, el género humano no ha podido ser heterogéneo en su mayoría, es decir, en su parte civilizada: porque obraba por su civilizacion y segun su civilizacion. Obraba, pues, segun el principio que le hubo civilizado; se movia, aun sin apercibirse, por el catolicismo, que es el que ha civilizado al mundo. Si el

mundo, como el hijo pródigo, ha recogido varias veces el rico patrimonio, para irse á lejanas tierras; si en otras tantas ha disipado en los desórdenes de su vida social toda la rica herencia; si mil veces ha tenido que servir á un tirano, por no servir á un padre, y preferido sobre el alimento sano de la doctrina católica las bellotas inmundas de una filosofía bastarda; si nunca se ha juzgado mas glorioso algunas veces, que mintiendo á su nobilísima estirpe; de ello no tiene la culpa el padre que le crió, porque los desastres del mundo moral, reflectando siempre sobre las voluntades estraviadas por una libertad abusiva, no pueden volverse al cielo, sino para entrar al abismo por la justicia, ó volver á la nada por la misericordia.

Vuelvo á decir, que el mundo de hoy es otro; sus esfuerzos por el cisma no le librarán jamas de la unidad de su naturaleza. Las naciones de hoy parecen los miembros de un mismo cuerpo, y al ver esa multitud de afinidades que se desarrollan constantemente sobre la vida social, reconocemos al través de las diferentes formas con que se presenta cada Estado político, una cierta espresion de familia: sospechamos que corre por ellos la misma sangre; y, señores, ahora conozco que no es una sospecha, sino una realidad: corre por ellos la sangre de Jesucristo.

El catolicismo creó, pues, una condicion esencialísima de conservacion para la sociedad moderna. Esta, por la ley de su naturaleza progresiva y per-

fectamente desarrollada, es política, y no puede ser otra cosa, así como la religion católica, y no puede ser otra cosa: lo político y lo católico son dos ideas paralelas, y que han de marchar siempre paralelas, quiérase ó no: porque el movimiento de las ideas, y la fuerza expansiva de las cosas, son independientes de la voluntad humana. No está en la mano de nadie quitar á la sociedad un solo atributo de los que la constituyen. ¿En el estado actual de su desarrollo es política? No temais que deje de serlo, porque no debéis temer que vuelva á la infancia. ¿Por la naturaleza de sus relaciones es religiosa? Dejad, pues, á los ateos y á los deístas que se diviertan con sus delirios, ó mas bien, encomendadlos á Dios; pero no temais que deje de serlo. ¿Qué veis en la infancia del mundo? El orden doméstico en la sociedad patriarcal: ley de la naturaleza, religion natural, sociedad de familia. ¿Qué en su juventud? ley escrita de un lado, códigos imperfectos de otro, sociedad puramente civil: orden simbólico y figurativo en las altas revelaciones del culto judío; politeísmo, es decir, falsas formas de la idea religiosa, en el mundo gentil: en suma, heterogeneidad en el mundo religioso y político. ¿Qué por último, en la madurez presente del género humano? y no olvidéis que os hablo del carácter del conjunto, desdénando los pormenores: ¿qué? sociedad política y religion católica: católico es lo universal en la idea religiosa; político es lo universal en la idea social. ¿En qué venimos, pues, á parar? En que á pesar de

la lucha de las doctrinas, del debate de las opiniones, del choque de los intereses, de la multiplicidad y multiformidad de las teorías, de la pluma y de la sangre, de los propagadores entusiastas y de los falsos profetas, el mundo levanta la cabeza, sigue andando, y continúa su antigua, su irresistible marcha, mostrándose en sus colosales dimensiones *católico y político*.

Y ¿por qué un fenómeno tan extraño en las previsiones de ciertos políticos? Porque la sociedad ha comprendido mejor, ó por lo menos ha sentido con mas fuerza, el valor político del catolicismo. La revolucion, que tendia á desnaturalizarle, ha restituídole todo su vigor social, poniendo en claro dos importantes verdades. ¿Cuáles? primera, que la religion y su Iglesia no están en oposicion con las combinaciones legítimas de la sociedad: que nunca se afecta de las formas, sino para perfeccionarlas y cubrirlas con el esplendor de la magestad; que ella es madre comun de las monarquías y de las repúblicas, y que en su inagotable fecundidad halla siempre recursos infalibles para afirmar todas las instituciones sociales. Segunda, que fuera de su círculo no puede haber sino contradicciones en las doctrinas, oposiciones en las ideas, choques en los intereses y anarquía en la sociedad.

Sí, señores: la religion es católica, porque es universal, y es universal porque es de todas partes y está en todas partes. El catolicismo no es un ropaje que la cubra solo por medio lado: veréisla ca-

tólica donde quiera que esté. Si está en la política, allí es católica: ¿y sería católica en la política, si escluyese algun linage de instituciones? San Pablo no distinguió entre las formas políticas cuando mandó á los pueblos que obedeciesen á sus autoridades: justo era, pues, que las autoridades no hiciesen alto en la situacion, cuando se trata de rendir al Ser Supremo los honores que le son debidos. *Dad á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César:* (1) dijo Jesucristo estas dos palabras, y con ellas constituyó la sociedad moderna. Con ellas, señores, os hago una invitacion: estudiad la historia de los desastres públicos: no os ecsijo la fé; pero sí la lógica y el criterio. ¿Por qué tantas desgracias? por una de tres cosas, y por ninguna otra: ó porque no se dió á Dios lo que es de Dios, ó porque se rehusó al César lo que es del César, ó por todo junto. Esplicadme, si no, de otra suerte las revoluciones del Norte de la Europa, la revolucion francesa, y últimamente la revolucion italiana. En este artículo fundamental están, pues, garantizadas la libertad de los pueblos, la autoridad de los gobiernos, la paz de las naciones y la gloria de Dios.

Siglos hubo en que tales convicciones figuraron en el cuadro animado de la sociedad, en que realmente se dió á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César, y en que garantida, por espli-

(1) Redite ergo quæ sunt Cæsaris Cæsari, et quæ sunt Deo Dei. Math. cap. XXII. v. 21.

folletos que han combatido la idea. Veo, reconozco, admiro el imponente suceso; doy gracias á Dios, y espero mucho para el mundo político.

¿Y qué os diré de la unidad? que habia desaparecido, señores, y con ella la brújula para los políticos, el Estado para los pueblos, y el aplomo para los gobiernos; pero que su reaparicion empezó á columbrarse un tanto, al través del suceso glorioso que nos ocupa.

¿Quién contará, quién analizará, ó dominará con su razon ese campo inmenso de combustibles ardiendo sobre el vasto suelo de la Europa, cuyos fuegos en oleadas reflejándose sobre ambos mares, vinieron á inflamar los mal apagados restos de nuestras pasiones políticas en esta parte del nuevo mundo? Desde aquel dia para siempre memorable en que un pueblo inmenso dominado á la vez por la gratitud y por el entusiasmo, se precipitó sobre los muros del Quirinal, para felicitar á su nuevo Soberano, al cabo de seis meses de un gobierno franco y paternal, hasta esa otra época mas memorable todavía en que vimos postrado súbitamente desde su inmensa altura el trono de Luis Felipe de Orleans; es decir, en el brevísimo periodo de trece meses, toda la sociedad europea, como si hubiese atinado en sus invenciones con un rival que oponer al rápido curso de las edades, anduvo con su revolucion la carrera de dos siglos. Abriéronse repentinamente todas las esclusas que habian mantenido cerradas la prevision, el cálculo,

la política, la fuerza fisica y moral de la tierra; y como los vientos de la Fábula, se precipitaron de golpe por estos mil conductos, todos los torrentes diversos, mal contenidos por medio siglo, de las locuras filosóficas y de las pasiones políticas; y al estruendo imponente y aterrador de la catástrofe, tembló la Italia, tembló la Europa, tembló el mundo. ¿Qué confusion, qué trastorno! ¿Qué maravillosa confluencia de elementos conjurados contra las esperanzas y la conservacion de la sociedad!... ¿Y Roma? ¿Y su insigne Soberano? ¿Y aquellas protestas entusiastas de adhesion y de amor que se le rendian? ¿y aquel gran movimiento, aquel no interrumpido progreso de triunfos, aquellas incesantes ovaciones, aquel patriótico y libre clamoreo que se cruzaba todos los dias por las moradas de los Pontífices?... ¡Ah! la lengua se resiste á proseguir, y el ánimo, podría decir yo tambien, experimenta una secreta repugnancia para volver hácia tales recuerdos!

Roma, ese pueblo que tentaba incesantemente la imperturbable calma y la paciencia del nuevo Pontífice, para obtener su bendicion; que olvidaba los favores tan velozmente como los recibia; que condenado á vivir solo de aspiraciones, no veia lo que se le otorgaba, sino lo que el fanatismo de la situacion ponía sucesivamente delante de sus deseos: ese pueblo en cuyo corazon revivió, con el entusiasmo de la libertad, la noble fiereza de los Catones y la indómita osadía de los Brutos, sin el valor y constan-

las doctrinas abierta con la reforma y terminada en el socialismo; el catálogo de las constituciones políticas figurando en los recuerdos y tendiendo de nuevo á la vida; las revoluciones desastrosas y las guerras nacionales; los triunfos de la filosofía levantando sus monumentos aquí y allá sobre la indiferencia religiosa y los estragos de las costumbres; la palabra *progreso* resonando mágicamente para electrizar el entusiasmo de la multitud y someter la sociedad á la vida de las transiciones; las mas fuertes monarquías de la Europa recelando de la antigua lealtad, mal seguras en sus viejos títulos, poco satisfechas con sus tradiciones, desconfiando de sus ejércitos, y humillando su aristocracia indómita delante de las turbas y al incesante grito de la prensa. Fijaos en esa *jóven Alemania*, entrando en la madurez por los rápidos progresos de su obra, saboreando ya la realizacion de los designios que por mas de cincuenta años han ocupado sus vigiliassu talento y su accion, levantando ya la mano, digámoslo así, para pegar el fuego á la inmensa mina que tiene cebada bajo el asiento comun de la sociedad política y la sociedad religiosa: imaginaos, por último, ese porvenir en inmediato contacto con lo presente, y sin embargo, mas tenebroso que nunca para la prevision; esa Italia, antiguo domicilio de la libertad republicana, pais clásico de los héroes, sepulcro del paganismo y trono de la cruz; esa Roma incomprendible que ha mantenido siempre en accion las ciencias, las letras y las artes; donde han

estado siempre reunidas todas las incertidumbres y todas las esperanzas; esa Roma, engrandecida por la religion, bañada con el esplendor de la gloria y con la sangre de los mártires, encantada por la poesía, respetada por la historia, temida por la política, embellecida por las artes, consagrada por los monumentos mas ilustres de todos los siglos, satirizada por la filosofía, combatida por la impiedad, compadecida por la ignorancia: considerad todo esto, en los momentos en que el Sr. Pio IX levanta su frente augusta, y dirige sobre el mundo aquella mirada misteriosa que al través de la tempestad pudo distinguir á un mismo tiempo esta rápida carrera de vicisitudes que las circunstancias preparaban á su persona, y por las cuales habian de andar á un mismo paso la Europa y el mundo. He puesto á vuestros ojos el cuadro: analizadle si podeis; sometle en buena hora bajo el dominio del cálculo político. ¿De qué se trata, señores? ¿De un triunfo para el *statu quo*? ¿de un progreso mas para las aristocracias modernas? ¿de la realizacion final de una teoría política? ¿de la conversion de las masas en primeros agentes del orden y vehéculos de la civilización? ¿del planteo definitivo de la democracia pura? ¿del divorcio entre los dos primeros elementos de la sociedad humana por la violenta separacion de los dos atributos que se reunen en los Pontífices, el poder espiritual y el poder temporal? ¿De qué se trata? vuelvo á deciros. Responded lo que querais. . . . Por lo que á mí toca, trátase de salvar

la sociedad en una gran crisis que la amenaza; trátase de que no perezcan inmolados juntamente, bajo el azote de las pasiones políticas, el orden y la libertad. Y para esto, ¿qué es necesario? Dominar la revolución. ¿Cómo dominarla? “Filosofía, libertad, “democracia: he aquí la revolución, dice un escritor “de nuestros tiempos; y la revolución es una guerra activa y permanente contra todo principio y “autoridad, contra todo poder, contra todas las teocracias, contra todas las aristocracias, contra todas “las monarquías de la tierra. La revolución es una “cosa mas grande, mas fuerte y mas indómita que “la fuerza física, es el pensamiento, la palabra, la “opinión y la prensa (1).” Y ¿no mas? Los filósofos partidarios hablan siempre á medias, porque hablan siempre con interés; los católicos lo dicen todo siempre, porque nunca tienen mas interés que el de la humanidad. La revolución es tambien la muerte de las repúblicas, el patíbulo de las democracias mas bien organizadas; es una cosa que no se ha dicho, es la contradictoria viva de la fuerza moral. No hay fuerza moral saliendo del catolicismo; pero tampoco hay catolicismo, independiéndose del cielo. ¿Quién y por qué medios, pues, dominaría esa revolución? Me concederéis á lo menos, que cada uno de sus elementos necesita de un contrario. Pero si la filosofía la engendra, ella no puede matarla; si la libertad la impulsa, esta no puede disminuirla; si la democracia la sostiene, la democra-

(1) MAZZINI. Obra citada.

cia es imponente contra la revolución. Hay mas: la filosofía, luchando con la filosofía, pasa por el cisma de las opiniones á radicar el escepticismo; la libertad, en lucha con la libertad, atraviesa por lagos de sangre para llegar á la tumba; la democracia, combatiendo á la democracia, trae consigo infaliblemente la anarquía. Si, pues, la revolución ha de ceder y no para la muerte, sino para la vida de la sociedad, es preciso buscar para cada uno de sus elementos una oposicion de salud, una cosa que destruya en ellos lo que mata, y conserve y afirme lo que vivifica y perfecciona; una cosa que, reduciendo á sus justos limites la filosofía, la libertad y la democracia, las haga entrar, por la reforma y no por el sepulcro, á la grande obra de la restauracion. Empéñome, señores, en hallar este antídoto de salud; en hallarle, porque ecsiste; mas no en inventarle, porque el mundo no vive de invenciones. Si ecsiste, le pido, no á los filósofos, cuya profesion al parecer es vivir en lo desconocido; no á los políticos, cuya gloria está cifrada en las combinaciones de las circunstancias; no á los guerreros, que presuponen un acuerdo á que obedecer, ó son unos furiosos armados contra la paz de las naciones; sino á la esperiencia de todos los siglos y á los resultados prácticos de todas las sociedades; le busco y.... (los filósofos se reirán),...le encuentro á pocos pasos. ¿Dónde? en la creencia, en la ley, en la autoridad. De aquí colijo dos cosas: primera, que la revolución ponía en lucha de muerte á la filosofía

con la fé, á la libertad con la ley, á la democracia con la autoridad: sus triunfos por lo mismo no podían obrarse sino sobre el sepulcro de estos tres adversarios, y como el mundo no puede vivir sin creencias, sin ley y sin autoridad, preciso era esperar en ellas, ó resignarse con la inevitable muerte de todas las sociedades políticas. Pues bien, señores, y de buena gana me pongo en espectáculo ante todas las ironías de nuestro siglo, ninguno de esos tres elementos es hijo de la tierra. La fé viene del cielo, la autoridad viene del cielo. La fé, la ley y la autoridad, consideradas como elementos fecundos y universales para la sociedad política y la sociedad religiosa; he aquí al *catolicismo*: un Pontífice obrando con todo el poder del catolicismo sobre la revolucion europea: HE AQUÍ AL SR. PIO IX.

Señores, clame cuanto quiera el racionalismo, cada hombre trae á la tierra un destino providencial. ¿Quereis la prueba? Ved coincidir en el dilatado campo de las edades las apariciones de ciertos genios con las mas señaladas épocas en la diversa historia de las naciones. Ellos entran á ciegas, digámoslo así, en una carrera misteriosa; pero nunca salen de la vida sin dejar señalada con una huella de luz la senda gloriosa que anduvieron en la sociedad. “El hombre se agita, pero Dios le conduce;” y este pensamiento profundo, que nos recuerda el nombre y el genio del Arzobispo de Cambray, recoge con maravilla todo mi pensamiento.

Al cabo de tres años ya fenecidos, la mision política del Sr. Pio IX puede ser columbrada, y en verdad que lo que de ella va descubierto basta para encadenar hácia él la admiracion del mundo. El mismo hubiera retrocedido, si al inaugurarse sobre el trono que acababa de dejar con la vida el Sr. Gregorio XVI, la hubiese tenido en su presencia. Sin embargo de su gran fé, tal vez hubiera replicado, como el gefe del pueblo de Israel; ó como el príncipe de los Apóstoles, habria necesitado, para seguir marchando por las aguas, que le reprochase dulcemente su vacilacion el Arbitro de la naturaleza. El Sr. Pio IX trajo, pues, al mundo una mision sublime, pero que no puede ser vista toda, digámoslo así, sino por las generaciones que vienen, y á distancia de medio siglo. ¿Pudo, era dueño de seguir la política de sus predecesores en las circunstancias críticas en que el mundo todo le esperaba para estar *por él ó contra él*? No, señores: cambiando el teatro, varía la escena, y cierta política entonces, ejerciendo una presion violenta sobre un campo henchido de combustibles, hubiera hecho mas desesperada en sus funestísimos desastres la esplosion que era ya inevitable; y en verdad, que tres ó cuatro meses de un órden precario no hubieran compensado todas las anarquías, todas las revoluciones, todos los crímenes, que con la fuerza indómita de un torrente que rompe sus diques, iban á precipitarse muy en breve sobre todo el género humano. No vino, pues, el Sr. Pio IX á sos-

cia de los antiguos romanos; que todo lo poseía para conmovier y destruir, nada para ordenar y establecer; que adormecido y acostumbrado en sus goces, sin comprenderlos, sin estimarlos, ni señalar su origen, solo se ocupaba en cambiar de posición; ese pueblo en cuyo seno andaban luchando, con su radicalismo imponente el *statu quo*, con su cabeza volcánica el republicanismo europeo, y con sus ilusiones bellas y candorosas el partido liberal; que se movía en todas direcciones, sin adoptar definitivamente una línea; que fanatizó por un Rey-pontífice, para olvidar luego al Papa; que combatió al Papa, para librarse del Rey; que buscó en la secularización del gobierno lo que no acertaba á definir; que quiso constitucion, para ponerse á la moda, y se disgustó pronto de esa constitucion, porque no estaba de última, digámoslo así; que pidió libertad sin límites en las instituciones, en la imprenta, &c., &c., para gobernar por sí mismo; que ojeaba impacientemente las páginas de la revolucion francesa, para echar la segunda edicion de esta historia deplorable; que muy pronto declaró incompatibles el *progreso* y el *Papa*; que... Basta... ¿A dónde iba este pueblo?—A la muerte.—¿Por dónde caminaba?—Por la anarquía.—¿De dónde habia partido?—Del cisma.

¿Y los otros Estados de la Italia? Aquí se afirma el despotismo; allí se desarrolla la tiranía; allí se hunde un trono; acullá una confederacion se inaugura; ora se pronostica todo para la república;

ora se promete mucho á los partidarios reaccionistas de las combatidas ó arruinadas monarquías. Las antiguas tradiciones descienden á la empeñada lucha y perecen luego á manos de las nuevas teorías; los viejos títulos de tantos soberanos se eclipsan entre las densas nubes que levanta la revolucion europea; las doctrinas se confunden, los políticos se desconciertan: nuevas generaciones parecen venir de momento á reemplazar á las de hoy. Todas las excisiones se preparan al combate; cada partido quiere reinar sobre la tempestad; y *la ciudad eterna*, en tan tremenda crisis, parece ir á la vanguardia de la muerte política con que es amenazada la Europa. ¡Políticos profundos, sagaces discurridores, soberbios filósofos, valientes y hábiles guerreros, venid, conjurad la borrasca, reincorporad tantas dispersiones sobre los antiguos cimientos de la sociedad europea: vosotros principalmente, los que lanzando una risa de lástima sobre los que veian ligada la suerte del mundo político á los destinos del catolicismo, os burlábais de su influjo, dirigiendo un fino cumplimiento á la venerable y augusta persona del Pontífice reinante (1); venid, acometed á la grande empresa: obrad una nueva creacion en medio de ese caos; decid con el énfasis que os es tan propio; *hágase la unidad*, y ya veremos si *la unidad es hecha*. ¡Vano esperar, católi-

(1) Véase la obra de Andrés Luis Mazzini, titulada: *De l'Italia dans ses rapports avec la liberté et la civilisation moderne*: tom. II, part. 2., cap. V, pág. 193. (Ed. de Paris, 1847.)

cos! ¡inútil pedir! ¡Ah! si el Señor del cielo y de la tierra no ha de venir á levantar este edificio suntuoso en que compitan la elegancia y belleza de los pormenores con la nuidad magestuosa del conjunto, los miserables y soberbios arquitectos políticos nunca lograrán por cierto, sino reproducir el fenómeno de aquella famosa Babel, cuyo recuerdo nos conserva la Historia santa como una infalible profecía, ó como una protesta viva del poder del cielo contra las locuras de la tierra. Si no me creis á mí, creed al Profeta, que es quien lo ha dicho, y á un Profeta que miraba el porvenir desde la altura de un trono, y que cantaba su impotencia, cuando ya se habia hecho famoso por haber prostrado diez mil enemigos á su derecha y mil á su izquierda. David es quien habla: *Nisi Dominus edificaverit domum in vanum laboraverunt qui edificant eam* (1). Os alarmais frecuentemente por la suerte de la sociedad, y bien haceis, porque debemos amarla, como Jesucristo amaba á Jerusalén: mas poniendo vuestras esperanzas en el hombre, para que ella se salve, haceis mal, porque no es el hombre quien ha de salvar la sociedad: *Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam* (2). Quereis que el orden se conserve, y quereis bien, pues por aquí se camina á la felicidad; pero poneis mano á la obra ¡ó políticos! y obrais mal, comenzando por arrancar el uno del otro, esos dos elementos en cu-

(1) Ps. CXXVI. v. 1.

(2) Ibid. v. 2.

ya combinacion está el secreto de la vida social, el elemento político y el elemento religioso.

Por fortuna, señores, la suerte de la sociedad no depende de los políticos, sino de los pueblos; y si aun he de buscar la última esactitud en la expresion de mi pensamiento, no depende tampoco de los pueblos, sino de la Providencia. Dios castiga la obstinacion del orgullo político, del orgullo filosófico y el desenfreno de las masas indómitas, haciendo aparecer lo contrario de lo que imaginan, anuncian y se prometen, y convirtiendo los acontecimientos en un poder irresistible que burlando los cálculos y las previsiones, triunfe de la anarquía, domine las revueltas y restablezca el orden en la sociedad. Ved, si no, lo que de facto sucede: observad esas tendencias espontáneas y comunes á favorecer la causa del Pontífice; escuchad los ecos de las tribunas europeas y la voz de la prensa; notad ese movimiento religioso tan estrañamente improvisado en la época presente, esas conversiones políticas y morales que de todas partes nos vienen á sorprender; esa recelosa cautela con que se oyen y reciben las nuevas teorías; ese pudor nobilísimo de los grandes talentos desengañados, que vuelven á los caminos que habian pretendido no ha mucho borrar del campo de la investigacion; esos pareceres nuevos, esos libros nuevos, esos hombres nuevos, esa conducta nueva, esa Europa nueva que va reapareciendo con una sorprendente juventud en los instantes críticos en que debia estar sepul-

tada. ¿Que es esto, señores? La prueba práctica de que Dios ha retribuido á la sociedad con su acostumbrada magnificencia los homenages que ella le acababa de tributar en la persona del Sr. Pio IX.

Las tendencias de la Italia y de la Europa toda, solo sirvieron para vigorizar la inteligencia, llamando al genio hácia las verdaderas causas de los trastornos sociales. Las desgracias pudieron mas que los raciocinios, pero estos adquirieron un vigor que no se olvidará nunca, mientras puedan trasmitirse á la posteridad los ecos de todas las tribunas parlamentarias de Europa durante los dos años que van corridos. Montalembert y Donoso Cortés pueden perder su individualismo personal en la cuestion de la gloria, mas pasarán á los venideros siglos como los representantes natos de una restauracion universal.

Por esto dije tambien que con la vuelta del Sr. Pio IX, han tenido una solucion práctica todas las cuestiones pendientes que ha estado agitando la Europa, y ha recibido el mundo un escarmiento salvador, tan grande como él. Estos dos puntos fluyen con toda naturalidad de los sucesos que acabo de referiros, y su carácter de consecuencias nos relevan á vosotros y á mí, del empeño de una prueba especial, que prolongando mi discurso, reagravaria mas vuestra religiosa atencion.

Y despues de esto, ¿me filiaré yo, ministro del santuario, distribuidor de la verdad, siervo de la Providencia Divina, en alguna de esas escuelas

políticas que suponian á Pio IX árbitro de la situacion, y á la sociedad que gobernaba dispuesta favorablemente á cualquiera pensamiento que quisiese imprimir sobre ella su nuevo Soberano? ¿Diré con los unos, que dió un golpe mortal á las instituciones sagradas de sus antepasados, abriendo con imprevision y menos prudencia las mal cerradas puertas de la anarquía social? ¿Sostendré con los otros que Pio IX es el padre de las escuelas progresistas y ultra-liberales de nuestros tiempos? Dejad, señores, por Dios, dejad siquiera en esta vez, y por el lugar en que nos hallamos, estos vanos conceptos de la sabiduría humana: dejad que la filosofía y la vista microscópica de algunos políticos fecunde con su imaginacion el supuesto quimérico de que el Sr. Pio IX tuvo sometido á su voluntad directamente el destino de Roma, indirectamente el destino de Europa. No sintais, os ruego, de esta manera: desdeñad la cuestion política, venid á la cuestion providencial: abandonad el pequeño círculo de la libertad humana, fijaos en aquel círculo inmenso de los designios divinos. “*Yo condenaré la sabiduría del sabio y reprobaré la prudencia del prudente* (1).” ¿Sabeis, señores, quién es el autor de estas palabras? ¿os acordais con qué motivo fueron pronunciadas por la misma sabiduría eterna? ¿ignorais que son católicas y divinas, teniendo por lo mismo un sentido universal y apli-

(1) Scriptum est enim: Perdam sapientiam sapientium, et prudentiam prudentium reprobo.—I Ad corint. I. v. 19.

caciones infinitas? Por lo que á mí toca, desde que he tenido la fortuna de abismarme con la fé en su adorable profundidad, han perdido sus prestigios para mi admiracion los partos ingeniosos de la filosofia y las esquisitas y orgullosas combinaciones de la política.

¿Por qué, señores, tan monstruosa confusion en los juicios diversos que ha formado esta sobre el carácter social de Nuestro Santísimo Padre el Señor Pio IX? ¿Me atreveré á decirlo? Fuera del templo, no; pero en esta cátedra sagrada, sí: los hombres casi juzgan mal, porque de ordinario juzgan sin luz y juzgan antes de tiempo; y las calificaciones inmaduras y presuntuosas son de ordinario el triste patrimonio de la filosofia.

Para la gloria del Sr. Pio IX, me basta salvar dos ideas que nadie puede poner en duda; la intachable rectitud de su proceder, y la bondad proverbial de su corazon. Nadie rehusa el reconocimiento de estos dos nobles atributos al carácter social del eminente y santo Pontífice que hoy gobierna la Iglesia. Afirmaos, pues, en este punto de partida: contad con Dios para juzgar, como él contó con Dios para proceder: salvad los límites estrechos del pensamiento político, y penetrad por los reservatorios inmensos de los designios providenciales: contemplad bajo este solo aspecto al nuevo Pontífice en sus relaciones con el Estado político de la Europa. Yo me complazco, señores, en haceros esta noble invitacion, porque os llamo á contem-

plar el cuadro mas sublime que nos presenta la historia de las sociedades modernas. No ha mucho habeis visto al Sr. Pio IX colocado por su doble investidura entre los cielos y la tierra: vedle ahora situado en las mas altas cumbres de lo presente, entre los siglos que ya pasaron, y los siglos que se apresuran á venir: vedle aparecer en la primera silla de la Basilica, y sobre el trono de Roma, en los momentos en que reiterados temblores agitan al mundo político; en que un ruido misterioso le hace estremecer por sus destinos; en que las tinieblas descienden sobre la prevision, y la incertidumbre burla el talento y la sagacidad penetrante de los genios mas esclarecidos; en que un rey que parecia inamovible sobre el trono de Francia, siente que le empiezan á faltar los apoyos; en que el Austria se desconcierta, en que las cabezas mas bien organizadas de la diplomacia de hoy se desconciertan, y comienzan á vacilar; en que las relaciones de la Santa Sede ganan por una parte las simpatías del imperio de la Media luna, cuyos odios habian quedado en pie desde el tiempo de las cruzadas, y desarman para la política de Roma las prevenciones del protestantismo, conquistando el corazon de la Gran Bretaña; en que la Europa conmovida, el mundo todo en crisis, clavan sus ojos en los muros del Quirinal, como para esperar la contraseña del grande sacudimiento que le amenaza; recoged todos los datos que pueden servir aquí para apreciar en su justo valor la gran crisis del orbe político: la lucha de

tener á todo viento y marea el *statu quo* contra los diversos intereses que contendian en la lucha. ¿Vino, pues, á proteger el desenvolvimiento práctico de las nuevas teorías que se paseaban per el mundo buscando la oportunidad, el tiempo y el caudillo? Preguntadlo á su conducta, seguidle en la vasta carrera de sus reformas, y tendreis una respuesta concluyente. Otros Pontífices comenzaron su carrera política, diciendo al pueblo: "obedece." Nada mas natural, cuando veian en sus felicitaciones el emblema de la paz y del orden. El Sr. Pio IX se encuentra con un pueblo vacilante, dudoso, agitado, seducido, electrizado en suma, por el fanatismo de la época. Comprendió que debía comenzar por la conquista de la voluntad popular, desarrollar un influjo eminentemente político sobre la situacion, y seguir, digámoslo así, en su carrera intermediaria, una diagonal oportuna, para llevar con buen écsito á la restauracion social. ¡Cosa rara! El Sr. Pio IX debió meditar en la restauracion ántes de que se trastornara el orden, y vivir y obrar sobre el porvenir mas que sobre lo presente. Aquella línea era la de las concesiones al pueblo. Suprimidla, y todo está perdido: buscad otra que preferir, y os fatigareis en vano. Las concesiones del Sr. Pio IX fueron de suyo contingentes y transitorias, como la situacion en que se hallaba: hacerlas figurar en el radicalismo es volver á la infancia, ó si se quiere, volver al siglo XVIII, y este tiempo ya pasó. ¡Son, pues,

ellas el dato para juzgar definitivamente la causa del Soberano? No. ¿A dónde tendia, pues, el Sr. Pio IX? No me tardaré en deciroslo, pero escuchadme aún. Bien sabeis que el pueblo, siempre favorecido y nunca satisfecho, intentó llegar hasta un punto vedado por los principios de la moral política, y señalado en las últimas eesageraciones de la demoeracia, como el gran pórtico del porvenir, y qué sé yo si como el palacio del socialismo. ¿Y qué sucedió entonces? ¡Oh momento perdurablemente célebre, eminentemente glorioso para el primer pesonage de los Estados romanos! Arribando el pueblo á este punto, Pio IX, inspirado juntamente por la religion y por el patriotismo, y revestido de aquella magestad imponente que le daba la situacion, pronunció el *non plus ultra*, y levantando hasta los cielos el inamovible valladar, falló definitivamente y sin apelacion la causa de los partidos.

Su salida de Roma, su mansion en Gaeta, esta mansion donde recogerá la historia todas las tribulaciones del destierro y todos los esmeros del mundo católico para con la persona de su augusto Gefe, es la demostracion palmaria y el argumento práctico de una prudencia consumada, de una alma superior al mundo conmovido, de una firmeza incontrastable y un carácter político de primer orden.

A estas consideraciones os llamo, señores, no para convenceros, porque repito que soy el órgano de vuestras ideas; sino para fecundar vuestro regocijo

mentos desastrosos, habeis presenciado el milagro político de esta especie de salvacion, á pesar de los obstáculos todos que le opusieran las tendencias diversas de nuestro siglo: ¿qué fruto, decidme, qué provecho sólido y positivo habeis conquistado para los grandes intereses de vuestra eterna salud, al cabo de esta revista inmensa que habeis pasado con vuestro espíritu á todas las cosas de hoy, y al volver á vuestro raciocinio de esa profundidad insondable en que os habia tenido sumergidos una contemplacion verdaderamente sublime? Yo responderé por vosotros con las palabras del Profeta—rey, diciendo aquí, sobre un desengaño tan ilustre, que la sociedad perecerá sin Dios, porque en El y solo en El está su salud; que El es el único que posee la clave de la esperanza, porque es el único dueño de la eternidad: que todas las teorías en que la soberbia de los filósofos y políticos ha intentado en todos los siglos vincular los destinos de la sociedad, son apenas brillantes nubes que burlan el contacto al momento crítico de la prueba; porque no hay en los hombres mas que vanidad y mentira (1): que el poder está en Dios, y en su seno se adunan y conciertan la justicia y la misericordia; *potestas Dei est* (2): que el poder está en Dios, porque El es el Arbitro supremo de la paz y de la guerra, y por El viven y prosperan, y sin El irremediabilmente perecen las naciones: *potestas Dei est*: que

(1) Ps. LXI, v. 10.

(2) Ps. LXI, vv. 12 et 13.

el poder está en Dios, porque Dios es la torre fuerte que la verdad y la virtud, los pueblos y los reyes pueden levantar contra sus enemigos (1); *potestas Dei est*: que el poder está en Dios, porque habla, y los contrarios de la verdad y la justicia, como la cera que se derrite son desechos, cual combustibles bajo el fuego son consumidos, y se resumen en la tierra, como el agua que pasa, y al *fiat* irrevocable del Señor, tornan de nuevo á la nada (2); *potestas Dei est*: que el poder está en Dios, porque su nombre es el símbolo de la vida y el heraldo seguro de la victoria, porque El se ha hecho manifiesto en todo el universo, dejando escuchar su voz en los grandes acontecimientos que presenciarnos (3); *potestas Dei est*: que el poder está en Dios, porque ha sujetado los pueblos, y hecho caer las naciones enteras á los piés de los que le representan en el mundo, porque El es el Señor Supremo de toda la tierra, y recoge desde el trono de Su Magestad los himnos de toda la creacion; porque reina y ha de reinar sobre todas las sociedades, porque le han rendido la obediencia los supremos gefes de las naciones, y porque ha dado la fuerza para vencer los ejércitos al robusto brazo de los héroes (4); *potestas Dei est*: que solo Dios es grande por lo mismo, y á El esclusivamente corresponden prez eterno y

(1) Ps. LX, v. 4.

(2) Ps. LVII, v. 8 et 9.

(3) Ps. XLIX, v. 3.

(4) Ps. XLVI, vv. 3, 4, 8, 9 et 10.

alabanza sin fin en esa *nueva Sion* donde reside el Vicario de Jesucristo, en esa Iglesia Santa fundada con el beneplácito y entre las aclamaciones espontáneas del universo admirado, para ser la capital del nuevo reino; en esos palacios suyos, desde donde le reconocen y aclaman todos los pueblos, y en cuyos muros han venido á reunirse con las miradas todas, el asombro, la conmocion y el culto de los reyes que se habian conjurado contra ella: en esa *Roma eterna*, simbolizada por el Profeta, á la cual bastaron algunos pocos meses de soledad transitoria, para llevar el terror á todos los pueblos que el sol visita en su vasta carrera, y henchir de amargura el corazon de los príncipes (1): *potestas Dei est.*

Venid, pues, ó pueblos todos, los que habeis admirado la obra de Dios, erigida sobre las ruinas de la obra de los hombres; poned atento el oido, vosotros todos los que cubris con vuestras moradas la superficie de la tierra, opulentos y miserables, nobles y plebeyos; venid á escuchar estas cosas que la sabiduría de Dios ha puesto sobre mis labios para cantar sus alabanzas y publicar su gloria. No soy yo quien os convoca al rededor de la nueva Jerusalén, sino el cantor sublime de la misericordia, de la bondad y del poder del Altísimo (2) venid á presenciar el objeto mas grande y mas consolador que puede ofrecer os vuestro pensa-

(1) Ps. XLVII, vv. 2, 3, 4, 5, 6 et 7.

(2) Ps. XLVIII, vv. 2, 3, et 4.

miento, el mundo todo sacudido por el brazo de la misericordia divina: venid para fecundar en su presencia vuestra esperanza, y verter al pié de sus tabernáculos augustos, las aflicciones y las penas de vuestro corazon. *Sperate in eo omnis congregatio populi, effundite coram illo corda vestra* (1): venid á rendir á Dios los tributos de vuestra adoracion y los homenages de vuestro reconocimiento, al contemplar la grandeza y sublimidad de sus obras: *Venite et videte opera Dei*; al verle pasar su cetro por todas las cosas del tiempo y de la eternidad, y clavar sobre las naciones los ojos de su providencia, para que vayan á perecer en su orgullo: *Dominatur in virtute sua in eternum, oculi ejus super gentes espiciunt: qui exasperant non exaltentur in semetipsis* (2). Bendecidle, pues, ¡ó naciones! y haced resonar en toda la tierra los himnos de su alabanza: *Benedicite gentes Deo nostro: et auditam facite vocem laudis ejus* (3).

Y vos, ¡ó Señor! que desde el trono eterno en que residís antes que la luz brillara sobre el orbe, dejais caer vuestras miradas de misericordia sobre los mismos que os desconocen y ofenden, volved á nosotros, y no nos abandonéis jamas. A vos levantamos nuestro espíritu, y en vos colocando nuestra confianza humilde, os pedimos que no nos confundan jamas nuestros enemigos. En

(1) Ps. LXI, v. 9.

(2) Ps. LXV, v. 7.

(3) Ibid. v. 8.

buena hora que se cubran de rubor y de espanto los que siempre rebeldes han persistido en su iniquidad; mas ábranse vuestros caminos delante de nuestros ojos, pues que llorando nuestros extravíos, convertimos nuestro corazón atribulado á vuestra misericordia, y os pedimos remedio y salud para todos los que confesamos vuestro Santo Nombre (1), los que hemos amado el decoro de vuestra casa, viniendo á reconocer en ella la residencia sublime de vuestra gloria (2); los que os invocamos en el embate y os reconocemos en la caída vergonzosa de nuestros adversarios; los que á vuestra sola vista, echamos las almas, y la cobardía y el temor fuera de nuestro corazón ante los campos enemigos: (3) los que vemos los cielos afirmados por vuestra palabra, y brillar el concierto y la hermosura por la eficacia de vuestra voluntad en toda la naturaleza (4); los que hemos gustado y visto la suavidad inefable de vuestra presencia, y hecho una experiencia dulcísima de la felicidad con que coronais la confianza de vuestros hijos (5). Volved, repetimos, los ojos de vuestra misericordia hácia la suerte de toda la cristiandad postrada á vuestros pies. Radicad para nuestro consuelo y nuestra esperanza en la obediencia de los pueblos y en las virtudes de aquellos á quienes habeis confiado el

(1) Ps. XXIV, vv. 1, 2, 3, 4, 6, 7, et 11.

(2) Ps. XXV, v. 8.

(3) Ps. XXVI.

(4) Ps. XXVII, v. 32.

(5) Ps. XXVIII, v. 9.

gobierno de las naciones, esta gloriosísima victoria de vuestra palabra, de vuestro poder y de vuestro amor en los principios, en las esperanzas y en la conducta del mundo político. Acábase de afirmar esa paz que solo ecsiste donde se respeta vuestro nombre, y que ella tenga larga vida sobre la tierra: que no vuelva á interponerse nunca la nube de las pasiones y de los errores, entre la basílica de Pedro y el mundo pervertido; sino que antes bien, fijos los ojos de éste en la nueva Sion, se admire y ecsalte allí la hermosura de vuestra gloria (1). Reconocemos ¡ó Dios mio! vuestros atributos adorables en esta conmocion inaudita de la sociedad actual, y hemos sentido vuestro brazo entre los terribles sacudimientos del mundo político. Vuestra sin duda es esa señal de justicia que nos ha penetrado de terror, al presenciar el fuerte sacudimiento, la turbacion espantosa de la tierra. No resta, pues, ¡ó Padre! sino que, pronunciando el *hasta aquí* de vuestra justicia, hagais resplandecer en la paz de los Estados, en el triunfo de vuestra doctrina, en el arraigo de las virtudes, en la estincion de los odios y de los partidos, en el progreso legítimo de la sociedad, los sublimes é inefables atributos de vuestra misericordia. Mandad que el mundo trastornado recobre su aplomo, calmad sus agitaciones, volvedle la serenidad, curad las heridas de vuestro pueblo, y cambiad en gozo perdurable los dolores y las amarguras que tan lastimosamente le han conturbado. *Commovisti terram et conturbastis eam; sana contritiones ejus* (2).

(1) Ps. XLIX, v. 2.

(2) Ps. LIX, v. 4.

y electrizar vuestra admiracion. Me equivoco; no para arrancaros tributos estériles á la gloria humana, sino bendiciones sin fin á la gloria católica, á esa gloria superior á los incienso de todo un mundo embriagado por la admiracion y el entusiasmo, y á los grandes reveses que traen siempre consigo la falsedad de la política, la inconstancia de las opiniones y la ingratitud de los pueblos. Bajo el influjo contradictorio de estas dos situaciones, el Sr. Pio IX se mostró siempre igual, y en consecuencia, siempre digno de la eleccion que de su persona hizo la Providencia, para conjurar la tempestad mas funesta que podia venir sobre la sociedad.

¿Cuál fué, pues, repito, la mision del Sr. Pio IX? Apoyado en cuanto he dicho en el presente discurso, sin fijarme en el carácter privativo de la revolucion de Roma, ni en la fisonomía histórica de la revolucion italiana, ni en las particularidades diversas que se han podido distinguir en los movimientos varios de los Estados de Europa; sin hacer tampoco un resúmen, que considero innecesario despues de haber querido recoger en la persona del Sr. Pio IX todos los acontecimientos, y sirviéndome, sí, de estas recapitulaciones parciales que he venido sembrando á propósito, como puntos de una final aproximacion, os diré: que EL EMINENTISIMO SR. JUAN MARIA MASTAI-FERRETTI vino al pontificado en las circunstancias presentes sin mas influjo que el de Dios, igual para todos los soberanos; y sin privativas obligaciones para ninguno, á fin de salvar

la Europa toda, y con ella el mundo político, abriendo en ciertos puntos cuantos conductos fuesen indispensables para que se desahogase la sociedad sin perecer inevitablemente, como de otra suerte hubiera sucedido. Y así se verificó á la letra, señores: el Pontífice-roy no ha encontrado al mundo en su regreso á Roma, como le halló en su advenimiento al trono. Encontróle, es verdad, agitado, conmovido, incierto, presa todavía de las alarmas; por sus enemigos ocultos habia dejado ya las tenebrosas cavernas, para brotar al campo de la lid; habian perdido en el combate franco de dos años las provisiones atesoradas durante medio siglo; si la causa de la ley y de la autoridad, si la misma causa del poder temporal de los Pontífices penden todavía de las dudas en el problema del porvenir, esto nada importa para la cuestion presente, nada importa para la mision sublime del Sr. Pio IX, nada importa para los destinos enteros de la Iglesia católica; nada contra el verdadero y sólido triunfo que la religion ha reportado con sus principios, con sus garantías y con sus vínculos eternos de caridad en este grande acontecimiento; nada, por último, contra la evidetisima verdad que me propuse desenvolver en la segunda parte de este religioso discurso, considerando la paz de las naciones como un hecho de consecuencia en la gloria de Dios.

Yo bien sé que no hay una cuestion definitivamente resuelta; que los mismos resultados prácticos figuran en la categoría de las transiciones; que

las escageraciones políticas no han abandonado el campo de la lid; que la influencia del catolicismo, aunque gana terreno en las convicciones, no deja de ser combatida en las doctrinas; que el poder temporal de los Papas tampoco ha dejado aún de ser el blanco de una terrible oposicion; que las miras políticas de ciertos Estados muy poderosos se hallan hasta hoy profundamente encubiertas; que las verdaderas intenciones de la Francia en la cuestion del Sr. Pio IX han sufrido y sufrirán todavía una empeñada discusion; que el ilustre y santo Pontífice ocupa hoy en Roma la silla de sus predecesores despues de un penoso destierro, pero sin respirar aún en paz; y qué sé yo, si nuestros himnos de reconocimiento habrán de ceder el campo muy pronto á las humildes y fervorosas súplicas por Nuestro Santísimo Padre atribulado segunda vez, y en un pais extranjero. Lo sé. . . Pero tambien sé, que Dios nos ha hecho sentir de mil maneras sus misericordias, que la misma vuelta del Sr. Pio IX es un presagio feliz; que el carácter de su mision es un argumento de bondad; y para un mundo que iba infaliblemente á perecer en la mas tremenda explosion que imaginarse pudo, valiosa conquista es la de salvarse, aunque sea con algunos de sus dolores; que ha conseguido infinito aquel con solo haberse descargado ya del tósigo mortal que abrigaba en sus entrañas, y al que hubiera sucumbido sin duda, sin embargo de la ciencia y del arte, si la Providencia, dejando caer sobre sus miserias profundas una

mirada paternal, no le hubiese deparado, con la escaltacion, la conducta, los sacrificios y la oracion eficaz de tan gran Pontífice, un medio de salvacion que ya parece inquestionable. ¿Seguirá la guerra? ¿continuarán los partidos? ¿Nuevas conmociones agitarán la sociedad? Nada mas fácil, católicos; el mundo siempre es mundo, y el hombre siempre es hombre; pero nada concluyais de aquí, ni contra la gloria de Dios, brillante en el suceso que celebramos, ni contra la paz de los hombres, noble y santamente garantida en esta gloria de Dios. Nuevas nubes oscurecerán el horizonte, nuevas tempestades atronarán á los pueblos, nuevas miserias y nuevos crímenes vendrán sobre el género humano. ¿Pero qué concluir de todo esto? Jamas un católico cuenta para sus principios, sus esperanzas y sus vínculos inmortales, con una dicha no interrumpida y una paz permanente en la tierra. ¿Se trata de la Iglesia? Es militante por naturaleza, atraviesa por entre las borrascas, y vive siempre de victorias. ¿Se trata de la sociedad civil? Ella tambien hace su travesía, por un *valle de lágrimas*.

Seguid, pues, en esa carrera ilustre á par que santa, ¡gran Pontífice, insigne Soberano! Dejad que vuestro corazon, que ha recogido los tributos y sufrido tambien las adversidades de todo un mundo, se abandone al movimiento generoso que todos admiran y bendicen al contemplar vuestra persona. Llenad esa mision de salud que habeis recibido de las alturas del cielo, no solo para conducir la nave

del pescador por entre las tempestades mil que han de agitar siempre á la Iglesia de Jesucristo; sino tambien para salvar estas sociedades políticas, víctimas deplorables de las tiranías de la razon estraviada por la filosofia incrédula, y del cisma funesto entre los intereses materiales, que forman el espíritu de nuestro siglo, y los intereses morales, que constituyen el objeto social de los principios católicos. Si una *cruz de madera salvó al mundo* de la idolatría, de la ignorancia, de la barbarie, del despotismo y de todas las tiranías, no será impotente la triple corona que dignamente portais; pues que Dios la ha dejado caer sobre vuestras sienes para salvar de entre el orgulloso desden del filosofismo estas sociedades diversas de quienes os ha tocado ser contemporáneo. Ya sabeis, ó Pontífice, que se os ha prometido la sabiduría y el acierto, con las palabras de salud y de vida que han de bajar del Espíritu de Dios á vuestros labios, cada vez que el espíritu del siglo llegue á presentaros sus grandes tentaciones (1). Contemplad este mundo milagrosamente vuelto hácia vos con la esperanza, y unido á vos otra vez con la caridad. Aceptad esa voz de *fraternidad* que ha salido de Francia; pero haced entender á las naciones, que esta fraternidad será una mentira, mientras la divina y santa maternidad de la Iglesia no se admita como una verdad.

Por lo que á mí toca, si despues de haberos ha-

(1) Math. cap. X, vv. 19 et 20.

blado en nombre del mundo pendiente ahora de vos, augusto y santo Pontífice, me es permitido venir al círculo particular en que la Providencia me ha colocado, llamando vuestras miradas á estos remotos paises, que ha visitado antes vuestro corazon, á esta República mexicana, á esta santa Iglesia y Estado de Michoacan; vos vivireis siempre en nuestra memoria, y al través de todos los sucesos y vicisitudes que hayan de embarazar la marcha del porvenir, vuestro nombre será respetado y bendito en la gratitud de todos los mexicanos; y esta Santa Iglesia Catedral le trasmitirá siempre con respeto y con amor á todos nuestros sucesores en las sillas que ocupamos, á par de este privilegio de honor (1) con que habeis querido legarnos un monumento de vuestra munificencia, y con que hemos aceptado una obligacion tierna y dulce de gratitud.

Y vosotros, católicos, vosotros á quienes ha sido dado presenciar una de las mas fuertes conmociones de la tierra, asistir al tremendo espectáculo de una conflagracion inaudita, en que parecian ir á quedar inmolidos con los principios, todos los recursos y hasta las últimas esperanzas del porvenir: vosotros que aislándoos con vuestro pensamiento del globo que habitais, para verle bogar en el espacio inmenso por entre reiteradas borrascas y ele-

(1) Alude aquí el orador al vestido morado que portan los capitulares de esta Santa Iglesia Catedral, por una concesion espontánea del Sr. Pío IX.

DISCURSO

SOBRE

EL CIVISMO RESPECTO A LA RELIGION,

POR

el Don Hilario Valdes, D.

á. I.

Influencia del Catolicismo en la sociedad.

“Recorred todo el universo, dice Plutarco; encontrareis acaso pueblos sin erario, sin rey, sin teatro, sin luces y sin letras; pero no encontrareis pueblos sin Dios, sin altares y sin sacrificios; y me parece que seria mas fácil construir una ciudad en el aire, que gobernar una ciudad sin el socorro de la Religion.”

Ciceron habia escrito antes que Plutarco: “La base de toda legislacion y el apoyo de los Estados es el temor del cielo. Sin este temor vuestras leyes no tienen fuerza, y vuestras mas bellas ordenes no producirian ningun efecto.”

“La sociedad sin Religion, ha dicho Bayle, es como un anciano que marcha sin su báculo.”

del hombre por el hombre; condena la esclavitud, la pobreza forzosa, la ignorancia impuesta, la corrupción, todas las clases de servidumbre, de restricción, de compresión arbitrarias ó legales, que tendrían á los ciudadanos en un abatimiento degradante; condena, en una palabra, todo lo que no sea dirigido á restaurar en la criatura humana la imágen de Dios desfigurada por la primera falta. *He ahí resuelta la primera parte del problema.*

Pasando á la moral, el cristianismo católico promulga las leyes principales de aquella; leyes universales que encierran en su principio todos los deberes; leyes invariables, que ni el tiempo, ni los lugares, ni las circunstancias podrán jamás modificar, porque están fundadas sobre la naturaleza misma del hombre; leyes humanitarias, hechas no para tal ó cual nación exclusivamente, sino para todo el género humano; leyes esencialmente buenas, porque no mandan mas que el bien, no prohíben mas que el mal, y el uno y el otro de la manera mas absoluta; leyes sancionadas con la promesa de recompensas magníficas para los que las observan, y con la amenaza de castigos terribles para los que las infringen.

De este modo el cristianismo católico fija los límites del bien y del mal, y coloca en las manos de los legisladores una antorcha para que, en medio de las tinieblas que sin ella oscurecerían el derecho, puedan con certeza discernir lo justo de lo injusto, lo útil de lo perjudicial. Si estos legisladores tienen

cuidado de no erigir en leyes mas que las consecuencias del Decálogo, no formarán mas que leyes buenas. De este modo el cristianismo católico despierta tambien la conciencia, y la encarga de proveer á la ejecución de las leyes. Nada se escapa de la jurisdicción de este tribunal de paz y de corrección, en donde la justicia divina pronuncia sus juicios en primera instancia y los confirma mas tarde, cuando han sido despreciados, imponiendo las penas eternas, con las que los culpables habian sido ya amenazados por la conciencia. Así es como el sistema moral del cristianismo católico, *por medio de sus diez leyes*, forma las costumbres individuales y públicas, y las hace fecundas en virtudes. *He ahí resuelta la segunda parte del problema.*

Desenvolviendo en seguida su Decálogo, el cristianismo católico se ocupa del poder. *Dios*, dice este cristianismo, *sustituye en su lugar los depositarios del poder, y les coloca bajo su protección: cuando estos mandan con arreglo á las leyes que Dios ha dictado, Dios quiere que se les obedezca; insurreccionarse contra ellos seria insurreccionarse contra él. Mas Dios no deja tampoco impunes los abusos de autoridad, y contra los poderosos culpables es contra quienes arma su justicia de un rigor inflexible.*

Con esta doctrina el cristianismo católico modera el poder, le hace respetable, le diviniza, quita á la obediencia todo carácter humillante, la ennoblece.

*

En su pensamiento el hombre no está sometido al hombre como tal, sino como representante de Dios. *Así es como se resuelve por el catolicismo la tercera parte del problema.*

Continuando en deducir las consecuencias de sus leyes, el catolicismo anatematiza al perjuro, al hombre de dos palabras y de doble semblante; quiere que el nudo conyugal sea indisoluble, que los esposos se respeten recíprocamente, y que no por eso dejen de ser cual una sola persona para las afecciones del corazón y para las obligaciones; quiere que en la familia reinen una autoridad suave, una obediencia noble y sin miedo, una justicia estensa y esacta, una caridad sincera. Recapitulando los deberes del hombre, el catolicismo pronuncia también estas palabras: *el amor es el cumplimiento de la ley*: palabras que muestran á la vez en qué consiste la perfección del hombre en el orden de la familia, en el orden de la sociedad, en el orden de la Religión.

Por la ley de la caridad el cristianismo católico completa el orden moral y perfecciona todas las leyes. El precepto de la caridad se dirige mas al corazón que al espíritu; los demás preceptos hacen íntegro al ciudadano. El precepto de la caridad forma amigos; los demás preceptos crean hombres justos. Teniendo el precepto de la caridad por objeto inmediato los sentimientos íntimos, y aquellos otros preceptos los intereses esternos, su reunión satisface todas las necesidades del hombre; ser in-

teligente, sociable y sensible. *He ahí resuelta la cuarta parte del problema.*

Hasta aquí el cristianismo católico resuelve perfectamente todas las partes del problema social. Nada deja que desear en cuanto al plan, los principios y las leyes. ¿Es tan dichoso en la solución del último punto? ¿Es su sistema aplicable á todos los lugares y á todos los tiempos?

Por lo que mira á los lugares, tal es la generalidad de sus máximas y de sus leyes, que unas y otras son compatibles con todas las constituciones políticas y con todas las formas de gobierno; la democracia y la monarquía son aceptadas por ellas del mismo modo. Este sistema se adapta á todo lo que es justo y regular. Reconoce todos los poderes legítimos y manda obedecerles. Abrazando todo el género humano, podría reunir la universalidad de los hombres en una sola sociedad tan fácilmente como hace una sociedad particular de cada pueblo. *Quinta parte del problema.*

En cuanto al tiempo, este sistema no teme ni los progresos de la civilización, pues él mismo es el verdadero principio de toda civilización, ni las luces de las ciencias: él es por el contrario el faro que ilumina á la inteligencia humana en las cosas morales, y bajo este concepto los pensamientos razonables del hombre son un débil reflejo de sus brillantes claridades; ni teme los errores de la falsa sabiduría: una autoridad infalible vela sobre la pureza de su doctrina, que todas las sutilezas del

sofisma, juntas á las persecuciones mas violentas, no llegarán nunca á corromper; ni teme, en fin, ser abolido por su inobservancia, á menos que la misma sociedad no cese de ecsistir, puesto que el sistema social católico está fundado sobre la naturaleza del hombre y de las cosas. Por eso el cristianismo católico se proclama tan durable como los siglos, y esta perpetuidad es un dogma de su fé. *Sesta parte del problema.*

¿Quiere saberse ahora sobre qué reposa este sistema?

El cristianismo católico le da como revelado de Dios. En esto se parece á las otras religiones que atribuyen tambien á la Divinidad el sistema que ellas establecen. Pero por lo que respecta al cristianismo católico, esta afirmacion está apoyada en pruebas demostrativas, y tan perentorias que, para no admitirlas, seria necesario abjurar la razon. *He ahí resuelta tambien la sétima parte del problema.*

Facil es ahora apreciar la influencia del cristianismo católico sobre la sociedad. Esta influencia está fundada en todo lo que obra poderosamente sobre el hombre: la verdad, la justicia, el orden, la dicha.

Pasemos al cristianismo separado.

§. II.

Influencia de las falsas religiones en la sociedad.

Por cristianismo separado entendemos todas las comuniones cristianas que, reconociendo á Jesu-cristo por cabeza, difieren del catolicismo en la

doctrina. Tales son, para no hablar mas que de lo ecsistente en nuestros dias, varias sectas antiguas que subsisten aún en el Oriente; tales son el cisma griego y la Iglesia de Rusia; tal es, en fin, el protestantismo, cualesquiera que sean el nombre y los colores de sus fracciones.

Estas comuniones religiosas no tuvieron siempre una ecsistencia aparte. Incorporadas en otro tiempo al catolicismo, profesaban una misma fé, practicaban su culto, respetaban su moral, reposaban sobre su constitucion. Formando entonces con él un todo único y homogéneo, vivian de la vida del catolicismo, eran parte de este mismo.

Pero un dia un miembro rebelde enarboló la bandera de la independenciam; otros le siguieron. Para colorear su defeccion se proclamaron *los amigos del progreso y de las luces*. En el ardor que les animaba emprendieron reformarlo todo, mutilaron el antiguo símbolo de la fé, ó le dieron interpretaciones desconocidas hasta entonces. Desnaturalizando así la creencia universal, se separaron del catolicismo en la fé. La Iglesia procuró en vano hacerles volver á su seno; ellos se obstinaron en el error. Para contener el curso del mal por un golpe de su autoridad, la Iglesia les separó oficialmente de su comunión y les arrojó de su seno.

Esta doble separacion, primeramente voluntaria, despues forzada, es un carácter comun á las sectas heréticas; y por esta causa las comprendemos todas en este discurso bajo la denominacion genérica de *cristianismo separado*.

“Jamás existieron, dice Bossuet, Estados sin Religión: Los pueblos en que no hay Religión están al propio tiempo sin policía, sin verdadera subordinación, y cual los pueblos enteramente salvajes. Los hombres que no están obligados por la conciencia, no pueden prestarse seguridad los unos á los otros.”

“Aun en los imperios en que, según la historia nos enseña, los sabios y los magistrados desprecian la Religión y no tienen á Dios en su corazón, los pueblos son conducidos por otros principios, y tienen un culto público.”

Estos pasajes bastan para hacer conocer la opinión de los hombres graves de la antigüedad y de los tiempos modernos, y hasta la de los incrédulos cuando hablaban sin pasión sobre la necesidad de la Religión en la sociedad.

Se puede juzgar del pensamiento de todos por los testimonios citados. Además es un hecho notorio que todos los fundadores de reinos, de repúblicas y de imperios, y todos los legisladores célebres entre los antiguos, creyeron que solamente en la Religión podían encontrar una base sólida para sus constituciones y sus leyes.

Concluyamos ya de estas autoridades y de estos hechos, que la Religión y la civilización son dos compañeras inseparables. Digamos mejor: de todo esto se deduce que la Religión es el principio generador y vital de la civilización; que es hasta su tutor, su señor, su guía: tutor más ó menos digno de

confianza, señor más ó menos ilustrado, guía más ó menos seguro, es verdad, según que la Religión es más ó menos perfecta; pero guía, señor y tutor sin los que la sociedad no existe.

De todo lo dicho nace también esta consecuencia: que ningún ciudadano puede ni debe manifestarse indiferente respecto á la Religión. El civismo, independientemente de cualquier otro motivo, le obliga á considerar la Religión como el objeto de sus más serias ocupaciones.

Pero ¿cuáles son los deberes del verdadero civismo relativamente á la Religión?

Es evidente que estos deberes son correlativos, y proporcionados á la influencia de la Religión misma en la sociedad. Antes de responder, es, pues, necesario examinar cuál es esta influencia, y apreciarla, á lo menos en general, en su justo valor. Para hacer este exámen es indispensable penetrar más profundamente en la cuestión.

Procuremos antes de todo delinear el cuadro de una sociedad tan perfecta como lo permite el estado de la humanidad desde la culpa primitiva. Este cuadro nos servirá de objeto de comparación y de punto de apoyo en nuestra apreciación. He aquí sus caracteres generales y más señalados.

Una sociedad perfecta, esto es, una sociedad que llenase completamente el fin de su institución, satisfaría todos los derechos de la naturaleza humana sin violar ninguno de ellos; daría á todas las facultades del hombre un desarrollo estenso, regular y

sostenido. Este desarrollo sería además simultáneo; porque si por sistema un gobierno cultivase las unas y descuidara las otras, lejos de formar un ser perfecto, haría un monstruo, colocaría una cabeza de gigante sobre un cuerpo de pigmeo, y uniría las manos de un niño á los brazos de un coloso.

Primer carácter.

En una sociedad perfecta, las constituciones y las leyes serían justas, sábias, de una moralidad pura; no encerrarían el gérmen de ningún vicio; no favorecerían ningún crimen, y los prohibirían todos; todas sus prescripciones tenderían á crear buenas costumbres y á purificarlas continuamente. Los ciudadanos serían sumisos, menos por temor de los castigos que por un sentimiento íntimo del deber; la conciencia sería para las leyes una sanción más poderosa que las penas afflictivas. *Segundo carácter.*

En una sociedad perfecta, el poder se haría respetable y sería respetado; ejercería una acción fuerte y dulce á la vez, que inspiraría igualmente el temor y el amor; aparecería revestido de magestad en la protección y en el castigo; temería comprometer su dignidad y cargarse de una responsabilidad terrible por abuso de autoridad. La obediencia no pasaría por una debilidad de carácter, menos aun por una pequeñez de espíritu; se la miraría, por el contrario, como una disposición virtuosa y de la más alta razón, como debe ser en efecto; se facilitarían sus actos haciéndolos dulces, y sería practicada generalmente con exactitud. *Tercer carácter.*

En una sociedad perfecta, las obligaciones serían una cosa sagrada, y cuando hubiesen sido confirmadas por el juramento, nadie dudaría de su cumplimiento. *Cuarto carácter.*

En una sociedad perfecta, la familia sería protegida, la unión conyugal respetada, honrada la mujer, la autoridad paterna sostenida por la ley civil y bien definida, la educación de los niños asegurada. *Quinto carácter.*

En una sociedad perfecta, mirándose los ciudadanos no como extranjeros sino como hermanos, se unirían los unos á los otros por simpatía; se amarían y se tratarían recíprocamente como miembros de la misma familia; se unirían más todavía por los sentimientos que por los intereses. *Sexto carácter.*

En fin, una sociedad perfecta no tendría que temer por su prosperidad ó por su existencia, ni la acción del tiempo que deteriora, ni las innovaciones que destruyen, ni los pasos retrógradas que matan. Su constitución y sus leyes, conformes á la justicia y á la verdad, gozarían como estas de permanencia y de solidez indestructibles. *Sétimo carácter.*

Una sociedad cuya imagen estuviese trazada con estos rasgos generales, no obstante los numerosos defectos que en ella se manifestarían, sería sin duda mirada como una sociedad perfecta. Y cuando se reasume sobre este objeto el pensamiento de los hombres de estado, de los publicistas, de los

legisladores, de los buenos gobiernos de todos los países, se ve que las teorías de los unos y los esfuerzos de los otros, no han tenido por fin mas que la realizacion de esta idea.

Una vez conocido y dado este tipo, el problema que habia que resolver era el siguiente: Encontrar el medio de constituir la sociedad sobre un plan, y reglarla sobre principios que la condujesen á esta perfeccion.

Para esto era preciso la intervencion divina. No habia en el hombre bastante inteligencia, ni la sabiduría ni la autoridad suficientes para dar una solucion satisfactoria á este problema. Solamente la Religion podia hacerlo. ¿Qué Religion, pues, lo ha hecho y de qué modo lo ha verificado?

Cuatro religiones principales ecsisten en el mundo civilizado: el cristianismo católico, el cristianismo separado, el mahometismo, el paganismo. Cada una de estas religiones obra sobre el estado social segun sus dogmas, su moral, su culto, su constitucion. ¿Cuál ha sido la accion del cristianismo católico?

Por sus dogmas el cristianismo católico ha llevado la luz al fondo mismo de las tinieblas que rodeaban la naturaleza y los destinos del hombre; le ha revelado su origen, su fin, los atributos de su alma; ha dicho á los mortales: "El Criador os ha hecho inteligentes, libres, inmortales, y accesibles á todos los sentimientos virtuosos; os ha dado en comun el dominio de los seres materiales. Todos

teneis un derecho igual á los bienes terrestres en cuanto á las cosas de necesidad absoluta; en cuanto á las demas cosas, teneis solamente un derecho relativo."

"Iguales por naturaleza, continúa el cristianismo católico, las diferencias que os distinguen son accidentales: no pertenecen en manera alguna á vuestra esencia; miran al grado de vuestras facultades y á las circunstancias en medio de las que vivís."

Una Providencia de una sabiduría infinita tiene siempre abiertos los ojos sobre este mundo; y siendo el hombre la obra mas bella de Dios entre los seres del universo físico, él es tambien el objeto de su predileccion: Dios cuida por sí mismo de sus intereses; les gobierna, les protege por leyes generales, y castiga á los que, despreciando estas leyes, se atreven á atacarlas en lo mas mínimo."

"Sois la imagen de Dios, pero esta imagen ha perdido su belleza primitiva. Degradada por el hombre, éste está encargado de repararla bajo los ojos y bajo el auxilio del mismo Dios, y con la ayuda del Mediador divino: esto es lo que forma el fin de su vida mortal como hombre y como ciudadano."

Así habla el cristianismo católico.

Por medio de estos principios, el cristianismo católico hace conocer los derechos fundados en la naturaleza del hombre, muestra los límites de estos derechos, los honra, y los cubre con su proteccion divina; condena en los gobiernos el despotismo, la violencia, la tiranía, todos los géneros de desprecio

sofisma, juntas á las persecuciones mas violentas, no llegarán nunca á corromper; ni teme, en fin, ser abolido por su inobservancia, á menos que la misma sociedad no cese de ecsistir, puesto que el sistema social católico está fundado sobre la naturaleza del hombre y de las cosas. Por eso el cristianismo católico se proclama tan durable como los siglos, y esta perpetuidad es un dogma de su fé. *Sesta parte del problema.*

¿Quiere saberse ahora sobre qué reposa este sistema?

El cristianismo católico le da como revelado de Dios. En esto se parece á las otras religiones que atribuyen tambien á la Divinidad el sistema que ellas establecen. Pero por lo que respecta al cristianismo católico, esta afirmacion está apoyada en pruebas demostrativas, y tan perentorias que, para no admitirlas, seria necesario abjurar la razon. *He ahí resuelta tambien la sétima parte del problema.*

Facil es ahora apreciar la influencia del cristianismo católico sobre la sociedad. Esta influencia está fundada en todo lo que obra poderosamente sobre el hombre: la verdad, la justicia, el orden, la dicha.

Pasemos al cristianismo separado.

§. II.

Influencia de las falsas religiones en la sociedad.

Por cristianismo separado entendemos todas las comuniones cristianas que, reconociendo á Jesu-cristo por cabeza, difieren del catolicismo en la

doctrina. Tales son, para no hablar mas que de lo ecsistente en nuestros dias, varias sectas antiguas que subsisten aún en el Oriente; tales son el cisma griego y la Iglesia de Rusia; tal es, en fin, el protestantismo, cualesquiera que sean el nombre y los colores de sus fracciones.

Estas comuniones religiosas no tuvieron siempre una ecsistencia aparte. Incorporadas en otro tiempo al catolicismo, profesaban una misma fé, practicaban su culto, respetaban su moral, reposaban sobre su constitucion. Formando entonces con él un todo único y homogéneo, vivian de la vida del catolicismo, eran parte de este mismo.

Pero un dia un miembro rebelde enarboló la bandera de la independenciam; otros le siguieron. Para colorear su defeccion se proclamaron *los amigos del progreso y de las luces*. En el ardor que les animaba emprendieron reformarlo todo, mutilaron el antiguo símbolo de la fé, ó le dieron interpretaciones desconocidas hasta entonces. Desnaturalizando así la creencia universal, se separaron del catolicismo en la fé. La Iglesia procuró en vano hacerles volver á su seno; ellos se obstinaron en el error. Para contener el curso del mal por un golpe de su autoridad, la Iglesia les separó oficialmente de su comunión y les arrojó de su seno.

Esta doble separacion, primeramente voluntaria, despues forzada, es un carácter comun á las sectas heréticas; y por esta causa las comprendemos todas en este discurso bajo la denominacion genérica de *cristianismo separado*.

los paganos mas ó menos poder para alejarles del mal y escitarles al bien.

Pero ¡cuán pobre es su socorro! Así ¿qué es la civilizacion pagana? ¿Qué triste espectáculo no ofrecieron en todos tiempos, bajo el imperio del politeismo, el hombre moral y la sociedad?

Recapitulemos: las falsas religiones, aunque son un elemento esencial del estado social *en los lugares en donde no es conocida la Religion verdadera*, son sin embargo impotentes para conducirle á su perfeccion.

El cristianismo separado, por haber desechado algunas de las revelaciones divinas, y por haber admitido tantas doctrinas erróneas, impide su desarrollo, y deposita en su seno un gérmen de destruccion. Bajo su imperio la sociedad es cual el hombre en la edad de la fuerza, pero mutilado de alguno de sus miembros y roído por un cáncer interior que concluye por darle la muerte.

El mahometismo con sus fábulas, con sus deleites debilitantes y con su fanatismo, arroja á la sociedad en un sueño letárgico del que ella sale de tiempo en tiempo, pero agitada de movimientos convulsivos, ó en un estado de locura furiosa. La sociedad bajo el mahometismo es como el hombre que se encuentra medio paralizado en todas sus facultades.

El paganismo, con sus tinieblas y con sus supersticiones vergonzosas, favorece en la sociedad el abatimiento del sentido moral, el olvido de la dignidad nativa y el embrutecimiento. Bajo una religion

semejante, la sociedad es como el hombre colocado en el estado de idiotismo ó en una infancia estúpida: deduzcamos, pues, esta consecuencia:

Solo el cristianismo católico puede resolver el problema social en toda su estension.

Pero ¿es en efecto cosa cierta que la sabiduria humana sea incapaz de resolverle?

Sí, verdad es que la razon sola es incapaz de resolverle; porque sin ninguna revelacion, la razon es muy poco lo que sabe con certeza sobre Dios, sobre el hombre, sobre el porvenir, sobre lo justo y lo injusto, sobre el vicio y la virtud. La razon sin la ayuda de la revelacion apenas podria establecer sólidamente verdad alguna moral. Sus pensamientos mismos sobre la ecsistencia de Dios son tímidos, y muchísimas veces contradictorios.

La razon, sin el auxilio de la revelacion, no seria capaz de establecer sólidamente las verdades morales, porque sin la intervencion divina no tiene poder para crear constituciones y leyes, para imponer deberes y ligar las conciencias: la razon no podria dar á sus leyes otra sansion que la del interés personal y las penas aflictivas.

La razon es incapaz, porque sin la revelacion no tiene destinos sobrenaturales que proponer á los hombres; y por esta misma consideracion, para establecer algun orden en la sociedad, ella estaria obligada á volver á las fábulas y á las supersticiones del paganismo, ó á someter los hombres, como viles animales, al imperio de la fuerza brutal.

La razon es incapaz, porque si aprovechándose de las luces y de los medios civilizadores del catolicismo, y apropiándoseles, quisiese aplicarles, succederia de dos cosas una: ó la razon se apoyaria para hacerlos valer sobre la autoridad de la revelacion, y entonces volveria á la Religion, ó la razon se apoyaria solamente sobre sí misma para acreditarlos, y entonces, reducida á sus propias fuerzas, y no teniendo en su favor la autoridad divina, se veria forzada á combatir con armas iguales contra los que desechasen sus ideas: en esta suposicion solo serian posibles una guerra eterna, la esclavitud, la anarquía.

La razon, en fin, es incapaz de establecer sólidamente las verdades morales, porque no lo ha podido en ningun tiempo, no obstante todas sus tentativas. Jamas el racionalismo ha creado una sociedad. La Religion es la cuna de todas las sociedades.

Veamos ahora cuáles son los deberes del civismo relativamente á la Religion.

§. III.

Deberes del civismo respecto á la Religion.

Los deberes del civismo relativamente á la Religion se reasumen en estas palabras: respeto, sumision, defensa.

Primer deber. El civismo obliga á los ciudada-

nos católicos á respetar la Religion en sus dogmas, en su moral, en su culto, en su constitucion, en todo lo que pertenece á su policia exterior. Hablar con desprecio de la Religion, manifestarse simplemente indiferente hácia ella, es obrar contra los deberes de un buen ciudadano. Se perjudica á la sociedad cuando no se muestra simpatía por lo que la sostiene; y tanto mas grande es el mal que se la hace, cuanto que esta conducta puede producir en los ánimos las mas desastrosas impresiones.

Pero se dirá: "Si yo no respeto la Religion en mi conciencia, si no la creo necesaria ni aun útil á la sociedad, ¿será necesario para ser buen ciudadano que yo finja respetarla? Entonces el civismo mandará la hipocresía."

El civismo no manda de ninguna manera la hipocresía. Imponiéndose el deber de respetar la Religion, el civismo quiere que vuestras manifestaciones estén de acuerdo con vuestros sentimientos, y sean la verdadera expresion de estos. Ademas, ¿podria la sociedad contar con la adhesion de un ciudadano cuyo respeto por la Religion no estuviese mas que en las palabras, y se desmintiera por acciones contrarias á sus sentimientos?

¿No estais convencido de la necesidad de la Religion para el bien de la sociedad? Pero esta conviccion está á vuestros alcances. La luz os rodea; no cerreis los ojos para no verla. Vuestro deber como ciudadano, como hombre público sobre todo, es de averiguar cuáles son las bases del orden so-

Como el cristianismo separado ha salido del catolicismo y retenido algunas de las verdades reveladas, es muy natural que resuelva útilmente algunas partes del problema social. Mas incapaz de resolver todos los puntos de este mismo problema, no puede conducir la sociedad á la perfeccion; los errores peculiares de cada secta, y mas aún un vicio general que las mina á todas, serán siempre para la sociedad en donde dominan una causa de decadencia, un principio de muerte.

Por ejemplo: hay sectas heréticas que niegan la necesidad de las buenas obras para la salud. Por consiguiente, la conciencia no tiene nada que decir al hombre sobre la bondad ó malicia radical de sus acciones; su moralidad no es una cosa considerada esencial, sino una cosa relativa á las circunstancias. Luego el porvenir no tiene esperanzas capaces de hacer practicar la virtud, ni terrores bastante poderosos para inspirar el ódio del vicio.

¡Consecuencias funestas, que quitan á las leyes la mas noble y la mas fuerte de las sanciones, la sancion moral y sobrenatural, la sancion de la conciencia!

Hay sectas que sostienen que el hombre está predestinado por Dios de una manera absoluta á la condenacion ó á las recompensas eternas.

De este error se sigue que el hombre no es libre. Su libertad es una palabra, no una realidad. Mas ¿cómo calificar en este caso las penas legales, y las sentencias de los tribunales que las aplican? ¿Serian

otra cosa estas sentencias mas que una odiosa arbitrariedad, mas que unas escandalosas injusticias? ¿Son estas doctrinas sociales?

Que la lógica haga la misma prueba con todos los errores del cristianismo separado, y se verá que encierran en sus entrañas un gérmen deletéreo del orden social, y que destruyen uno ó mas elementos esenciales.

Pero ademas hay en el cristianismo separado un vicio radical, incurable, que será siempre fatal á la sociedad. Este vicio consiste en que el foco vital no está en él; su vida no es mas que una derivacion, y una derivacion caduca. Cada dia, cada acontecimiento puede hacer recibir golpes mas ó menos mortales á sus principios, aun á los mismos que él ha recibido del catolicismo.

En efecto, que se eleve una controversia sobre este asunto; que los hijos, á ejemplo de sus padres, emprendan tambien reformar una doctrina que ya no les satisfaga, ¿con qué armas les combatirá el cristianismo separado? ¿Con las armas de la razon? Pero la agresion razona tan lógicamente como la defensa. ¿Con las armas de la fuerza? Pero la fuerza destituida del derecho no es mas que una violencia brutal. ¿Con las armas de la autoridad? Pero la autoridad humana no tiene nada que ver en estas materias, y la autoridad divina pertenece al cristianismo separado desde que se separó del catolicismo. El edificio doctrinal que aquel ha construido, será, pues, derribado; y cuanto mas

se instruyan y corrompan los espíritus, tanto mas inevitable y completa será su ruina. ¿Qué viene á ser entonces su sistema social? ¿No es como necesario que este caiga con las sectas en que está fundado?

Y si se consultan los hechos; ¿qué es lo que resulta? ¿Qué es lo que se ve? No citemos mas que un ejemplo. ¿Dónde está en nuestros dias el protestantismo primitivo? ¿Y en qué estado moral aparece la sociedad que reposaba en él? Preguntádselo á la Suiza, á la Alemania, á la Inglaterra. El comunismo, el roningismo, el radicalismo, os responderán. Si en el Norte el cristianismo separado es menos vacilante, ¿no será acaso porque allí, mejor que en cualquier otro punto, sabe conservar sus dos apoyos naturales, la ignorancia y el despotismo?

Así, el poder de esta Religion con respecto á la dicha de la sociedad se encierra en estrechos límites. Y puede decirse que, si el catolicismo dejase de arrojar, aunque de lejos, la luz de la verdad sobre los estados que la profesan, y de sostenerlos por el antagonismo de su vecindad, bien pronto la Religion, el órden moral, el órden social, se abismarian en aquellos pueblos en un caos tenebroso.

¿Qué diremos del mahometismo, y cuál puede ser su influencia sobre el estado social?

El mahometismo adora un solo Dios, es verdad; admite la inmortalidad del alma, las recompensas y las penas futuras; pero en cuanto á todo lo demas, el corán (mezcla confusa del judaismo, del

cristianismo, de ideas heréticas y paganas y de una multitud de sueños absurdos) apenas presenta algunas verdades morales. En esta religion, que no es ni el cristianismo, ni el paganismo, sino una doble mezcla, lo bueno es muy poco y lo malo ocupa un lugar estenso. El mahometismo no puede formar mas que una sociedad tan defectuosa como él.

¿Qué puede en efecto esperar el estado social de una religion que cree en el fatalismo; que reduce la mitad preciosa del género humano, la muger, á una especie de esclavitud; que permite la poligamia; que erige en principio la destruccion de los principios que le son opuestos; que, poniendo la suprema dicha en los deleites sensuales, no promete para el porvenir á sus sectarios mas que recompensas carnales? Una esperiencia de doce siglos lo ha hecho conocer suficientemente.

El paganismo es todavía inferior al mahometismo. Con ideas inferiores al paganismo ya no puede formarse una religion; ya no hay mas que sistemas filosóficos, ó el ateísmo.

Sin embargo, y á pesar de estas monstruosidades, el paganismo puede aún tener alguna influencia sobre la sociedad. De él era del que hablaban Ciceron y Plutarco cuando sostenian la necesidad de la Religion en el estado social. Sus teogonías, sus mitos, sus sacrificios, sus doctrinas, encierran algunos elementos de órden, de justicia, de subordinacion, de mútua benevolencia. El porvenir que él reserva al vicio y á la virtud, puede tener sobre

La razon es incapaz, porque si aprovechándose de las luces y de los medios civilizadores del catolicismo, y apropiándoseles, quisiese aplicarles, succederia de dos cosas una: ó la razon se apoyaria para hacerlos valer sobre la autoridad de la revelacion, y entonces volveria á la Religion, ó la razon se apoyaria solamente sobre sí misma para acreditarlos, y entonces, reducida á sus propias fuerzas, y no teniendo en su favor la autoridad divina, se veria forzada á combatir con armas iguales contra los que desechasen sus ideas: en esta suposicion solo serian posibles una guerra eterna, la esclavitud, la anarquía.

La razon, en fin, es incapaz de establecer sólidamente las verdades morales, porque no lo ha podido en ningun tiempo, no obstante todas sus tentativas. Jamas el racionalismo ha creado una sociedad. La Religion es la cuna de todas las sociedades.

Veamos ahora cuáles son los deberes del civismo relativamente á la Religion.

§. III.

Deberes del civismo respecto á la Religion.

Los deberes del civismo relativamente á la Religion se reasumen en estas palabras: respeto, sumision, defensa.

Primer deber. El civismo obliga á los ciudada-

nos católicos á respetar la Religion en sus dogmas, en su moral, en su culto, en su constitucion, en todo lo que pertenece á su policia exterior. Hablar con desprecio de la Religion, manifestarse simplemente indiferente hácia ella, es obrar contra los deberes de un buen ciudadano. Se perjudica á la sociedad cuando no se muestra simpatía por lo que la sostiene; y tanto mas grande es el mal que se la hace, cuanto que esta conducta puede producir en los ánimos las mas desastrosas impresiones.

Pero se dirá: "Si yo no respeto la Religion en mi conciencia, si no la creo necesaria ni aun útil á la sociedad, ¿será necesario para ser buen ciudadano que yo finja respetarla? Entonces el civismo mandará la hipocresía."

El civismo no manda de ninguna manera la hipocresía. Imponiéndose el deber de respetar la Religion, el civismo quiere que vuestras manifestaciones estén de acuerdo con vuestros sentimientos, y sean la verdadera espresion de estos. Ademas, ¿podria la sociedad contar con la adhesion de un ciudadano cuyo respeto por la Religion no estuviese mas que en las palabras, y se desmintiera por acciones contrarias á sus sentimientos?

¿No estais convencido de la necesidad de la Religion para el bien de la sociedad? Pero esta conviccion está á vuestros alcances. La luz os rodea; no cerreis los ojos para no verla. Vuestro deber como ciudadano, como hombre público sobre todo, es de averiguar cuáles son las bases del orden so-

ca se vea obligada á tomar sus medios fuera de la ley, aquella debe guardarse mucho de salir de los límites de la moral: lo que la accion cívica se permitiese fuera de estos límites seria una falta, acaso un crimen.

Todo lo que es injusto, desleal, inhumano, impío, irrita al cielo. Dios no quiere que el mal se repare ni que el bien se haga por medios viciosos.

La medida. El civismo debe medir su accion sobre la influencia personal del ciudadano, sobre los motivos que la provocan, sobre la esfera en la cual se mueve.

Por de pronto es cosa manifiesta que la accion cívica no podria ser la misma en todos los puntos para los hombres del poder y los subordinados, para las clases elevadas y las clases inferiores, para los ciudadanos influyentes por sus riquezas, sus talentos, su saber, y para aquellos á quienes faltan estos medios de influencia. Hay hombres cuya accion cívica se limita á algunas manifestaciones verbales de aprobacion del bien, de horror al mal en el círculo de sus familias. Hay hombres para quienes aquella accion se reduce á los solos gemidos del alma, y á las súplicas que una fé piadosa dirige á Dios en favor de la sociedad.

Ademas, en los grandes males deben emplearse los remedios heróicos; es decir, que el ciudadano, en ciertos casos, debe al estado social el sacrificio de sus bienes, de su reposo, de su vida. Estos casos son raros; mas cuando se presentan, el civismo

debe arreglar su accion á la importancia de su objeto. *Seria una traicion si entonces la accion cívica no correspondiese á los motivos que la provocan.*

En fin, es preciso que la accion cívica sea conforme á la profesion del ciudadano, y que esté en armonía con su posicion social.

Al magistrado le está especialmente impuesto el deber de vigilar por el mantenimiento del orden público; á los jueces y á los letrados el de hacer respetar la ley en su letra y en su espíritu; á los eclesiásticos el de mantener la Religion en la pureza de su doctrina, de hacerla amar, de conservarle su ascendiente sobre las almas, de defenderla contra todo lo que la es hostil, sea en cosas, sea en personas. Lo mismo se entiende respecto al militar y á los otros funcionarios, cada uno segun las exigencias de su mision.

El valor. La accion cívica tiene con frecuencia obstáculos que vencer; se la juzga tambien con frecuencia poco favorablemente; se la condena hasta en sus mas laudables empresas; se la suscitan mil dificultades; se la critica severamente; se la ultraja suponiéndola innobles motivos ó miras vergonzosas; se la amenaza á fin de intimidarla; se llega hasta las vias de hecho para contenerla ó para hacerla expiar la vivacidad de su ardor. Si la accion cívica cede, viene á ser inútil; solamente á su energía está prometido el buen écsito.

La constancia. Al valor es necesario que la ac-

cion cívica una la perseverancia; porque á veces solo con la perseverancia puede conseguirse el fin que uno se ha propuesto. La constancia llega á obtener los resultados que no puede alcanzar muchas veces los medios mas poderosos.

Terminemos. El cuerpo social aparece por todas partes en un estado embarazoso é indefinible. Un veneno secreto circula en sus venas y prepara su descomposicion. No seguimos estando en los momentos de los síntomas, sino que ya se opera la disolucion y se muestran los progresos mas espantosos. Hasta ahora el mal estaba oculto, solos los espíritus penetrantes veian su marcha y sus daños; pero hoy el mal se manifiesta claramente, de modo que los ojos menos observadores pueden verle. La inquietud hace preguntar con temor: ¿Dónde vamos? ¿Qué sucederá? Mas afuera las aprensiones y los gemidos inútiles. Nuestra salud está en nuestras manos, y si perecemos, nuestra será la culpa. ¡Cómo! ¿Nuestros mayores nos han legado una civilizacion floreciente, y nosotros no sabremos conservarla? ¿Los enemigos del órden social minan y destruyen sus elementos á nuestra vista, y nosotros seremos espectadores con la indiferencia estúpida de un insensato?

Que el civismo se despierte en las almas, un civismo noble, virtuoso, heróico, cristiano; que se despierte, ya es tiempo, y que se apresure á trabajar para contener el contagio. La restauracion del bien no puede hacerse mas que por él, puesto que

la mayor parte de los gobiernos han sido y son la causa del mal. Los esfuerzos de la accion cívica de todos los ciudadanos, si ella merece las bendiciones del cielo, salvarán el órden social puesto en tan grande peligro, y combinados con los nuevos medios de prosperidad material, le prepararán un porvenir brillante haciéndole mas perfecto.



cial. Estudios sérios sobre este objeto os conducirán al conocimiento de esta verdad: que la verdadera Religion es una necesidad social, porque el sentimiento religioso es un elemento especial de la naturaleza moral del hombre. Si os rehusais á estas investigaciones, sufrid que la sociedad, juzgando vuestro civismo poco sólido, no tenga bastante confianza de él en los momentos de prueba. Sin duda por una inconsecuencia laudable podeis serla fiel en sus mas grandes peligros; pero ¿qué confianza razonable puede formar la sociedad sobre una inconsecuencia?

Segundo deber. Tambien es una obligacion para el ciudadano católico el someterse á todas las prescripciones de la Religion, porque todas, sin escepcion, tienden al bien de la sociedad. Su fin comun es establecer el órden en el dominio de la conciencia, hacer á los hombres justos, moderados, virtuosos, atraer los unos hácia los otros por el sentimiento de una benevolencia recíproca, formar y purificar continuamente las costumbres públicas. ¿Obraría bien un ciudadano desobedeciendo habitualmente ó con escándalo semejantes leyes? *¿Seria bien extraño que uno fuese culpable para con la sociedad hollando las leyes políticas, civiles, militares, y que no mereciese la acusacion al atacar y menospreciar leyes muchísimo mas esenciales al bien social!*

Sin embargo, para refutar esta acusacion de falta de civismo, se dirá: "Las infracciones que me per-

mito no hieren los derechos de la sociedad ni los de ningun particular. ¿Dónde, pues, está mi falta?"

¡Vuestras infracciones no hieren directa y actualmente ninguno de los derechos legales de la sociedad ó de los ciudadanos! Concedámoslo por un momento; pero ¿sucede lo mismo respecto á los derechos morales? Vuestras infracciones tienen testigos y pueden tener imitadores. Pues bien, que la imitacion se propague, que de uno á otro pase, y se comuniquen á un gran número de ciudadanos, ¿qué acontecerá? El desórden se introducirá fácilmente en la sociedad con el desprecio de las leyes religiosas; la verdadera moral perderá su imperio, las costumbres se depravarán, y derramarán sobre la sociedad todos los males que son consiguientes. ¡Y la causa moral de estos males no seria un hecho antisocial! ¿Dónde estaria, pues, la violacion si no estuviese en actos tan perniciosos?

Pero, se replicará: "Yo no rehusé obedecer sino á las leyes de la Iglesia, las cuales no son morales como las leyes divinas."

Las leyes de la Iglesia tienen por objeto hacer practicar las leyes divinas. Esta sola observacion basta ya para mostrar el ataque dado al civismo por la desobediencia habitual y sistemática de las leyes. Además, este género de infraccion lleva implicitamente consigo el desprecio de la autoridad legislativa de la Iglesia: despreciarla es desconocerla, y desconociéndola se niega á la Iglesia una prerrogativa esencial á su constitucion. Estas infrac-

ciones minan sordamente la Religion, base del órden social. ¡Y no serian incívicas!

Tercer deber. El tercer deber del ciudadano católico con respecto á la Religion es el de defenderla.

El estado actual del catolicismo en todos los paises es el que vamos á describir: numerosos enemigos le rodean, y, por decirlo así, le tienen en un bloqueo estrecho y continuo. Ellos le atacan, tan pronto separadamente y sin concierto, tan pronto con un acuerdo de operaciones sábiamente combinado. En este caso, como sucede en una ciudad sitiada, todos los ciudadanos son soldados; todos deben armarse de lo que puede servirles para la defensa y hacer frente á la agresion en los puestos que ocupan. Con razon seria mirado como un frio amigo de la patria, como un traidor, el que en una coyuntura semejante combatiese con debilidad. ¡Y no serian juzgados de la misma manera todos los que viesen con ojos indiferentes las guerras incesantes que la Religion está obligada á sostener en todas partes, y que seducidos por las promesas de la impiedad, engañados por sus discursos, intimidados por sus amenazas, la dejasen insultar impunemente? Repitámoslo: los enemigos de la Religion son necesariamente los enemigos de la sociedad, y el ser negligente en combatirles es merecer con razon la acusacion de una culpable falta de civismo. Así, pues: Es un acto de este género en un pais católico y en un ciudadano católico, guardar un cobarde

silencio cuando oye discursos impios, si puede manifestar prudentemente su desaprobacion con discursos opuestos. Este incivismo seria aún mas culpable, si el rango, la posicion, la autoridad, la reputacion, la edad, la ciencia, impusiesen el deber de una oposicion franca y resuelta.

Es una falta de civismo dejar esparcir por medio de la prensa acusaciones odiosas, asertos atrevidos ó mentirosos contra la Religion, sin refutar el error, sin confundir la calumnia, sin protestar contra la temeridad.

Es una falta de civismo ser espectador mudo de la transgresion de las leyes religiosas, principalmente cuando por su posicion está alguno obligado á condenarla altamente ó á impedirla; y con mayor motivo es un acto de incivismo mandar la violacion de aquellas mismas leyes.

Es un acto de incivismo paralizar totalmente ó en parte la influencia de la Religion sobre las almas, quitándola los medios de instruir, impidiendo la facilidad de los ejercicios de su culto, y desacreditando al sacerdocio.

¿Cuáles son los deberes del civismo respecto á las otras religiones en los paises donde estas se profesan?

Proponemos esta cuestion porque está contenida en la generalidad de nuestro asunto, y porque respondiéndola atacamos de frente algunas objeciones.

Desde luego los católicos no pueden conformarse á estas religiones, ni en la creencia ni en la prác-

tica, en lo que tienen de contrario al catolicismo. Ademas, los católicos, por amor del bien social y en cuanto la prudencia lo permita, deben propagar los principios de la verdadera Religion, á fin de establecerla en su patria si es posible. Por lo que respecta á los otros ciudadanos, estos se dividen en dos clases, los de espíritu cultivado y capaz de razonamiento, y los de una inteligencia inferior.

Los primeros están obligados ante todas cosas á buscar la verdad religiosa, sobre la que su culto no puede darles una tranquilidad perfecta. En materia de Religion, el catolicismo solo puede producir la conviccion; y como ademas él ecsiste por todas partes, fácil es estudiar su doctrina, sus caractéres y sus pruebas. Reconocida su divinidad, abrazarla es otro deber para estos ciudadanos, como tambien hacerla conocer y adoptar si esto está en su poder.

En cuanto á los ciudadanos que están de buena fé en el error, deben á la sociedad: 1.º seguir la enseñanza de su Religion relativamente á lo que no choca á la razon y no es contrario al sentido moral, *hasta que una luz mas clara pueda iluminarles*; 2.º abrazar la verdad tan luego como aquella luz se la haya hecho conocer; 3.º *impedir la invasion en su pais de todo culto menos perfecto*; 4.º en fin, combatir con una enérgica perseverancia al racionalismo, como al enemigo mas pernicioso de la sociedad.

Para el individuo en general, como para la so-

ciudad, mas vale una religion cualquiera que ninguna religion. Los ciudadanos tendrán principalmente que combatir en adelante contra el espíritu de impiedad, azote destructor de todo bien. Para oponerle una resistencia eficaz no será demasiado el armarse de todo el celo del mas ardiente civismo. Inútil seria disimular; este espíritu funesto se presenta amenazador; por do quiera ha levantado su estandarte; y como es una ecsigencia de su propia naturaleza el arrastrar en pos de sí toda clase de vicios y de abominaciones, puede fácilmente juzgarse de los males que traeria sobre la cabeza de las naciones en las que su imperio se estableciese.

Veamos ahora cómo el civismo debe llenar sus deberes.

La accion cívica para ser legítima y eficaz, debe tener ciertas cualidades, y las principales son la honestidad, la medida, el valor, la constancia.

La honestidad. Para ser honesta la accion cívica, es preciso que sea cuanto es posible, conforme á las leyes del pais, y que las leyes de la moral santa sean siempre su regla.

En un pais de una civilizacion antigua y avanzada es raro que las leyes no proporcionen armas contra todos los desórdenes; en este caso la accion cívica debe combatirlos por medio de las leyes. El buen orden y el bien social lo ecsigen así. Separándose de esta regla se cometeria una accion sediciosa en vez de un acto cívico.

Pero si tan grande es el mal que la accion cívica

OBSERVACIONES

SOBRE

LOS BIENES DEL CLERO.



nebrosos, se le descubrirían grandes crímenes contra la sociedad, ya escitando sangrientas discordias, ya invadiendo todos los poderes, ya conspirando alevosamente contra la libertad, la ilustracion y la dicha de los pueblos: y ¡cosa admirable! cuando la malicia y la ignorancia creyeron que se iban á poner en claro los horrorosos atentados de una nueva Medea, la verdadera filosofia ha visto en ella á una vírgen bajada del cielo, colocada en medio del caos para ordenarle y esclarecerle, levantando su voz para el alivio y remedio de grandes males, y para promover, incansable, la civilizacion y cultura. Quedan todavía algunas prevenciones injustas; son masas de niebla que se arrastran por la falda de los montes á la salida del sol; dejemos obrar á la Providencia, que si ésta en sus profundos arcanos no tiene decretada la permission de alguna de esas grandes aberraciones que de vez en cuando extravian al espíritu humano, no está lejos el dia en que todas las ciencias doblarán la rodilla ante la Religion, todas le pedirán sus inspiraciones y enseñanza, sentándose tranquilas á disfrutar de su benéfica sombra.

Hasta la economía política ha tenido que

amenguar un tanto el ímpetu que distinguió sus primeros ataques: fogosa y precipitada, como á jóven é inesperta, se habia persuadido, que fuera bastante un golpe de su mano para reducirlo todo á polvo; pero el encontrar mas solidez y firmeza de lo que ella se figuraba, han debido ya hacerla mas cauta y mesurada. Como quiera, siempre me parece que ha de ser ella la mas descontentadiza y cavilosa: por su misma naturaleza vive en medio de intereses; y bien sabido es que en tal atmósfera no son los elementos mas dominantes, la sinceridad en las palabras, ni la pureza en las miras. Y sirva esta indicacion para que se eche de ver, que no me es del todo desconocido el suelo que estoy pisando, y que no ignoro cuál es mi principal adversario, cuál es su carácter, y cuáles sus trazas.



grado de escasez que podía haber en donde
toda observada que mientras esta riqueza haya
sido adquirida con motivos justos y por medios
legítimos nada pueden echarse en cara la justicia
y las leyes si la adquisición hubiere sido sujeta
por el instinto más natural e indelible y hasta la
reclamación misma nada prescinda de violencia
sin embargo como en el I.º

Hubo un tiempo en que el clero de casi todas las
comarcas de Europa poseía bienes cuantiosos; esto
es una verdad; así lo enseña la historia, así lo in-
dican restos considerables, y así lo atestiguan gran-
des y numerosos monumentos: porque conviene
notar que los bienes de la Iglesia andan siempre
enlazados, no solo con la construcción, conserva-
ción y adorno de esos suntuosos templos, donde
desplegara la religiosidad toda su magnificencia, y
el arte sus maravillas; sino también con el naci-
miento, desarrollo y prosperidad de toda clase de
establecimientos de utilidad y beneficencia, ya para
la instrucción de la juventud, ya para el enfrena-
miento y corrección del vicio, ya para el alivio y
consuelo de la humanidad desgraciada, ofreciendo
amparo al huérfano, pan al hambriento, apoyo al
desvalido, posada al peregrino, remedio al enfermo,
y honroso asilo al pudor en riesgo.

Asentado ya el hecho de la antigua riqueza del
clero, y sin tratar de detenerme en examinar el

grado de escageracion que podria caber en ponderarla, observaré, que mientras esta riqueza haya sido adquirida con motivos justos, y por medios legítimos, nada pueden echarle en cara la justicia y las leyes: si la adquisicion hubiere sido sugerida por el instinto mas natural é indeleble, y hasta la acumulacion misma nada presentare de violento, antes hubiese sido un espontáneo y necesario resultado de las circunstancias en que á la sazón se encontraba la sociedad, nada tendrá que decir en contra una filosofia, que no se complazca en declamar vanamente contra la realidad y la fuerza de las cosas; que sea, como suele decirse, positiva: y sobre todo si la adquisicion, la acumulacion misma atendiendo á los tiempos en que principalmente se hizo, y aun á largo espacio despues, hubiere sido muy provechosa á los pueblos, contribuyendo poderosamente á mejorar su condicion, librándolos de pesada esclavitud, y promoviendo en todos sentidos la civilizacion y cultura, la humanidad nada tendria de que lamentarse; antes sí, hallaria un motivo muy poderoso para inspirarle el mas vivo agradecimiento.

¿Por qué motivo procuró el clero adquirir bienes? Una clase, una corporacion, lo propio que un individuo, necesitan medios de subsistencia; el instinto de su propia conservacion los estimula á procurárselos, y todas las sugerencias del buen sentido, y todas las consideraciones de la razon, vienen á confirmar este instinto, elevándole á la esfera de un

derecho, y de un derecho incontestable: escisir lo contrario, es forzar la naturaleza, es escisir un imposible. Infiérase de aquí, cuán justo, cuán natural y necesario fué, el que las leyes civiles protegieran este derecho, puesto que una vez establecida en la sociedad una corporacion, ó clase cualquiera, es menester que la ley consienta en favor de ella los medios indispensables de subsistencia; ya que hacer lo contrario seria una contradiccion monstruosa, ó mas bien una verdadera proscricion.

Durante las angustiosas aflicciones que sufrió la Iglesia en los tres primeros siglos, bien se deja entender que no le habia de ser fácil adquirir bienes raices: contábase á la sazón entre las sociedades ilegítimas, ó por hablar conforme al Derecho Romano, entre los colegios ilícitos, á los que no era permitido adquirir nada, ni por donacion, ni por herencia, ni por legado: demas que esta disposicion de la ley debia de tener mas vigor con respecto á los cristianos, amontonados con tanta frecuencia en los calabozos para servir luego de espectáculo á un populacho feroz, que se complacia en verlos padecer en los potros y demas tormentos, en mirar cuál despedazaban las fieras, ó cómo tronchaba sus cabezas el hacha del verdugo.

Tal es, sin embargo, la fuerza de las cosas, que despues de promediar el siglo tercero, ya la Iglesia adquirió una porcion algo considerable de predios, aprovechando seguramente la oportunidad que de-

bió de ofrecerse, ó por el enflaquecimiento de las leyes, á causa de andar á la sazón muy revuelto el imperio, ó porque en este punto, en los trechos en que se animaba la borrasca, se relajasen ellas de suyo: que así sucede siempre que el legislador se empeña en oponerse á la razón y justicia, y en luchar temerario con creencias muy arraigadas y entendidas; las necesidades que tienen en estas su origen se han de satisfacer; la violencia produce un efecto momentáneo, pero la violencia no puede ser duradera: las necesidades vuelven á alzar la voz, y tarde ó temprano, la ley imprudente ó se elude, ó se quebranta. No siempre han tenido presente esta verdad los gobiernos; pero en tal caso, tampoco han logrado otra cosa que labrar su descrédito, y preparar su ruina. Cuando las ideas y costumbres de un país encierran algún hecho de alta importancia, es necesario que las leyes le reconozcan y respeten. ¿Qué importa que la ley lo niegue, si el hecho existe? ¿qué adelanta el legislador poniéndose en lucha con un principio muy robusto? el orgullo ciega al hombre dándole á entender que es fuerte lo bastante para destruir á su adversario; pero el hombre es muy débil, y si como acostumbra, echa mano en su apuro de armas vedadas, haciendo servir por la sinrazón y violencia lo que debiera ser un instrumento de la razón y justicia, tampoco alcanza otro resultado que desacreditar completamente las mismas instituciones que había llamado en su apoyo.

Dada por Constantino la paz á la Iglesia, y contada por consiguiente entre los colegios legítimos, asegurósele desde luego por las leyes civiles el derecho de adquirir, aumentándose en seguida considerablemente sus bienes, ora por donaciones, ora por herencias y legados. Los adversarios de las actuales rentas de la Iglesia suélenle mostrar muy apasionados por la disciplina y costumbres antiguas; y no escasean los encomios á la santidad de vida, al celo puro y desinteresado que caracterizaba á los prelados de aquellos tiempos; y ya que no sea dable achacar á codicia, ni á miras ambiciosas, la adquisición de fincas por parte de obispos tan santos y desprendidos, forzoso será, cuando menos por no caer en chocante inconsecuencia, el reconocer que debe de ser muy útil, muy natural y necesario el que la Iglesia posea bienes raíces; y que cuando esta materia pasó por un crisol tal, como era la conciencia de aquellos hombres de tanta sabiduría y virtud, bien cierto será también que la posesión de fincas por parte de la Iglesia, nada envuelve de contrario al espíritu del Evangelio.

Crece de punto el valor de estas consideraciones si se repara, que los obispos llevaban tan adelante en esta materia la severidad en las máximas, y el desprendimiento en la conducta, que cedían generosamente del derecho que les concedieran las leyes civiles, en mediando en la adquisición alguna circunstancia que lastimase en lo más mínimo, no diré la justicia ni equidad, pero ni aun la delicade-

za: sabido es que á este propósito decia San Agustín con su gracia y agudeza acostumbrada: *jure fori, non jure poli.*

II.

Andaba estendiéndose mas y mas cada dia la Religion cristiana, y la Iglesia iba adquiriendo nuevos predios, conforme lo ecsigia el mayor número de ministros, el ensanche y multiplicacion de las atenciones y necesidades, y segun lo proporcionaba la religiosidad y gratitud de los pueblos. Este era el curso regular de las cosas, y así hubieran continuado, si á la sazón no tocara la sociedad en una gran crisis, comienzo de grandes desastres, y data de un cambio total en las relaciones domésticas y sociales, no menos que en las formas civiles y políticas.

Al llegar aquí, colócase la materia de los bienes de la Iglesia en un terreno enteramente nuevo; pero que ofrece el mas ancho campo á consideraciones del mayor interés, bajo todos aspectos. Sigue un órden de cosas, que no habia tenido semejante; para comprenderle bien, es necesario colocarse á la vista del mismo origen, porque del contrario, confundidas las épocas y costumbres, todo se altera y desfigura, y lejos de entrar en un análisis cien-

tífico, se pierde vanamente el tiempo en frívolos lamentos, en exclamaciones vacías. Quien estudie la historia de la Iglesia, quien desee formar acertado juicio sobre sus riquezas y poder en las varias épocas, necesita no perder nunca de vista las circunstancias de los lugares y tiempos; porque es una grande injusticia el juzgar á los hombres fuera de su puesto; y aun en buena filosofia es tan poco razonable, como si alguno que debiera calificar el mérito de las piezas de una máquina, se empeñara en hacerlo dislocándolas primero, y sin atender á las relaciones que entre sí tienen, ni al lugar que ocupan, ni al juego á que se destinan.

El Imperio Romano llevaba ya en su seno el gérmen de muerte; pero acometido de repente por la avenida de bárbaros salidos de las selvas del Norte, y forzado á combatir, sintió revelarse toda su debilidad, y desenvolverse rápidamente todas las causas de disolucion que iban carecomiendo, tiempo habia, su desfallecida ecsistencia. La Europa presentó entonces el mas negro y espantoso cuadro que ofrecer puedan los fastos de las calamidades humanas: no era una sociedad en desórden, no un conjunto de naciones en guerra ó en revolucion, no una arena donde lidiasen unas leyes con otras leyes, unas instituciones con otras instituciones; era una confusa mezcla de barbarie y civilizacion, de grosería y de cultura, de rudeza y de saber, de afeccion y de ferocidad; eran unos pueblos precipitados sobre otros pueblos, peleando, chocándo-

OBSERVACIONES

Sociales, Políticas y Económicas

SOBRE LOS

BIENES DEL CLERO,

POR

El Doctor Don Jaime Balmes,

presbítero.

MEXICO.

—
Imprenta de La Voz de la Religion.

—
1851.

sido empresa nada difícil, puesto que en su desempeño habria podido andar siempre por camino llano de puro trillado; pero en cambio no cumpliria á mi propósito este método, como á poco adaptado al gusto científico del siglo.

Agotadas en estas materias las fuentes de la erudicion por el laborioso espíritu de controversia, que dominó en Europa en época no lejana, escita ahora poco interés cuanto se presenta con aire de disertacion atestada de citas, y desconfia desde luego el lector instruido de encontrar allí nada que no haya visto ya en otros lugares; y como quiera que de otra parte han caido en descrédito las teorías vagas, merced á los escarmientos que han traído sus aplicaciones, y que la sociedad está reclamando con urgencia el remedio de gravísimos males que la aquejan en todos sentidos, ha tomado la ciencia un nuevo rumbo, y consiste, en asegurarse de un hecho, definirle y aplicarle luego la observacion, con la mira de descubrir cuáles son sus relaciones sociales, políticas y económicas. Si bien se observa, este espíritu nada tiene de extraño; antes ha debido nacer como fruto espontáneo, por contribuir á producirle la propor-

cion y comodidad con que brindaba la misma abundancia de materiales bastantes á suministrar toda la luz necesaria para esclarecer todos los puntos, el desengaño consiguiente á costosos escarmientos, y el poderoso estímulo de las grandes necesidades de la sociedad. Y no es ciertamente de mal agüero esta combinacion de circunstancias; porque la abundancia de luz y de medios evita tropiezos y presta desembarazo; el escarmiento inspira juicio y cordura, y la necesidad, al paso que aviva el entendimiento y multiplica sus fuerzas, despierta en el alma aquellos instintos conservadores, con que la mano benéfica del Criador ha dotado á todos los seres, y que tan maravillosos y saludables efectos producen, ya para la sociedad, ya para el individuo.

Si elevándonos algun tanto sobre esta negra polvareda, que en la actualidad envuelve á nuestra desgraciada patria, estendemos la vista por los demas paises civilizados, y fijamos nuestras miradas sobre el curso que han tomado las ideas en el presente siglo, descubriremos ciertamente muchos peligros amontonados en el porvenir; pero tambien brillarán á nuestros ojos algunos rayos de hermo-

sas esperanzas. Dado que en muchas cosas no seamos partidarios del siglo, al menos seamos justos: no puede negarse que adolece todavía de muchos achaques que se le han pegado por la intermediación del siglo XVIII, y que no está escaso de preocupaciones y manías, resultado muy natural del íntimo y frecuente trato con visionarios y soñadores; pero también es necesario confesar, que no han pasado en vano para él los tiempos; que si predica la tolerancia, también tolera; que si falla á veces con sobrado magisterio, también escucha con atención; y que confiesa y aborrece la injusticia de aquella escuela filosófica, que en no acomodándose al tipo que ella se había imaginado un objeto cualquiera, ya le arrumbaba como inútil, ó le rechazaba como nocivo: de aquella escuela funesta, cuyas doctrinas aplicadas á la sociedad, crearon aquellos espantosos tribunales, que no conocían otro fallo, que el de entregar los bienes al fisco, la cabeza al verdugo.

En llegando á cundir en las ciencias la afición al ecsámen de los hechos, tarde ó temprano la verdad sale vencedora: lo que ella teme son los sistemas y los sueños; pero que se iluminen, que se ecsaminen, que se anali-

cen los hechos, eso no lo teme; porque la verdad no es más que un hecho, y las grandes verdades son grandes hechos.

No será la cuestión de los bienes del clero la que se resista á bajar á semejante arena; no la esquiva, la ama, la desea; y muy errados andan cuantos se figuran que en esta parte nos han de negar su apoyo las ciencias, y que no tenemos otros medios de defensa, que los cánones de los Concilios, y las decisiones pontificias. En cuanto atañe á la Religión, sea perteneciendo á su naturaleza, sea allegándosele más ó menos de cerca, hay más razón, sabiduría y justicia de lo que muchos habían creído: se había propalado que la verdad de los Libros Santos era incompatible con los adelantos de las ciencias naturales; ha pasado el tiempo, se han multiplicado los descubrimientos y observaciones, y después de un ecsámen maduro y profundo, los más grandes naturalistas acaban de reconocer asombrados la verdad pura encerrada en la sencilla narración de Moisés: á la luz de la filosofía de la historia, analizando la formación de las sociedades modernas, se habían lisonjeado los enemigos de la Religión, que sorprendiéndola en medio de tiempos tan te-

se, rechazándose como las oleadas en la tormenta; era un lago de sangre, un monton de despojos, de cenizas, de ruinas, un cáos. Estremecimiento causa solo el pensar en lo que hubiera sido de la sociedad europea, si la Providencia que en su indignacion habia querido afligirla con tamaña catástrofe, no hubiera cuidado oportunamente del remedio, difundiendo y arraigando de antemano la Religion cristiana, que al paso que fuera un alivio y consuelo en los males presentes, mostrara en lejano porvenir una aurora de esperanza.

Todo el saber humano habia desaparecido, y la Religion cristiana tenia en sus libros y tradiciones el precioso depósito de la mas profunda sabiduría: la historia se hundia en el olvido, la barbarie combinada con la diversidad de ideas, lenguas, y costumbres, abria un abismo, que habia de separar á los pueblos venideros de los pueblos antiguos, y la Religion poseia un Libro, y un Libro que no podia soltar de sus manos, y en él se encerraba en breves páginas la historia del mundo: la rudeza mas grosera y feroz, levantaban á la civilizacion y cultura una valla insalvable, y la Religion, con la continua pública lectura y esplicacion de los Libros Santos, desplegaba ante los ojos de un pueblo asombrado, aquellos magníficos cuadros, donde resplandece en toda su riqueza y ostentacion, la pompa de las costumbres orientales: y mientras la crueldad mas brutal, amontonaba por doquiera ruinas y víctimas, ella inspiraba lenta, pero eficazmente, la suavidad,

la mansedumbre, la nobleza, la dignidad y la ternura de sentimientos; ora haciendo resonar los robustos acentos del harpa de David, ora los plañidos de la vírgen de Sion, ora la formidable trompa de los profetas, tronando en nombre del Omnipotente, y amenazando con terrible venganza, al cruel, al opresor, al injusto.

Las ideas de Dios, del hombre, y de la sociedad, hallábanse oscurecidas, adulteradas; y ella las presentaba puras, grandes, luminosas: ya no era Dios una pasion divinizada, un emblema de la fecundidad de la tierra, el ecsagerado retrato de un conquistador, ó de algun inventor ingenioso y benéfico; era un Ser eterno, infinito, cuya palabra crió el mundo, cuya sabiduría le gobierna, y cuya voluntad le conserva: el hombre tan despreciado, envilecido, atropellado por otro hombre, y considerado hasta entonces como una mercancía vil, era á los ojos de la Religion, una criatura de tanta dignidad, que sobre ella estaban fijas las miradas de todo el cielo, como á objeto que era de inefables designios, de incomprendible dignacion del Altísimo: y la sociedad que antes era un monopolio cruel, una ensangrentada arena, donde unas manadas de esclavos, degollaban á otros esclavos, era esplicada por el Cristianismo, como una reunion trabada con fuertes y suavísimos lazos, que arrancaban del mismo cielo, regida por la justicia, endulzada por el amor, y encaminada al bienestar, y á la felicidad de todos los hombres.

En tiempos regulares, cuando encaminada la sociedad por un carril determinado, bastan aquellos influjos suaves que semejan al impulso necesario para mantener el movimiento, podría ser bastante la propiedad que asegurase estabilidad é independencia; pero si así no fuere, si fuere menester variar enteramente el rumbo de la sociedad, ora empujándola con fuerza hácia diferente direccion, ora oponiéndose de frente á su perniciosa carrera, entonces no bastaria la sola propiedad; se necesitaria propiedad abundante, porque no fueran suficientes la estabilidad é independencia, sino que seria necesaria ademas mucha robustez, un gran caudal de fuerza.

Esto, y nada menos que esto, tuvo que ejecutar la Religion cristiana; por consiguiente la Iglesia, por consiguiente sus ministros. Amansar y suavizar costumbres feroces, enfrenar, sojuzgar un orgullo terrible por su brutalidad, encrudecido con el combate, y engreido con la victoria, desarraigar y estirpar ideas supersticiosas y groseras, pulir hábitos rudos, desterrar usos inveterados, poner diques á la violencia y escesos del poder, contener la bárbara furia de los pueblos, alumbrar, organizar, crear, bajo todos aspectos, por todas partes, en todos sentidos; en todos ramos; y esto, no pudiendo aprovecharse en casi nada de las ideas y costumbres de los vencedores, sin que al menos no le fuera preciso enmendar, enderezar, refundir; pudiendo servirle en poco los restos y recuerdos de

la civilizacion antigua, flaca como á caduca, peligrosa como á gangrenada, y ademas hecha pedazos y casi aniquilada por el recio ataque que acababa de sufrir; y sobre todo importuna é inaplicable, como á cimentada sobre otros principios, regulada sobre distinta norma, encaminada á otros fines, é ideada para pueblos muy diferentes en carácter, ideas, costumbres, hábitos y demas circunstancias: he aquí la colosal empresa que acometió la Iglesia; he aquí lo que llevó á cabo con sabiduría, con vigor, con energía admirable; y he aquí cómo acarreó un inmenso beneficio con la misma abundancia de sus riquezas; pues que con ella no solo disfrutó estabilidad é independencia, sino que pudo adquirir toda aquella fuerza inmensa que necesitaba para ejercer una accion tan fuerte, tan viva, tan duradera; pues que con esta abundancia quedó erigida, constituida en un verdadero y robusto poder social y político, tal como le era necesario para llenar el grande objeto que sobre la sociedad se habia propuesto.

A un observador profundo, á uno de esos pensadores que conocen que una civilizacion no se improvisa con un discurso oratorio, y que el asentar la sociedad sobre sólida basa, y el darle luego la debida organizacion, ecsige harto mas tiempo y trabajo que la redaccion de un escrito, ha de serle muy grato el estudiar, cómo se elaboraban trabajosamente las sociedades modernas en medio de tiempos de tantas tinieblas, azares y trastornos. Asis-

tiendo á esta grande operacion social, no con aquella impaciencia de quien aguarda la conclusion de una munufactura, sino como quien presencia una de las grandes funciones de la naturaleza, la cual para la produccion de sus mayores obras, echa siempre mano de una sábia combinacion de causas, sazónada con porcion considerable de tiempo, descúbrense cuál juegan un sin número de influencias para preparar á la sociedad europea dias de mas órden y regularidad, preludio de otros de mas brillo, grandeza y ventura; y es notable que las riquezas del clero, hasta en su misma abundancia, figuran como uno de los elementos mas suaves y lentos, y al propio tiempo mas poderosos y eficaces.

Entre pueblos errantes y feroces, que acabando de salir de sus enmarañadas selvas, llevan al través de inmensas distancias sus tiendas y familias, que se precipitan como un torrente sobre los países que mas les agradan, arrojando de allí á los antiguos moradores, cuando no los reducian á la esclavitud, ó no los sacrificaban á su crueldad; poco significado podian tener las palabras de razon, de derecho, ni justicia; y acostumbrados á adquirir por la fuerza, á poseer por violenta ocupacion, y á conservar por medio del combate, la propiedad habia de ser para ellos un nombre vano, porque mal se formará de ella una idea, quien no conozca otros títulos que la conquista, otra ley que la guerra, otro derecho que la punta de la lanza, ni otra garantía que el esterinio. Para combatir

disposiciones tan funestas, hacer que les sucedieran otras mas racionales, y preparar, por decirlo así, el terreno á recibir la semilla de la organizacion y adelanto social, era del todo necesario el que se procurase esparcir por todas partes una idea importante, capital, como que entra necesariamente en la misma idea de las sociedades: hablo de la *propiedad*.

Bien se echará de ver que en la época á que nos referimos, debian de surtir escaso efecto la enseñanza y las amonestaciones, si no anduviesen acompañadas de medios que contribuyeran á hacer palpar la verdad é importancia de las doctrinas, y lo saludable de los consejos; de medios, que realizando á los ojos de los bárbaros un órden de cosas para ellos nuevo, los aficionasen insensiblemente á tantear otro método de vida, en que alcanzaran mas tranquilidad y mas dicha.

El primer paso que en este camino debia darse, era comunicar á los pueblos conquistadores la inclinacion á la vida agrícola, pues que alcanzando este objeto, se tenia ya lo que es de todo punto indispensable para que un pueblo numeroso pueda asegurarse medios de subsistencia, y que ademas es muy á propósito para estirpar la barbarie, y allanar la carrera de la civilizacion.

Una vez tomada por un pueblo la aficion á la agricultura, cobrando apego al país que le proporciona alimento y regalo, pierde en consecuencia el gusto de la vida errante, de guerra continua, de cor-

rerías y pillage; téplase poco á poco la primitiva fiereza, sucediéndole las costumbres mas suaves y pacíficas; siéntese las ventajas de una vida quieta y sosegada, y la necesidad de estrechar los vínculos con los demas, al menos para la comun defensa; nace entonces el amor y respeto á la propiedad, y esto sugiere naturalmente la idea de un poder protector que vele por reprimir á los díscolos del pais, y repeler las violencias de los estraños; é influyendo el mismo tenor de esa clase de vida al desenvolver sentimientos dulces, mejóranse las relaciones de familia, créanse la de paisanage, estiéndense las de parentesco, y afirmándose, ensanchándose, y regularizándose unas y otras, se va urdiendo la gran tela formada por el vasto y admirable conjunto de las relaciones sociales. ¿Y cómo podia mejor lograrse este objeto, que formando entre los mismos bárbaros grandes establecimientos agrícolas pertenecientes al dominio de la única clase que habia alcanzado inspirarles respeto, que habia ganado sobre ellos poderoso ascendiente? ¿no era esto esparcir una semilla que con el tiempo no podia menos de ser muy fecunda?

En tratándose de conducir á un pueblo por caminos para él inusitados ¿no conviene ante todo ir formando á propósito sus hábitos? y estos hábitos ¿pueden acaso engendrarse y crecer de modo mas eficaz y suave, que poniendo de continuo á la vista el ejemplo que arrastre, el estímulo que incite, el cebo que brinde?

Aun hay mas, y sobre este punto llamo muy particularmente la atencion de los lectores: la Religion cristiana entraña de tal manera el espíritu de amor y de beneficencia, que en todos tiempos y paises ha desplegado en esta parte un carácter, que la ha distinguido siempre de todas las otras religiones. Y no es que por otras religiones no se haya enseñado tambien de algun modo la beneficencia, no que dentro de nosotros no ecsista tambien de ello alguna semilla; pero darle aquella energia y eficacia que alcanza á grandes beneficios para la humanidad, esto ha sido reservado á la Religion cristiana.

Hay en nuestro corazon, y esto no puede dudarse, hay en nuestro corazon un sentimiento innato, vivo, indeleble, que con impulso vehemente nos lleva á socorrer las desgracias de nuestros hermanos; y la Divina Providencia tan admirable y profunda en sus designios, como en trazar á las criaturas el sendero por donde quiere encaminarlas, ha vinculado con alta sabiduría ese sentimiento fraternal, con una verdadera pena que brota en nuestro pecho á la sola vista del infortunio; pena, que al paso que sirve de permanente estímulo para los corazones virtuosos, es tambien un castigo, un recuerdo mordedor para aquellos que se esfuerzan en embotar los dulces sentimientos que les ha inspirado la naturaleza. Pero por mas admirable que sea este sentimiento; por mas alto que reconozcamos su origen, saludables y nobles sus fines, una esperiencia

Para que nada faltase, no se limitaba la Religión á la mera enseñanza; sino que mostraba en la Iglesia, un tipo de una sociedad admirable, donde podían los hombres ver realizado en la práctica, lo que habían aprendido con la doctrina; y cuenta, que la esposicion de este bello tipo á la vista de los pueblos, debia serles altamente provechosa; porque la historia, de acuerdo con la esperiencia de cada dia, nos atestiguan, que así como los grandes escándalos, nunca pasan sin acarrear daño, así los grandes y saludables ejemplos, no pasan tampoco sin dejar provecho. Un poder fuerte sin despotismo, y suave sin debilidad; una administracion rígida, vigilante y severa; pero sin opresion, sin violencias, sin vejaciones de ninguna clase; leyes recomendables por la madurez, que acompañaba la deliberacion, sazoadas en todas sus partes con la prudencia y cordura, preñadas de sabiduría y prevision, y acomodadas á la variedad de tiempos y paises; leyes templadas con razonable indulgencia en consideracion á la debilidad del hombre; pero dotadas de la necesaria firmeza, para poner dique á las pasiones y caprichos, armadas de saludable rigor, para hacerse respetables, pertrechadas de escudos que impidiesen la infraccion, y rodeadas de atalayas, que celasen su observancia; he aquí el tipo ofrecido por la Iglesia: ahí está la historia, leed, y vereis que no ecsagero.

Asentados estos hechos, tan incontestables como luminosos, échase de ver, que todas las semillas,

de civilizacion y cultura, todas las esperanzas de los pueblos, se hallaban encerradas en manos de la Iglesia; siendo notable, que todas las preciosidades que habia elaborado el trascurso de muchos siglos, y que pudieron salvarse del primer ímpetu de la furiosa avenida, todas se habian refugiado á la sombra de la Religión, todas se amparaban en el asilo de la Iglesia. Es ciertamente tan curioso y digno de observacion, como poco reparado, éi singular é inestimable beneficio, que á la sazón proporcionaban á las letras, á las artes, y sobre todo á la humanidad, aun aquellos dogmas que, al parecer de muchos, debian de ser menos conducentes á este propósito: el culto de los santos, la veneracion debida á sus sagrados restos, la inviolabilidad de los templos del Señor, todo se combinaba admirablemente, para detener el hacha levantada ya para derribar y herir; y mientras nadie osaba oponerse á aquellos hombres feroces, ávidos de arrasar monumentos, y tronchar cabezas, presentábanse á ellos con santa y generosa osadía, los Papas, los Obispos, los Sacerdotes, los Cenobitas; mostrábanles los sagrados títulos de la mision recibida del cielo; y al paso que reclamaban con energía, la conservacion y el respeto, en pro de cuanto llevaba el sello divino, protegían, al mismo tiempo, la vida del hombre, la honra de la esposa, el pudor de la vírgen, y salvaban de total ruina, los restos de la antigua civilizacion y cultura.

En la actualidad, cuantos se precian de inteligen-

tes en la filosofía de la historia, están ya acordes en rechazar como calumniosa y absurda, la tacha de antisocial, con que algunos declamadores y sofistas del pasado siglo, se habian empeñado en afeár la Religión cristiana; siendo ya cosa asentada como cierta, que si la Europa alcanzó á salir del caos, y si ha podido ver con asombro, cuál brotaban de en medio de tan espantosa confusión, tantas naciones, tan grandes, tan ricas, tan florecientes y lozanas, todo lo debe á la Religión cristiana. Ahora, el odiarla por sistema, el perseguirla con encarnizamiento, el frenesí de borrar su sello, y derribar todos sus monumentos, es no solo una injusticia, y un crimen, y barbarie, sino tambien un verdadero anacronismo: y desgraciadamente, nosotros acabamos de presenciárselo.

Ya que esta Religión divina era el elemento poderoso y benéfico que habia de rejuvenecer, ó mas bien á reengendrar á la sociedad, y como quiera que no es la Religión una teoría científica, encerrada en los límites de una escuela ceñida á ilustrar, propagando las doctrinas por medio de la enseñanza; sino que está realizada, y hecha sensible en la sociedad llamada Iglesia, la que tiene un cuerpo de ministros para ejercer sus funciones, y llenar sus miras, infiero yo de aquí, que el influjo, el ascendiente de estos ministros sobre el ánimo de los pueblos, fué un hecho, no solamente muy saludable y provechoso á la sociedad, sino tambien muy natural, muy necesario, enteramente inevita-

ble: el saber, la virtud, la enseñanza y el consejo, es un conjunto tan precioso, que quien le reuna puede estar seguro de inspirar respeto y veneración, y de alcanzar influjo y deferencia; y el consuelo en las aflicciones, y el alivio y remedio en los grandes males, son beneficios sobrado dulces al corazón humano, para que dejen de grangear á quien los dispensa, el amor y la gratitud de los favorecidos. Así ha sido siempre, y así será, en no trastrocándose monstruosamente la naturaleza de las cosas.

Colocado el observador en este elevado punto de vista, ve desplegarse ante sus ojos, un espacioso terreno, donde descubre clara y distintamente un sin número de abundantes manantiales, de que debieron brotar á porfía las preeminencias, los privilegios, los honores, la consideración, el influjo en todos sentidos, de que se halló colmado el clero; y entonces se pregunta á sí mismo ¿qué quieren decir esas violentas invectivas, contra los abundantes bienes con que se quedó enriquecido? Dadas tales circunstancias, ¿podía acaso suceder lo contrario? ¿no hubiera sido una monstruosa anomalía? ¿Qué filosofía es esta tan maligna, que á trueque de poder derramar su bilis contra una clase respetable, echa por cualquier atajo, aunque sea forcejando contra el curso natural de los hechos?

Gracioso además es ver, cuál se presenta como resultado de una conspiración vasta y profunda, lo que no es mas que el producto necesario de una combinación de circunstancias, en cuyo centro apa-

rece el clero, con tantos títulos de honra, de prez y de gratitud: risa mueve á todo hombre esperto y entendido, el oír esos afectados plañidos, de que saliera jamas la Iglesia, de aquella primitiva pobreza, que formaba su mas bello ornamento, y su mas seguro preservativo contra la ambicion y la codicia; de que olvidara aquel entero desprendimiento de todos los negocios temporales en que viviera en los primeros siglos; indignacion causa el notar cuál se escarba con afán, entre los escombros de los tiempos, por encontrar algun hecho reprehensible sí, pero que aislado, sin influencia ni resultados, y sobre todo reprendido ya, reprobado, reprimido con mano fuerte por la misma Iglesia, nada significa en el curso general de los sucesos. Apenas sabe uno cómo apellidar esta clase de crítica y de filosofía; á buen seguro que los conocimientos que pretendan condecorarse con el nombre de ciencia, y de filosofía de la historia, han de ser algo de mas puro, mas noble, mas elevado, mas grande.

El clero adquirió grandes riquezas, es verdad; pero ¿qué resulta de aquí contra el clero? La influencia é intervencion en todo género de negocios, la inteligencia en todas materias, la direccion en todos los ramos, la gratitud de las familias y de los pueblos, las proporcionan siempre, y en abundancia; y el clero tuvo por espacio de muchos siglos esa influencia é intervencion en todos los negocios, esa inteligencia en todas las materias, esa direccion en todos los ramos, en tal punto, que dejaba muy

atras á todas las demas clases: y cuando nadie pensaba en aliviar y consolar los infortunios de las familias y de los pueblos, él á fuerza de inestimables beneficios se grangeaba por todas partes la gratitud y el amor. ¿Es esto lo que dice la historia? sí ó no: si no es así, desmentidme; y si es así, declamad cuanto os pluguiere contra las grandes adquisiciones del clero; pero yo os responderé tranquilamente que borreis, si os es posible, las páginas de la historia; que trastroqueis el orden natural de las cosas; y si esto no es dable, os añadiré, que no es de verdaderos filósofos el deshacerse en invectivas contra una clase, por la culpa, por el horroroso crimen de haberse verificado con respecto á ella, las eternas leyes de la sociedad y de la naturaleza.

Siempre que se hallan encarados el vicio y la virtud, la ignorancia y el saber, la barbarie y la civilizacion, la grosería y la cultura, el desorden y el orden, el acaso y la prevision, prevalecen la virtud, el saber, la civilizacion, la cultura, el orden, la prevision; un trastorno, una violencia, un conjunto extraordinario de circunstancias, pueden presentar anomalías pasajeras; pero dejad obrar el tiempo, y vereis cómo al restablecerse la calma, en recobrando las cosas su nivel, las clases que se aventajan á las otras en calidades estimables, se encontrarán, mas ó menos tarde, con las riquezas, los honores y el mando en sus manos.

Tan natural es semejante curso de cosas, que á cada paso nos ofrece en confirmacion la historia

palpables ejemplos; y cabalmente los mismos tiempos en cuyo ecsámen nos estamos ocupando, nos presentan uno tan á propósito, que parece como cortado adrede para ser ajustado aquí con toda oportunidad. Sabido es que hubo una época, en que el clero secular, como á mas espuesto por su posicion y circunstancias que el clero regular, á la influencia del siglo en que vive, no alcanzó á preservarse del todo, de la ignorancia y corrupcion que tanto dominaban en aquellos calamitosos tiempos, viéndose muy sobrepujado en saber y en virtud por los monges y los clérigos regulares, ó canónigos: y ¡cosa notable! las riquezas tomaron tambien la nueva direccion reclamada por la mudanza; los monasterios y los colegios de clérigos regulares se encontraron en abundancia, mientras el clero secular se halló en la escasez y penuria.

Esta afluencia de los honores, poder y riquezas hácia las manos de las clases mas distinguidas por su mérito, tiene tan natural origen en la misma naturaleza del hombre y de la sociedad, que á mi entender podria en esta materia asentarse una regla general, que sirviera de luz en las ciencias políticas, y que empleada con tino y mesura, podria servir provechosamente para aventurar conjeturas y pronósticos, con algunas probabilidades de acierto. Siempre que en una sociedad ecsista una clase muy numerosa, benemérita, y acreedora por lo mismo á consideracion y bienestar, á honores y riquezas, y se la vea desatendida y postergada, impidiéndole

las leyes, las instituciones, ú otra causa cualquiera, el levantarse hasta el puesto que le corresponde, el sosiego de la sociedad está en peligro: no importa que por de pronto no se note ningun síntoma de agitacion; las revueltas, tal vez la revolucion, no están lejos; la sociedad ha perdido su nivel, si una mano cuerda y previsora no se lo vuelve á tiempo, ella lo buscará por sí misma, y entonces serán necesarios los vaivenes y oleadas.

III.

Si las riquezas del clero adquiridas por medios tan naturales y legítimos, como se acaba de ver, no hubieran proporcionado beneficios á la sociedad, antes la hubiesen dañado, entonces habria razonable motivo para hablar contra ellas, no solo tachándolas de injustas, sino presentándolas como uno de aquellos males, que en las cosas humanas no siempre van separados de la naturalidad en el curso de los sucesos, y hasta de la legalidad. Acaece no pocas veces, que una combinacion fatal de circunstancias trae consigo una serie de sucesos, que por estar muy naturalmente encadenados, no dejan de ser funestos; y aun las mismas leyes, ó porque entrañen alguna porcion de injusticia, ó porque estén dictadas con poca prevision, ó porque

cambiadas las circunstancias, no le acomoden, cual deben, á otras necesidades ofrecidas por la innovadora mano del tiempo, no dejan á veces de acarrear gravísimos males, tanto mayores, y tanto mas sensibles y chocantes, por proceder del mismo instrumento destinado á labrar la felicidad pública: resultando de aquí, que una cosa puede tal vez ser muy natural, y además muy conforme á las leyes, sin ser por esto provechosa; antes acarreado inconvenientes, y aun males de considerable cuantía.

Si con respecto á las riquezas del clero se hubieran verificado tan funestas coincidencias, escucharía de buena gana al filósofo, que ecsaminando con imparcialidad la materia, me dijese: "las riquezas del clero nacieron de causas muy naturales, se adquirieron por medios legítimos, contribuyendo á aumentarlas el gran bien que el clero hacia á la sociedad; pero de las mismas riquezas no reportó la sociedad beneficio; ellas fueron un verdadero mal." Pero ¿es esto así? ¿es esto lo que enseña la historia? No será de mas detenerse algun tanto en desentrañar esta cuestion; porque si bien se observa, lo que se ha reconocido como saludable para aquellos tiempos, es la influencia religiosa y moral del clero; pero la que se deriva de las riquezas es mirada con aversion, ó al menos con desvío: y es regular que á algunos lectores se les hará recio de creer que haya podido acarrear ningun provecho.

Toda vez que llevamos ya asentado, que el cle-

ro, como á ministro de la Religion cristiana, era con respecto á los pueblos lo que un padre respecto de un hijo, lo que un preceptor con relacion á su alumno, menester será confesar tambien, que todo cuanto ponía en sus manos los medios oportunos y suaves para que fueran escuchadas sus lecciones y consejos, respetada su autoridad, é imitados sus ejemplos, acarrea á la sociedad un beneficio inestimable. Y pregunto yo ahora ¿las riquezas, hasta en su abundancia, no eran á este fin, un medio muy á propósito, muy conducente, muy eficaz?

Si una clase ha de ejercer un influjo fuerte y duradero, ante todo es necesario que adquiera estabilidad é independencía. Sin estabilidad no alcanzará jamas consistencia y firmeza; sus relaciones serán escasas y débiles, sus miradas muy limitadas, sus funciones circunscritas á espacio breve, y estas sin calor, sin energía, sin resultados: poco segura de su propia ecsistencia, no podrá obrar sobre un sistema, ni desenvolver un plan, ni estender su vista al porvenir; planta ecsótica, que careciendo de arraigo no obtendrá nunca robustez, y el menor contratiempo será bastante para echarla por el suelo. Sin independencía, no podrá nunca una clase presentarse con aquel decoro y noble dignidad, que inspirando comedimiento y respeto, enfrenan la osadía, quebrantan el ímpetu del orgullo, ablandan la terquedad, y allanan el camino á la docilidad y á la deferencia. *Ni la estabilidad, ni la independencía se obtienen sin propiedad.*

dolorosa nos manifiesta con harta frecuencia, que abandonado á sí mismo, no tiene fuerzas bastantes para crear, engrandecer ni conservar ninguno de aquellos establecimientos que cesigen mucho desprendimiento, y que reclaman una dilatada continuacion de esfuerzos, y de penosos cuidados. Como quiera que esa inclinacion, de suyo tan generosa, se alberga en un corazon tan flaco, tan voluble, tan combatido de inesplicables contrariedades, no tiene suficiente robustez y energía para dominar la altivez del orgullo que no quiere doblegarse á ese linage de solicitud, que consigo no lleva ni lustre, ni gloria; no es bastante avisada para precaverse de las insidiosas sugeriones del mezquino interés, ni bastante desprendida para que se resuelva á desentenderse de las cavilaciones con que la asedia continuamente el amor propio.

Sí, y es preciso decirlo, y en alta voz: sin un ejemplo tan elocuente como el de un Dios inmolado en una cruz por la salud del linage humano, sin la robusta sancion del precepto divino, sin la uncion encantadora de los consejos del Hijo de María, sin el estímulo de aliciente tan poderoso como lo es el de una recompensa eterna, sin aquellos misteriosos influjos sobre el alma, que iluminan el entendimiento, impulsan y arrastran la volunrad, enternecen el corazon, abaten el orgullo, estimulan en la desidia, alientan en el cansancio, despegan del mezquino interés, agradan y elevan todas las ideas, purifican, avivan y ensanchan todos los sentimien-

tos, sojuzgando de un modo tan inefable, como dulce, como eficaz al hombre entero; sin todo esto que en la Religion de Jesucristo se encuentra, y solo en ella se encuentra, el débil hombre contrariado, combatido por muchos, muy astutos y poderosos adversarios, vacila, se desalienta, se abate, retrocede pusilánime en el mismo camino en que poco antes le empeñara con ardimiento un impulso benéfico y generoso, y acaba por abrir su corazon al seco y desapiadado egoismo, para que este mónstruo encogido y adusto asiente allí su aislado trono, y dirija con interesadas miras todos los pasos y acciones, desordenando todos los planes, embarazando la ejecucion de los mejores proyectos, y secando en la misma raiz toda planta, que pudiera producir para la desgraciada humanidad, algun alivio y consuelo.

Y he aquí por qué somos deudores á la Religion cristiana de la idea, planteo é incremento de toda clase de establecimientos de beneficencia; he aquí por qué donde quiera que se encuentren, buscan naturalmente la sombra, el amparo de la religion; he aquí por qué se arriman á ella como hijos á la madre, para que los nutra con su leche, y los vivifique con su calor, y los favorezca con sus cuidados y ternura. No es de este lugar el tejer la historia de estos establecimientos; pero bien puedo dirigirme con entera confianza á cuantos se han ocupado en el estudio de ella, y preguntarles si no es verdad que en todas partes, y en todas épocas, los encuen-

zon por circunstancias particulares? ¿Cuál era su fuerza, cuál su tendencia, qué encerraba de justo ó de injusto, de noble ó degradante, de provechoso ó nocivo? ¿qué bienes llevó á la sociedad, qué males; y estos, cómo se combatieron, por quién y por qué medios? ¿con qué resultado? Muchas cuestiones hay encerradas aquí; pero no traen sin embargo, la complicacion que pudiera parecer; aclarada una idea fundamental, las demas se desenvolverán muy fácilmente; y simplificada la teoría, vendrá luego la historia en su confirmacion y apoyo; y ¿quién lo dijera! al examinar todo esto, nos encontraremos con las riquezas del clero, y dispensando grandes beneficios al individuo y á la sociedad.

Hay en el fondo del corazón del hombre un sentimiento fuerte, vivo, indeleble, que le inclina á conservarse, á evitarse males y á procurarse bienestar y dicha. Llámesele amor propio, instinto de conservacion, deseo de la felicidad, anhelo de perfeccion, egoismo, individualismo, llámesele como se quiera, el sentimiento existe; aquí dentro le tenemos, no podemos dudar de él; él nos acompaña en todos nuestros pasos, en todas nuestras acciones, desde que abrimos los ojos á la luz, hasta que descendemos al sepulcro. Este sentimiento, si bien se le observa en su origen, naturaleza y objeto, no es mas que una gran ley de todos los seres, aplicada al hombre; ley, que siendo una garantía de la conservacion y perfeccion de los individuos, contribu-

ye de un modo admirable á la armonía del universo. Bien claro es, que semejante sentimiento nos ha de llevar naturalmente á aborrecer la opresion, y á experimentar un desagrado por cuanto tiende á embarazarnos, ó coartarnos el uso de nuestras facultades: la razon es óbvia; todo esto nos causa un cierto malestar, y á semejante estado se opone nuestra naturaleza: hasta el niño mas tierno sufre ya de mala gana la ligadura que le embarga el libre movimiento; se enfada, forcejea, llora.

Ademas, si por una ú otra causa no carece totalmente el individuo del conocimiento de sí mismo; si por poco que sea, han podido desarrollarse algun tanto sus facultades intelectuales, brotará en el fondo de su alma otro sentimiento, que nada tiene de comun con el instinto de conservacion que impele á todos los seres; otro sentimiento que pertenece esclusivamente á la inteligencia; hablo del sentimiento de dignidad, del aprecio, de la estimacion de nosotros mismos, de ese fuego que brota en el corazón en nuestra mas tierna infancia, y que nutrido, estendido y avivado con el pábulo que va suministrando el tiempo, es capaz de aquella fuerza prodigiosa, de aquella expansion que tan inquietos, tan activos, tan agitados nos trae en todos los periodos de nuestra vida. La sujecion de un hombre á otro hombre envuelve algo que hiere este sentimiento de dignidad; porque aun suponiendo esta sujecion conciliada con toda la libertad y suavidad posible, con todos los respetos á la persona sujeta,

revela al menos á esta alguna flaqueza ó necesidad, que la obliga á dejarse cercenar algun tanto del libre uso de sus facultades: y he aquí otro origen del sentimiento de independencia personal.

Infiérese de lo que acabo de esponer, que el hombre lleva siempre consigo un amor á la independencia; que este sentimiento es comun en todos tiempos y paises, y que no puede ser de otra manera, pues que hemos encontrado su raiz en dos sentimientos tan naturales al hombre, como son el deseo de bienestar, y el sentimiento de su dignidad.

Es evidente que en la infinidad de situaciones fisica y moralmente diversas, en que puede encontrarse el individuo, las modificaciones de tales sentimientos podrán tambien variarse hasta lo infinito; y que estos, sin salir del círculo que les traza su esencia, tienen mucha latitud para que sean susceptibles de muy diferentes graduaciones en su energía ó debilidad, y para que sean morales ó inmorales, justos ó injustos, nobles ó innobles, provechosos ó nocivos, y por consiguiente, para que puedan comunicar al individuo á quien afectan, mucha diversidad de inclinaciones, de hábitos y costumbres, dando así á la fisonomía de los pueblos rasgos muy diferentes, segun sea el modo particular y característico con que se hallan afectados los individuos. Aclaradas ya estas nociones, sin haber dejado nunca de la mano el corazón del hombre, queda tambien manifestado cómo deben resolverse

todas las cuestiones generales que se habian ofrecido con relacion al sentimiento de individualismo; echándose de ver tambien, que no es menester recurrir á palabras misteriosas, ni á esplicaciones poéticas, porque nada hay aquí que no pueda sujetarse á rigurosos análisis.

Las ideas que el hombre se forme de su bienestar y dignidad, y los medios de que disponga para alcanzar aquel y conservar esta, he aquí lo que graduará la fuerza, determinará la naturaleza, fijará el carácter, y señalará la tendencia de todos estos sentimientos: es decir, que todo esto dependerá del estado físico y moral en que se hallen la sociedad y el individuo. Y aun en igualdad de todas las demas circunstancias, dad al hombre las verdaderas ideas de su bienestar y dignidad, tales como las enseñan la razon, y sobre todo la religion cristiana, y formareis un buen ciudadano: dádselas equivocadas, ecsageradas, absurdas, tales como las esplican escuelas perversas, y como las propalan los tribunos de todos los tiempos y paises, y sembrareis abundante semilla de turbulencias y desastres.

Falta ahora hacer una aplicacion de esta doctrina, para que concretándonos al objeto que nos ocupa, podamos manifestar en toda claridad el punto principal que nos hemos propuesto, que por cierto no deja de ser muy interesante el modo con que figuran bajo este aspecto las riquezas del clero.

Si fijamos nuestra atencion sobre los pueblos que invadieron y derribaron el Imperio Romano, ate-

niéndonos á los rasgos que sobre ellos nos ha conservado la historia, á lo que de sí arrojan las mismas circunstancias en que se encontraban, y á lo que en esta materia ha podido enseñar á la ciencia moderna la inmediata observacion de algunos pueblos de América, no nos será imposible formarnos alguna idea de cuál era entre los bárbaros invasores el estado de la sociedad y del individuo. Situados los bárbaros en su pais natal, en medio de sus montes y bosques cubiertos de nieve y de escarcha, tenian tambien sus lazos de familia, sus relaciones de parentesco, su religion, sus tradiciones, sus hábitos, sus costumbres, su apego al propio suelo, su amor á la independencia de la patria, su entusiasmo por las hazañas de sus mayores, su amor á la gloria adquirida en el combate, su anhelo de perpetuar en sus hijos una raza robusta, valiente y libre, sus distinciones de familias, sus divisiones en tribus, sus sacerdotes, sus caudillos, su gobierno. Sin que sea menester entrar ahora en cuestion sobre el carácter que entre ellos tenian las formas de gobierno, y dando de mano á cuanto pudiera decirse sobre su monarquía, asambleas públicas y otros puntos semejantes; cuestiones todas que á mas de ser ajenas de este lugar, llevan siempre consigo mucho de imaginario é hipotético, me contentaré con observar lo que para todos los lectores será incontestable, y es, que la organizacion de la sociedad era entre ellos, cual debia esperarse de ideas rudas y supersticiosas, usos groseros y costumbres fe-

roces: es decir que su estado social no se elevaba sobre aquel nivel que naturalmente debian haberle señalado tan imperiosas necesidades, como son, el que no se convirtieran en absoluto caos sus bosques, y que á la hora del combate no marcharan sin alguna cabeza y guia sus confusos pelotones.

Nacidos aquellos pueblos en climas destemplados y rigurosos, embarazándose y estrechándose unos á otros por su asombrosa multiplicacion, escasos por lo mismo de medios de subsistencia, y teniendo á la vista la abundancia y comodidades con que los brindaban espaciosas y cultivadas comarcas, sentianse á la vez acosados de grandes necesidades, y estimulados vivamente por la presencia y cercanía de la presa; y como que no veian otro dique que las flacas legiones de una civilizacion muélla y caduca, sintiéndose ellos robustos de cuerpo, esforzados y briosos de ánimo, y alentados por su misma muchedumbre, despegábanse fácilmente de su pais natal, desenvolvíase en su pecho el espíritu emprendedor, y se precipitaban impetuosos sobre el Imperio, como un torrente que se despeña de un alto risco inundando las llanuras vecinas.

Por imperfecto que fuera su estado social, por groseros que fueran los lazos de que estaba formado, bastábales sin embargo á ellos en su pais natal, y en sus costumbres primitivas; y si los bárbaros hubiesen permanecido en sus bosques, habria continuado aquella forma de gobierno, llenando á su modo su objeto, como á nacida que era de la misma

necesidad, adaptada á las circunstancias, arraigada con el hábito, sancionada por la antigüedad, y enlazada con todo linage de tradiciones y recuerdos.

Pero eran sobrado débiles estos lazos sociales para que pudieran ser trasladados sin quebrantarse, y sus formas de gobierno eran como se echa de ver tan acomodadas al estado de barbarie, y por consiguiente tan circunscritas y limitadas, que mal podrían aplicarse á la nueva situacion en que casi de repente se encontraron aquellos pueblos.

Figuraos ahora á los bravos hijos de las selvas, arrojados sobre el Mediodia, como un leon sobre su presa, precedidos de sus feroces caudillos, seguidos del enjambre de sus mugeres é hijos, llevando consigo sus rebaños y sus groseros arreos, destrozando de paso numerosas legiones, saltando trincheras, salvando fosos, escalando baluartes y murallas, talando campiñas, arrasando bosques, incendiando populosas ciudades, arrastrando grandes pelotones de esclavos recogidos en el camino, arrollando cuanto se les opone, y llevando delante de sí numerosas bandadas de fugitivos corriendo pavorosas y azoradas por escapar del hierro y del fuego: figuráoslos un momento despues, engreidos con la victoria, ufanos con tantos despojos, encredidos con tantos combates, incendios, saqueos y matanzas; trasladados como por encanto á un nuevo clima, bajo otro cielo, nadando en la abundancia, en los placeres, en nuevos goces de todas clases, con una confusa mezcla de idolatría y de cristianismo, de men-

tira y de verdad, muertos en los combates los principales caudillos, confundidas con el desórden las familias, mezcladas las razas, alterados y perdidos los antiguos hábitos y costumbres, y desparramados por fin los pueblos en países inmensos, en medio de otros pueblos de diversas lenguas, de otras ideas, de distintos usos y costumbres; figuraos si podeis, ese desórden, esa confusion, ese caos; y decidme si no veis quebrantados, hechos mil trozos todos los lazos que formaban la sociedad de esos pueblos, y si no veis desaparecer de repente la sociedad civilizada con la sociedad bárbara, aniquilarse todo lo antiguo, antes que pudiera reemplazarlo nada de nuevo.

Y entonces si fijais vuestra vista sobre el adusto hijo del aquilon, al sentir que se relajan de repente todos los vínculos que le unian con su sociedad, que se quebrantan todas las trabas que contenian su fiereza; al encontrarse solo, aislado en posicion tan nueva, tan singular y extraordinaria, conservando un oscuro recuerdo de su pais, sin haberse aficionado todavía al recién ocupado, sin respeto á una ley, sin temor á un hombre, sin apego á una costumbre, ¿no le veis, arrastrado de su impetuosa ferocidad, arrojarse sin freno donde quiera que le conducen sus hábitos de violencia, de vagancia, de pillage y matanzas: y confiado siempre en su nervudo brazo, en su planta ligera, guiado por las inspiraciones de un corazon lleno de brio y de fuego, y por una fantasía ecsaltada con la vista de tantos,

tan nuevos y variados países por los azares de tantos viages y combates, no le veis acometer temerario todas las empresas, rechazar toda sujecion, sacudir todo freno, y saborearse en los peligros de nuevas luchas y aventuras? ¿Y no encontrais aquí el misterioso individualismo, el sentimiento de independencia personal, con toda su realidad filosófica, y con toda su verdad histórica?

Este individualismo brutal, este feroz sentimiento de independencia, que ni podia conciliarse con el bienestar del individuo, ni con su verdadera dignidad; que entrañando un principio de guerra eterna y de vida errante, debia acarrear necesariamente la degradacion del hombre, y la completa disolucion de la sociedad, tan lejos estaba de encerrar un germen de civilizacion, que antes bien era lo mas á propósito para conducir la Europa al estado salvaje; ahogando en su misma cuna toda sociedad, desbaratando todas las tentativas encaminadas á organizarla, y acabando de aniquilar cuantos restos hubiesen quedado de la civilizacion antigua.

Para neutralizar un elemento tan poderoso, para combatirle y enflaquecerle, para obligarle á que se encerrase en estrechos límites, y no ejerciera sobre la sociedad toda su funesta influencia, necesario era oponerle otro elemento regenerador, organizador, y que en nada cediese á su contrario, ni en estension, ni en fuerza y consistencia. Era menester que el elemento civilizador se hallara en todas partes, porque todo lo habia invadido la barbarie; que contase

con un gran caudal de resistencia, con hondo arraigo, vastas relaciones, para que no alcanzara á disiparle un ímpetu violento, y no se perdieran nunca las esperanzas de su prevalecimiento y completa victoria, aun en medio de parciales derrotas: y bien se echa de ver que era para este fin una combinacion muy á propósito, la union de los medios morales con los físicos, el hallarse la verdad divina y las llaves del cielo, en unas manos que dispusieran al propio tiempo de grandes riquezas, que no solo sufragasen para el bienestar é independencia, sino que hasta llevasen consigo la facultad de hacer el bien en abundancia, de alcanzar predominio y poderío, y desplegar en el culto y en todos los edificios, magestad y magnificencia. Así se concibe cómo pudo presentar la Iglesia una resistencia sorda, pero firme, inalterable, universal, que fatigaba, debilitaba, quebrantaba aquella bárbara impetuosidad que atacaba sin cesar toda clase de propiedades, que acababa de desmoronar y pulverizar todas las instituciones: así se concibe cómo el cuerpo de los ministros de la Iglesia se convirtió en una asociacion organizadora y civilizadora, tan vasta como compacta; que trabajaba sin cesar para el logro de su objeto, dirigida en su espíritu por las inspiraciones de su alto ministerio, y estimulada su debilidad humana por el acicate de los intereses propios. Aquellos adustos canonistas, que se asirian de una hebra para tener ocasion de declamar un poquito contra lo que apellidan abusos, codicia,

tran enlazados con la Iglesia, colocados á la sombra de la Iglesia, pegados sus edificios á los edificios de la Iglesia, y si no los hallan siempre vigilados, dirigidos por los prelados de la Iglesia.

Y al pensar en los grandes beneficios que por este medio se proporcionan á la humanidad desgraciada, al recordar que este medio es escogitado y realizado por la Iglesia, y que cuando ella empezaba á ejercer con libertad su accion y á desenvolver en grande sus planes, se atravesó de por medio el trastorno que sumergió en un caos la sociedad, ¿no puede tenerse á gran dicha, que en los calamitosos tiempos que siguieron á aquella catástrofe, se reunieran en manos de la Iglesia pingües riquezas, que le suministraran medios de hacer el bien en abundancia, enseñando á los pueblos el hacerlo de manera que asegurando el provecho, y regularizando los beneficios de la caridad sobre bien entendidos sistemas, evitase los inconvenientes y el desperdicio que consigo lleva no pocas veces, la beneficencia ejercida sin plan, y como al acaso? Al recorrer la historia de aquellos tiempos, en que las leyes estaban sin fuerza, las costumbres sin freno, las violencias sin dique, los corazones sin compasion ni ternura, ¿quién no se ha detenido con placer en aquel hermoso hecho que nos consigna la historia, de que casi todos los monasterios y casas de canónigos regulares tenían anecos hospicios, que ofrecian un asilo al pobre, un albergue al peregrino, y hospitales donde el desvalido enfermo en-

contraba consuelo y remedio? Quien conozca que para la instruccion y educacion de los pueblos pueden mas los ejemplos que las palabras, y los hábitos que las leyes, ¿podrá dudar que semejantes establecimientos, que eran como una leccion continua y elocuente de amor y fraternidad, no ejercieran un eficacísimo influjo para suavizar las costumbres, hermanar los ánimos, y preparar dias mas apacibles y venturosos? ¿Quién no bendice entonces á la previsora y bondadosa Providencia que habia dispuesto en beneficio de la humanidad, que las riquezas pararan á manos de aquellos hombres, que conservaban luz en su entendimiento, virtudes y ternura en su corazon? A no ser así ¿qué pudiera hacer la Iglesia en favor del pobre y del enfermo? ¿cómo pudiera enlazarse su nombre con el de ninguna fundacion de establecimientos de beneficencia? ¡oh! ¡y cómo careciera de uno de los mas bellos adornos de su frente, en no pudiendo honrarse con el título de aliviadora de todas las desgracias!

IV.

Cuanto hayan contribuido á la formacion y organizacion de la Europa moderna las riquezas de la Iglesia, bastante se ha manifestado en la serie de consideraciones que acabo de emitir; pero está

muy lejos de haberse agotado la materia, y penetrando con espíritu de observacion en aquellos tenebrosos tiempos, precediéndonos la antorcha de la filosofía en manos de la imparcialidad, aun podremos recoger otros hechos, que suministrarán abundante pábulo á profundas meditaciones, y éstas nos conducirán naturalmente á descubrir otros puntos de vista tan nuevos, como vastos é interesantes.

Entraré en cuestion con toda libertad é independencia, ni será parte á embarazarme el que en algun punto de la mayor gravedad, haya de encontrarme en abierta oposicion con uno de aquellos hombres, que en tales materias, han llegado á ser para muchos un testo de irrecusable autoridad. Respeto el mérito donde quiera que le encuentre; y si es grande, me admira y arrebatá; pero jamas he podido avenirme con ese apocamiento que entre nosotros cunde con nombre de libertad, que proclama sin cesar ilimitada la independenciam del pensamiento, y sin embargo, no se atreve nunca á pensar por sí mismo, y á ecsaminar las cosas de cerca, sino que defiriendo en las mas altas materias á la palabra de algunos autores, no se toma la pena siquiera de estudiarlas. ¡Cosa notable! Muchos hombres se glorían de pensadores libres, solo porque no escuchan la voz de la Religion; y si bien se los observa, vese con toda claridad que su espíritu se arrastra servilmente en pos de la huella de otro hombre. A nosotros los católicos tambien nos gusta la liber-

tad de pensar; pero la libertad bien entendida, la libertad que no traspasa las grandes leyes que Dios ha dictado á los espíritus; tambien nos place el surcar dilatados mares, el visitar nuevas playas, y sin que nos asusten los bramidos de la mar, seguimos atrevidamente nuevos rumbos, y acometemos grandes viages; pero sabemos que el piélago es tormentoso, que á veces se cubre de espesas tinieblas, y que arrastradas las naves por precipitadas corrientes, por furiosos huracanes, corren peligro de extravío y naufragio: por esto no soltamos jamas la brújula de la mano, y esta brújula es nuestra fé. Pero prosigamos, y perdone el lector la digresion, reflexionando, que cuando el pecho está lleno rebosa.

El hecho histórico que voy á analizar nos descubrirá preciosas verdades sobre los beneficios proporcionados á la humanidad por la misma abundancia de riquezas de la Iglesia; nos dará una idea mas clara de la posicion en que ella se encontró, á causa del carácter y circunstancias de los pueblos que la rodeaban, y arrojará bastante luz sobre la legislacion canónica con respecto á los bienes, descubriendo la conveniencia y necesidad de ciertas disposiciones, que á algunos podrian parecerles demasiado terrenas. En el estudio del derecho tanto civil como canónico, es una escelente lumbrera la filosofía de la historia.

Se ha dicho que los Germanos llevaban consigo un vivo sentimiento de independenciam personal, que no se hallaba en ninguna otra parte, ni en el Im-

perio, ni en la Iglesia, ni en ninguna de las civilizaciones antiguas; sentimiento que depositado en el seno de la Europa, é inoculado en las costumbres de los pueblos, habia ejercido fuerte y saludable influencia en el desarrollo de la civilizacion. Si pedís que sobre el particular se os suministre algo que pueda fijar vuestra idea, ó que cuando menos se os tracen algunos rasgos característicos que os den á conocer ese sentimiento, se os advertirá ante todo, que nada ha quedado de las costumbres de los bárbaros; que ni un recuerdo de su estado social ha sobrevivido á tantos siglos; que nos vemos precisados á adivinar, á interpretar remotísimos monumentos históricos, á suplir con un atrevido esfuerzo de imaginacion lo mucho que nos falta para la esplicacion de aquel estado social; y luego se os añadirá que este sentimiento es el placer de la independenciam individual, el placer de lanzarse con su fuerza y su libertad en medio de los lances y aventuras del mundo, los goces de una actividad sin trabajo, la inclinacion á una vida errante llena de imprevision, de desigualdad, de riesgos infinitos; que en esta necesidad imperiosa de independenciam personal, habia algo de mas material, mas grosero de lo que nos presentan los cuadros trazados por M. Thierry; que dominaba en los bárbaros del Norte cierto grado de brutalidad, cierta propension á la embriaguez, cierta apatia; pero luego se os dirá con serenidad, que á pesar de esa confusa mezcla de brutalidad y de egoismo

estúpido, se conoce que aquella pasion por la independenciam individual, es un sentimiento noble cuyo poder se deriva totalmente de la parte superior de la naturaleza moral del mismo hombre, que es hija del placer de sentirse hombre, del orgullo de comprender toda su dignidad, del sentimiento y poder de su libre desenvolvimiento en sus facultades.

A buen seguro que si con tan negras pinceladas se nos pinta el principio fecundo de civilizacion, difícil se nos hará de creer que haya sido gérmen de hermosos resultados; y ni las civilizaciones antiguas, ni el Imperio, ni la Iglesia, se lo envidiarán á los bárbaros Germanos; y por cierto que todos los hombres que no se dejen deslumbrar por palabras, pensarán que todo lo que haya contribuido á contrariar el incremento y desarrollo de este gérmen, de este individualismo, habrá acarreado grandes beneficios á la sociedad y al individuo. Para conocer mejor este hecho, será necesario alumbrarle algun tanto, quitarle con la austeridad de la razon el velo poético que le encubre, y aclarando las ideas y fijando las palabras, andaremos con mas soltura, mas desembarazo, sin tanto riesgo de extravíos, tropiezos y caidas.

Ahora bien: ¿qué venia á ser este sentimiento? ¿era peculiar de aquellos pueblos, era un resultado de las influencias del clima, de una situacion social? ¿era tal vez un sentimiento que se halle en todos lugares y tiempos, pero modificado á la sa-

ambicion y otras semejantes lindezas, cuando al recorrer las épocas á que aludo, encuentran á los Concilios muy ocupados en la conservacion de los bienes de la Iglesia, y se escandalizan seguramente de miras tan *terrenas*, notando con desagrado la severidad de algunas medidas, y la repeticion de amonestaciones y prohibiciones con respecto á usurpar las propiedades de la Iglesia, recuerden lo que acabo de observar, noten lo que voy á decir, y entonces serán mejores canonistas porque serán mas filósofos.

El clero defendia con firmeza, con teson, y hasta con calor sus bienes, es verdad; pero las sociedades reconstruidas sobre las ruinas del Imperio Romano, deben quedarle agradecidas para siempre, por esa misma resistencia y firmeza; y una sana filosofia jamas encontrará aquí nada de que pueda lamentarse, porque nunca se vieron mas admirablemente enlazados, identificados los intereses de una clase con los grandes intereses de la sociedad, como son, el respeto á las propiedades, el acatamiento á las leyes, la creacion, conservacion y engrandecimiento de instituciones benéficas, la organizacion de un poder público; en una palabra, todas las semillas y garantías de sosiego, de bienestar, de civilizacion y de cultura.

A no habernos favorecido la Providencia con una combinacion tan feliz, tan benéfica, tan fecunda en grandes resultados, hubiéranse acabado de borrar las huellas de la civilizacion antigua, y amalga-

mados en torpe mezclanza los pueblos bárbaros con otros pueblos afeminados y caducos, estendiendo su tosco y negro velo la mas grosera ignorancia, pululando por todas partes la mas informe supersticion, desarrollándose al propio tiempo la corrupcion mas espantosa, enervados y enflaquecidos tambien con el contagio los adustos invasores, habrian presentado los pueblos de Europa aquella fisonomía innoble y degradada, donde ni se encuentran los sublimes rasgos con que se pinta en la frente del hombre civilizado el desarrollo del pensamiento, ni aquella energia y fiero orgullo que hace menos intolerable la faz adusta, y los groseros modales del hombre bárbaro.

Y cuando algun tiempo despues la invasion sarracena vino á amenazar á la independendencia de Europa, ¿quién la hubiera resistido? ¿Qué dique hubiera encontrado el engrandecimiento de aquel pueblo, que contaba á la sazón con el ascendiente que le daban su mayor saber y cultura, con los inmensos recursos que le ponía en la mano su vasta dominacion, con el aliento que le inspiraba su número, con el engreimiento de una serie de victorias, con la emprendedora osadía que le comunicaba el rápido progreso de su grandeza, y con aquella frenética energia con que le animaba su ardiente fanatismo? A buen seguro que no pudiera mantenerse la independendencia de Europa en lucha con poder tan colosal; hubiera sucumbido bajo la dominacion de la Media Luna, y el Islamismo triunfante hu-

merosa muchedumbre de adictos y dependientes.

Tal contraste producía insensiblemente una revolución en la sociedad; y todo en sentido favorable á la verdadera libertad, y á la dicha de los pueblos. Para ser admitido en el clero, ni se necesitaban títulos de nobleza, ni cuantiosas posesiones; bastaba ser hombre, y cristiano, y no tener ninguno de aquellos defectos ó impedimentos que se oponen al decoro, ó á la santidad del ministerio. Esta regla, tan honrosa á la dignidad del hombre, que fundada en los principios de la Religión, y enseñada prácticamente por Jesucristo en la elección de los Apóstoles, ha sido observada constantemente en la Iglesia, debía producir en la época del feudalismo un efecto muy provechoso á la muchedumbre: porque una vez sentado que el hijo de un pobre podía ser elevado á las mayores dignidades, y verse un día en igual rango, y tal vez en abierta lucha con orgullosos señores, estaba ya zapada la preponderancia de los señores feudales, quedaba sembrada una semilla, que desenvuelta con el tiempo, había de producir ópimos frutos en beneficio de los pueblos.

Desde entonces todos los pechos podían abrigar una ambición, todas las familias alimentar una esperanza; y difundiéndose por todas partes las miras nobles y elevadas, y los deseos de mejoras en la vida, provocábase una activa fermentación, de donde brotaban de continuo altos pensamientos é inspiraciones generosas; formándose de esta ma-

nera aquella masa compacta y trabada, que llena de un poderoso principio de vida, comenzó á removerse y á causar estremecimiento á las fortalezas feudales, que tomando rápidamente creces en extensión y fuerza, empezó á levantar en alto los ominosos castillos, acabando por desplomarlos enteramente, luego que fué auxiliada y dirigida por un mayor grado de inteligencia.

Cuando fastidiado un lector de tantas declamaciones contra la preponderancia del clero, contra los medios de influencia que le ponían en la mano sus riquezas, y sospechando lo mutilado de algunas narraciones, lo infiel de muchos cuadros, y lo imaginario de pretendidas observaciones filosófico-históricas, se resuelve á examinar las cosas de cerca, á juzgar por sí mismo, pasando los ojos por los monumentos que nos ha conservado la historia, y principalmente leyendo con atención las varias colecciones de legislación eclesiástica, busca en vano por todas partes ese espíritu de agresión continua, que tanto se ha imputado á la Iglesia. Mira si puede encontrarla invadiendo el dominio del poder civil; pero á la sazón el poder civil apenas se divisaba, porque apenas existía; busca la decantada transgresión de límites, y los límites apenas existían; y no encontrando por todas partes mas que un informe embrión de sociedad, que si da señal de vida, si da esperanzas de alcanzar algún día formas regulares, es solo por el calor, por la influencia, por el alimento que le

suministra la Religion, por el ascendiente, por la continua accion de ese clero tan calumniado, preguntase con indignacion ¿dónde está la filosofia, dónde la imparcialidad, la buena fé siquiera? Lástima causa el ver cómo algunos canonistas adustos, y quisquillosos juristas, hablan de la monarquía, de la aristocracia, del pueblo de entonces, como pudiera hablarse de estas cosas, tales como son en el siglo XIX. Recuérdese que eran aquellos los tiempos de la ley Faida, de la Tregua de Dios, del Ignitegium, y desaparecerán todas las dificultades, se disiparán todas las prevenciones, y lejos de temerse la influencia del clero en toda clase de negocios, se la deseará, se la amará, porque será mirada como un faro en tenebrosa tormenta, como tabla de esperanza en los horrores de un naufragio.

Por lo que á mí toca, puedo asegurar que en recorriendo la historia de aquellos tenebrosos tiempos, al encontrar á los obispos reunidos en concilio, enseñando á los monarcas y señores sobre la naturaleza y estension de su poder, y recordándoles los límites que les imponen la razon y la Religion, encargando la recta administracion de justicia, sobre todo en favor de los pobres, trabajando siempre por extirpar la brutal costumbre de apelar á la fuerza individual para vindicar un derecho, poniendo coto á la destemplada imposicion de tributos por parte de los señores, y muy en particular, cuando encuentro á aquellos buenos padres, no olvidando en sus

desvelos la proteccion del comercio, entonces tan flaco como á naciente, y no solo recomendando la vigilancia para la seguridad de los caminos, sino prohibiendo severamente que se maltratase á los mercaderes que van de viage, y reprimiendo con penas eclesiásticas á los que roben á los náufragos, ó á los que apresen é despojen á los que naveguen para su comercio, todo este conjunto encontrado en medio de tiempos tan revueltos y calamitosos, me ofrece un cuadro tan consolador, tan hermoso, que no puedo menos de indignarme de que hasta tal punto se hayan atrevido á desfigurarle la ignorancia y la malicia.

Fácil me fuera estenderme mas y mas sobre la materia, ora consignando los hechos que atestiguan la verdad de cuanto llevo espuesto, ora signiendole el sucesivo desarrollo de la sociedad europea, y manifestando con datos irrecusables, que en ningun tiempo han centrariado los bienes del clero la civilizacion; que nunca fueron un medio de esclavizar á los pueblos; que nunca les irrogaron los pretendidos perjuicios; pero esto me empeñaria necesariamente en consideraciones tan dilatadas, que no me seria posible encerrar este escrito dentro de los límites que le tengo señalados. No dejaré, sin embargo, de emitir una reflexion, que arroja mucha luz sobre esos objetos, y que en breve espacio, forma una victoriosa apología del clero, y vindica completamente su riqueza de los cargos de antisocial con que se le ha calumniado.

Es un hecho incontestable, que á la época en que tomó el mayor vuelo el espíritu humano, es decir, cuando renacieron todas las artes y ciencias, cuando se hicieron los descubrimientos que tanto movimiento moral y físico provocaron, como son el de la imprenta y del Nuevo Mundo, cuando se desplegó aquella actividad, aquella increíble laboriosidad para desenterrar los monumentos del antiguo saber, cuando se vieron salidas del seno de la Europa bárbara esas grandes sociedades, con sus formas regulares, con la organización de toda clase de poderes, entonces conservaba todavía el clero de Europa todas sus riquezas. Y esta sola coincidencia manifiesta bien á las claras, que la sociedad no estaba embarazada en su movimiento por las riquezas del clero, á la sazón abundantes; que había marchado continuamente sin tener embargados sus miembros y facultades, y si á esto se añade otro hecho de igual certeza y bulto, á saber, que los mas esclarecidos sábios, y los artistas mas distinguidos, fueron al propio tiempo favorecidos y protegidos por el clero, y que no se puede dar un paso por la historia de aquella época, sin encontrar á los obispos, á los cardenales, á los Papas, alentando con aplausos, y estimulando con recompensas todo linage de mérito, quedarán enteramente disipadas tantas preocupaciones como ha esparcido la mala fé, y ha tan fácilmente acogido la crédula ignorancia.

VI.

Así andaba mejorándose cada dia el estado de Europa, desenvolvianse rápidamente todas las facultades del individuo, ganaba continuamente la sociedad en la perfeccion de sus formas, y en la regularidad de sus funciones, y robusteciéndose mas y mas los poderes públicos, organizándose los varios ramos de administracion, allanándose lentamente las desigualdades nocivas, estendiéndose cada dia mas el respeto á la dignidad del hombre, á la propiedad, y á toda clase de derechos, llegábase ya al término por tanto tiempo apetecido, de sustituir enteramente la fuerza pública á la fuerza privada, la ley á la violencia, el derecho al hecho. Sentianse ya por todas partes los agradables efectos de tan provechosa mudanza; y en la mejora que habian tenido ya las clases inferiores, mas bien diremos, en la aparicion de una nueva clase muy numerosa, y en condiciones tan ventajosas, cual nunca se habia visto, palpábase ya, cómo se encaminaba la sociedad á su objeto principal, cual es, proporcionar el mayor grado de felicidad posible, al mayor número posible.

Pero desgraciadamente no se habian conseguido tantos bienes, sin que se hubiesen amontonado al mismo tiempo muchos elementos de mal: en el seno de las mismas sociedades que lisonjeaban al observador con agradable perspectiva en lo presen-

te, y que le embriagaban con la esperanza de un inmenso porvenir, se hallaba depositado tambien el gérmen de grandes calamidades. La Providencia, en sus inscudables designios, quiso permitir que el maligno gérmen se desarrollase, y así sucedió: dióse en Alemania el grito de la revolucion religiosa, y desde entonces se torció el curso de la civilizacion europea, desperdiciándose en gran parte muchos de los trabajos que con tanto afan se habian hecho en el trascurso de muchos siglos, para labrar la verdadera grandeza, la verdadera felicidad del linage humano.

No temo asegurarlo: este es un suceso muy observado, pero no lo bastante; su gravedad y trascendencia son ya muy reconocidas, pero no bastante bien; pues que por lo comun, ó no se le ha mirado en el inmenso círculo en que debia considerarse, ó se le ha ecsaminado con el prisma de preocupaciones de secta; y se han hecho suposiciones muy gratuitas, muy improbables, con respecto al porvenir que hubiera cabido á la Europa, y aun al mundo entero, en caso de no haberse verificado aquel funesto acontecimiento.

Sea de ello lo que fuere, no es este el lugar en que pueda ecsaminar con detencion tan vasta materia; y el objeto de este opúsculo me está advirtiendo la necesidad de concretarme á las relaciones que pueda tener este suceso con los bienes eclesiásticos. Zapando el protestantismo la Religion cristiana en lo mas hondo de su cimiento, bien se deja

entender cuál seria su influencia en todo lo que atañe á la subsistencia y á la dignidad de los ministros de ella: y así, nada estraño debe parecer, que la historia de la pretendida reforma, sea tambien la historia de los grandes despojos. Por las indicaciones que acabo de emitir, ya se ha podido conocer que no se me ocultan el fatal concurso de circunstancias que contribuyeron al nacimiento y al progreso del protestantismo; y á decir verdad, siempre me ha parecido poco filosófico el empeñarse en esplicar tamaños sucesos, asignándoles una causa única: pero sin embargo, tambien me parece innegable, que contribuyó en gran manera á la propagacion y arraigo del protestantismo el cebo de las depredaciones. Nadie ignora lo que sobre este punto pensaba el mismo Hume, y para quien haya leído la historia de aquella época, quedará la asercion fuera de duda: y cuando se observa que en medio de sus muchas publicaciones teológicas, no olvidó Lutero el dar á luz su libro del Fisco-Comun, poniendo á disposicion de los príncipes seculares los bienes de los obispados, abadías y monasterios, conócese muy bien, que el corifeo entendia á las mil maravillas, cuál era el medio mas á propósito para que sus peroratas alcanzaran poderosa proteccion, para que hubiese muchos interesados en propagar su fanático proselitismo; y sobre todo, para que se levantase un muro de bronce entre la comunion de la Iglesia católica, y los magnates seducidos por la falsa reforma.

biérase quedado tranquilo en España, se habría establecido sin resistencia en Italia, y enseñoreándose de todo el Mediodía de Europa, y penetrando en seguida en los países interiores, presentáramos ahora el triste cuadro de pueblos estacionarios, envilecidos y degradados; de esos pueblos que ahora el inteligente, el civilizado, el altanero europeo contempla con lástima y desprecio, al recorrer las inmensas regiones del Africa y del Asia.

Tan grave era la herida que había recibido la sociedad, que ni aun con tan poderosos medios fué posible evitar grandes males, ni atajar el progreso de la barbarie; y la historia de aquellos tiempos nos ha conservado el recuerdo de una cadena de desastres, señalándonos una época en que parecieron estinguidas todas las luces; sin embargo, penetrando con ojo observador en aquel tenebroso caos, no se descubre una sociedad que se degrada, que se envilece, que camina á la muerte; nada de esto: lo que se nota sí, es un movimiento, una agitación, una efervescencia, síntoma de calor y de vida, un desasosiego trabajoso de una sociedad informe, que vivificada, fecundizada por algun elemento muy activo y poderoso, se esfuerza por dar á luz otra sociedad con formas regulares, robustas y hermosas: es el caos, pero el caos que ha oído la palabra creadora.

¿Quereis saber si ecsagero, si con mi fantasía doy vida á un cadáver? mirad: había pasado poco tiempo, y la Europa se levantaba como un solo

hombre, y se precipitaba sobre el Asia: ¿son estos síntomas de abatimiento ni de muerte? ¿no revelan un gran fondo de vida, de fuerzas, de energía?

V.

Ya se ha podido observar que en todo el curso de este escrito, no he esquivado ninguna de aquellas épocas en que tantos cargos, segun se figuran algunos, se pueden amontonar contra el clero; no he mendigado ningun supuesto que pudiera favorecerle; antes con la historia en la mano he procurado presentar los hechos tales como son en sí, aplicándoles luego el análisis de una filosofía imparcial y sosegada. Insiguiendo en el mismo plan, voy ahora á traer los bienes del clero á un terreno nuevo, que á algunos les parecerá sin duda deleznable y resbaladizo; pero á decir verdad, no es mucho el miedo que yo tengo, ni de caída, ni de tropiezo.

Es tanto lo que se ha trabajado para hacer al clero odioso á los pueblos, echando mano á este propósito de una declamacion continua contra sus riquezas, presentándolas como un gérmen de miseria y calamidades, como un vehículo de tenebrosas intrigas y de maquinaciones opresoras, como un arma terrible de despotismo, como un origen de desmedidas y monstruosas desigualdades en las

clases, que á muchos preocupados lectores les ha de bastar el solo recuerdo de grandes bienes del clero para que le unan luego la idea de opresion, de gravámen, de menoscabo de toda clase de derechos, de monstruosas desigualdades sociales. Esta última consideracion, capaz de inspirar desaliento, porque desaliento inspira el tener que luchar con preocupaciones añejas, no será parte sin embargo á retraerme del empeño de manifestar que los bienes del clero han contribuido sobremanera á disminuir la desigualdad de clases en la parte que tenia de nociva, á emancipar á las inferiores, allanando el camino para establecer, no una igualdad completa y por lo mismo absurda, pero sí una justa proporcion, un saludable equilibrio. Escúcheme con atencion el lector, y si es instruido, si es filósofo, si es imparcial, abrigo algunas esperanzas de que sean cuales fueren sus opiniones, nos hemos de dar amistosamente la mano.

Antes de entrar de lleno en la materia, será bien aclarar algunas ideas que á la sazón se hallan entre nosotros muy oscurecidas, merced á la negra polvareda en que nos llevan envueltos seis años de combates y disturbios.

Las desigualdades sociales son de necesidad absoluta, como á fundadas en la misma naturaleza del hombre y de la sociedad, y son ademas un beneficio, porque sirven de poderoso resorte en la máquina de gobierno. Bajo uno ú otro nombre, con esta ó aquella forma, con mas ó menos disfraz, las

ha habido siempre, y siempre las habrá; no está léjos el escarmiento acontecido en una nacion vecina; quí-sose llevar el nivel por todas partes, se formó el empeño de igualar todas las clases, se acometió la empresa con una osadía increíble; y al cabo de poco se llegó á un resultado muy sencillo; desaparecieron todas las clases antiguas, solo que se establecieron dos de nuevas y únicas, verdugos y víctimas.

Pero como quiera que en las cosas humanas es muy raro el que se alcance un bien, sin tropezar al propio tiempo en algun mal, sucede con harta frecuencia, que el desnivel de las clases llega á tal extremo, que ni es conducente para la felicidad pública, ni está de acuerdo con los principios de equidad y justicia. Las ideas, las costumbres, las leyes, la forma de gobierno, y otras mil causas diferentes que se reunen, se amontonan, se combinan con el trascurso del tiempo, llevan á veces consigo estos defectos, estas monstruosidades si se quiere, pero no está en la mano del hombre el evitarlo. La corriente de los siglos que arrastra en rápido curso las generaciones humanas, escava insensiblemente en unas partes, amontona en otras, en su profundo cauce forma mil rodeos, tal vez sinuosidades extravagantes; aquí se ha ahondado una espantosa profundidad, allá se ha levantado un alto terreno, aquí la arena y las piedras han destruido, cubierto un hermoso campo, mas allá ha salido de las ondas una bellissima pradera: ¿cómo ha sucedido todo esto? ¿cómo? preguntádselo á esas oleadas que se

sucedan con tanta rapidez, que luchan con tanta violencia, que se estrellan con estrépito contra la ribera, y pasan y desaparecen confundidas entre sordos bramidos.

Cuando por una ú otra causa llega á crearse á favor de alguna clase un exceso de poder y riqueza, que por su desmedida mole embaraza el debido curso de la sociedad, impidiéndole el alcanzar su principal objeto, cual es, proporcionar la mayor felicidad posible para el mayor número posible, será siempre un inestimable beneficio todo cuanto se encamine á menguar este nocivo exceso, haciéndolo empero sin trastornos, violencias, ni injusticias. Si se ha de conseguir sosegadamente un bien tamaño, menester será que se encuentre en la sociedad alguna otra clase, que contrapesando á la que se había engrandecido demasiado, vaya lentamente disminuyendo la dañosa preponderancia, que saliéndole siempre al encuentro, ponga límites á sus creces, coto á sus demasías, y freno á sus usurpaciones; y que sirviendo como de dique que devuelva con vigor la oleada que rechazan las opuestas orillas, establezca una sorda y provechosa lucha, que prepare equitativas compensaciones, y un saludable equilibrio.

Esa desigualdad excesiva, ese desmedido acumulamiento de poder y riquezas, que convierte la sociedad en una fuente de comodidades y regalos para pocos, y en un campo de sudor, de trabajos y de abatimiento para el mayor número, estaba en el feudalismo, que arraigado con la costumbre,

sostenido por la fuerza, rodeado de títulos y de leyes, y escudado por la ignorancia, se levantaba en medio de Europa como un negro gigante armado con toda la ferocidad de los bárbaros del Norte, y desvanecido con todo el orgullo de los antiguos magnates del Imperio.

Prescindiré yo ahora de la mayor ó menor justicia que presidió á su establecimiento, y de la mayor ó menor legitimidad que pudo adquirir con las costumbres, contratos, leyes y otros títulos que se van recogiendo y amontonando con el trascurso de los tiempos; prescindiré también de si á la época en que apareció, fué una verdadera necesidad ó no; de si era un necesario resultado de los anteriores trastornos, del aniquilamiento de los poderes públicos, del desmenuzamiento, digámoslo así, que se había hecho de la sociedad, y de si fué ó no una época de transición para llegar á tiempos mas felices: bástame saber que oprimía á la muchedumbre, que tenia en muy poco las instituciones y las leyes, y en mucho la fuerza; y que de suyo era un fuerte obstáculo para impedir que se organizaran gobiernos centrales y fuertes, tales como los necesitaban las naciones europeas para que obtuvieran protección todos los intereses legítimos; bástame todo esto para saber que si fué una necesidad, fué funesta, y si era una época de transición, era trabajosa, plagada de inconvenientes y de males, y que por consiguiente, urgía abreviarla en cuanto fuera posible.

La esclavitud antigua habia cambiado de forma; mas al fin ecsistia en cierto modo la esclavitud; pero con la diferencia de que en el paganismo no habia ningun principio bastante á destruirla, por no tener ni verdad en el dogma, ni pureza en la moral, ni magestad en el culto, ni elevacion en los designios; y á la época del feudalismo ecsistia la Religion cristiana, que encierra todas estas condiciones, hasta un puto superior á todas las consideraciones humanas: y ecsistia el clero que por su poder y riquezas contribuia de un modo admirable á llenar el sublime objeto de la Religion, cuyo ministerio ejercia.

Tal era á la sazón el estado de los pueblos, que ni siquiera podia pensarse por parte de ellos en la adquisicion de las riquezas: ó los señores, ó la Iglesia; he aquí los únicos dueños posibles. ¿Y era mas ventajoso á la sociedad, era mas conducente para la emancipacion y prosperidad de los pueblos, el que se amontonasen todos los bienes en manos de los señores? y entonces ¿quién ponía coto á sus demasías, freno á su ferocidad, barrera á sus caprichos? Sin punto de apoyo los pueblos, sin medios para defenderse, sin sagacidad para concertarse, hubieran gemido en silencio, hubieran regado con sudor y lágrimas una tierra que les proporcionaba escaso alimento á sí y á sus hijos, mientras hacian brotar de ella las comodidades, el regalo, la opulenta esplendidez en que nadaban sus señores; y hubieran continuado labrando y robusteciendo sus

propias cadenas, con el llanto en los ojos, y la degradacion en la frente. Para los hombres que hayan recorrido la historia de aquellos tiempos, es un hecho indudable que la Iglesia estuvo siempre de parte de la debilidad y del infortunio, que amonestaba de continuo á los señores el que no vejasen á sus vasallos; y sin que se descubran en ninguna parte sus pretendidos proyectos de dar á la sociedad civil una organizacion teocrática, se la ve siempre luchar con esfuerzo contra la bárbara corriente del siglo, trabajando incansable para sustituir las instituciones y las leyes al derecho brutal de la fuerza.

¿Y creéis acaso que al orgulloso señor, encastillado en su inaccesible fortaleza, escoltado de satélites que defendian su persona, y rodeado de esclavos que besaban su planta, le hubieran hecho mella las palabras de la Iglesia, si ésta hubiera llevado la marca de la debilidad y de la pobreza? Pero afortunadamente para la humanidad no sucedia así; el feudalismo alegaba sus derechos feudales; y la Iglesia, como á señora tambien, mostraba los suyos; el feudalismo ostentaba riquezas, el clero ostentaba las suyas; el feudalismo desplegaba soberbio lujo en blasones, insignias, ricos trages, magníficas viviendas y numerosa muchedumbre de esclavos y dependientes; y el clero le contrastaba con la magestad del culto, con opulentas abadías, suntuosos monasterios, encumbradas cúpulas, anchurosos y magníficos templos, y no menos nu-

Antes de los grandes escándalos que, con respecto á despojar á la Iglesia de sus bienes, trajo consigo el protestantismo, no habian faltado ciertamente violencias y atropellamientos: la historia de los tiempos anteriores se halla atestada de semejantes sucesos; pero es muy digno de notarse, que hasta entonces habian tenido un carácter muy diferente, y el mal estaba muy lejos de presentarse con aspecto tan fatal y alarmante. El estado político y moral en que encontraron á la Europa las innovaciones protestantes, no podia menos de acrecentar el daño para lo presente, y de aumentar los peligros para lo venidero.

La atenta observacion del hombre nos enseña, que cuando el corazon necesita una doctrina, el entendimiento la inventa y se la presta; siendo raro encontrar á nadie que siga el impulso de sus pasiones, sin que al mismo tiempo no tenga á la mano algunas razones mas ó menos plausibles, para excusar su conducta. Pues bien: ¿veis esa inclinacion que en no saliendo de la esfera individual, apenas se nota de puro comun, y anda como perdida de vista entre el torbellino de las ocurrencias y negocios vulgares? ¿veis esa inclinacion que produce en cada individuo esa ciencia de excusas, que nadie escucha ni cree, y que los hombres nos toleramos unos á otros, como por un cambio continuo de compensaciones y desquites? pues esa misma inclinacion, cuando se levanta á una esfera superior, cuando tiene por objeto grandes intereses, cuando

influye en los grandes negocios, cuando tiene por campo unas sociedades, en que el mucho desarrollo intelectual ha producido en todos sentidos gran movimiento, en unas sociedades en que las ciencias y las leyes están en mucho aprecio, y en que se halla un poder central que dispone de un gran caudal de fuerza, entonces esa inclinacion es funesta, terrible; entonces contamina la ciencia, falsea las instituciones, adultera las leyes, y á veces arrastra el poder, á quien se confiara inmensa fuerza para resistir á todas las pasiones injustas, y proteger todos los intereses legítimos, hasta valerse de esa misma fuerza, para aplastar con el peso de su robusta mano, á clases enteras de ciudadanos inocentes y respetables.

Terrible es el error cuando usurpa el nombre de la ciencia; terrible es el error que no estribando siquiera en equivocadas convicciones, no tiene aquella entereza de espresion que acompaña á la buena fé; terribles son los conocimientos científicos, cuando apartados de su objeto legítimo, corrompidos, mutilados, desfigurados, se los emplea dolosamente como arma de partido; terrible es el poder público, que estando al frente de una gran sociedad, se vale de la fuerza inmensa que tiene á la mano, para oprimir, para vejar y despojar; terrible es la injusticia cuando llega á tener por instrumento las leyes. He aquí, sin embargo, lo que debia suceder, y lo que ha sucedido en Europa, una vez esparcidas las ideas del libro del Fisco-Comun; una vez puestos

dera propietaria, la nacion misma, es acaso mas que una gran corporacion? Digámoslo claramente, esos sofismas á nadie convencen, á nadie alucinan, á nadie engañan; son palabras vanas, palabras de que se echa mano para tender un velo sobre la injusticia; y los mismos que de ellas se valen, los mismos que afectan darles alguna importancia, se rien interiormente de ellas; y los que conservan un resto de honrra de bien, una sombra de pudor, sentirán por cierto que se sonrosa su frente al trastocar de tal manera los mas sagrados nombres, al hacer un tal abuso de palabras.

Pero bien, se me dirá, no se trata de disputar al clero este derecho de propiedad, lo reconocemos, se lo confesamos: sus bienes le pertenecen como á los otros ciudadanos, y con cavilaciones dolosas no tratamos de asentar una doctrina, que llevada de consecuencia en consecuencia, daria por tierra con todas las propiedades, y por tanto con la sociedad entera. El Estado no dice al clero: "eso no es tuyo, sino que es mio, y por eso me lo tomo;" sino que lo que le dice es: "yo necesito tus bienes, y por eso me apodero de ellos; tú lo que puedes exigirme es que te indemnice; pues bien, yo lo haré, yo tomo á mi cargo tu decente subsistencia, y el cubrir los gastos del culto; con esto atiengo yo á mis necesidades, y no cometo ninguna injusticia."

Veamos lo que vale esta réplica. La justicia y la equidad ecsigen que preceda al despojo la indemnizacion, ¿y se verifica este requisito? la justi-

cia y la equidad ecsigen que la indemnizacion sea equivalente, y ademas cierta, segura: ¿y puede esto verificarse?

¿Qué vale la garantía del erario para asegurar la subsistencia de una clase tan numerosa, rodeada de tantas atenciones y necesidades? ¿Qué vale para tamaño objeto una garantía cuya eficacia está sujeta á todas las eventualidades de guerras, trastornos, y otras calamidades públicas; cuya mayor ó menor amplitud depende de la voluntad de un congreso mudable por su naturaleza, espuesto á tan diversas influencias, y que por fatales combinaciones podrá ser mas de una vez, la espresion, no de la voluntad de un pueblo grande y generoso, sino de un partido mezquino, de una faccion turbulenta, perversa é irreligiosa? ¿Qué vale una garantía cuyo cumplimiento pueden embarazar la mala fé ó la impericia de un ministro, y hasta de empleados inferiores de hacienda?

"Pero es una garantía consignada en la Constitución;" en hora buena; pero la constitucion, ni fija, ni fijar puede las dotaciones; la constitucion no dispone de la voluntad de los cuerpos colegisladores; la constitucion no es fianza de la probidad é inteligencia del ministro de hacienda y sus dependientes; la constitucion no garantiza contra las guerras, el hambre, las pestes y otras calamidades; la constitucion no puede siempre evitar las urgencias, los apuros, la exhaustion del erario. Es preciso decirlo, y decirlo en alta voz; la medida de despojar al cle-

ro de sus propiedades, es un recio golpe descargado sobre la Religion; una mirada superficial lo allanará todo, llamando la atencion sobre la diferencia que va de lo temporal á lo eterno; tambien invoco yo esta diferencia; tambien ella despierta en el fondo de mi alma consoladoras esperanzas; tambien me hace sonreir de lástima cuando contemplo los vanos esfuerzos del hombre; pero yo no trato de penetrar en los secretos del Altísimo, no trato de limitar á la Omnipotencia, ni de negar que tenga en sus manos infinitos medios para salvar su obra; solo hablo en cuanto cabe en las consideraciones y conjeturas que podemos aventurar los débiles mortales.

Querer comparar al clero con la clase de empleados públicos, es olvidar enteramente la naturaleza de sus funciones, es tratar de degradarle, es empeñarse en que no pueda llenar el alto objeto de su santo ministerio. No citaré á este propósito á nadie que pueda tacharse de apasionado al clero: solo me valdré de las mismas palabras de Mendizabal; y al presentar á las cortes el proyecto del entero despojo del clero. "En el empleado, decia el Ministro, basta que la recompensa asignada á su trabajo, contenga los recursos de satisfacer sus necesidades. En el clero debe procurarse ademas que no sea un mero asalariado, ni cuya existencia se halle tan subordinada y sujeta al tesoro público, que pierda á los ojos del pueblo aquella santa independencia, que conviene á la profesion augusta de

reprender el vicio, y de dar lecciones de paz y confraternidad desde el trono á la cabaña." Peregrino parecerá tal vez á los lectores que semejantes palabras salieran de boca del Ministro, en el mismo acto en que se empeñaba en despojar al clero; ahí están los documentos, leedlos: y el Sr. Mendizabal es quien ha de cuidar de ponerse acorde consigo mismo. Yo por mi parte, le acepto la confesion, y se la agradezco.

Por las reflexiones que acabo de emitir, habrá quedado el clero victoriosamente defendido de la tacha de codicioso con que se ha procurado afearle; y esto por el solo hecho de oponerse á la pérdida de sus propiedades, por manifestarse descontento de una indemnizacion, ya de suyo tan insuficiente; pero que ademas, atendidas las circunstancias de nuestra patria, seria por mucho tiempo enteramente ilusoria y nula. Pero como por mas peregrina y ridicula que sea la tal acusacion, ha llegado á ser por algunos creida, de puro inculcada, será bien detenerse un tanto en acabar de disiparla, echando mano de algunas reflexiones con respecto á la naturaleza de los bienes raices: de esta manera quedará manifestado, que el clero, procurando conservarlos, ha obedecido á un sentimiento el mas natural, mas justo y mas prudente.

Un instinto de conservacion comun á las clases, corporaciones, familias é individuos, los induce á trabajar para colocarse en aquel estado, en que se realicen mas segura y ventajosamente las condicio-

nes de su subsistencia. Un individuo, una familia, una corporacion, una clase, tienen sus necesidades; preciso es satisfacerlas: ese sentimiento es vivo, continuo, estimulante, y en él se encuentra el origen de tantos afanes como los atormentan. Pero no ocupa solamente al hombre el cuidado de adquirir; le aguijonea no menos el recelo de perder lo adquirido; y desconfiado y suspicaz á fuerza de los duros escarmientos que le ofrecen de continuo las vicisitudes humanas, se esfuerza sin cesar en poner sus riquezas á cubierto de los azares que consigo trae el curso de los tiempos. Esta es la causa por qué se le ve con frecuencia cambiar sus riquezas en otras menos cómodas, menos espléndidas, hasta menos productoras, con tal que encuentre en el cambio mayor seguridad, menos motivos de recelo: y he aquí por qué los individuos, y mucho mas las familias y las corporaciones, tienen siempre una irresistible tendencia á la adquisicion de bienes raíces; haciéndose sentir mas esa inclinacion en las familias y corporaciones, por la sencilla razon, de que pueden prometerse mas largo plazo de vida, y de que sus necesidades son mas amplias y duraderas.

Por poco que se reflexione sobre la materia, se verá desde luego la causa por qué forma el principal objeto de su anhelo la riqueza en bienes raíces; y es por ser la que presenta mas garantías de invariabilidad y duracion.

Un incendio consume en pocos instantes caudales inmensos; en una asonada de pocas horas, un

populacho feroz se reparte, destruye, desperdicia el fruto de largos sudores, el lisonjero resultado de especulaciones felices; en medio de una guerra, una irrupcion violenta del enemigo destruye cuantiosas riquezas industriales y mercantiles; y tanto entre enemigos como amigos, quien tiene á la mano muchas riquezas en dinero, ó en especie fácilmente cambiabile, corre peligro de estimular la codicia, ó de llamar la atencion de una autoridad en apuro, siendo víctima de esacciones desmedidas y violentas.

Mucho se amenguan todos estos peligros en tratándose de la propiedad territorial: establece por su misma naturaleza, destinados sus productos á cubrir necesidades de suyo menos variables, y menos sujetas á repentinas mudanzas, libre en su mayor parte de incendios, rapiñas y saqueos, satisfaciendo con suave regularidad las necesidades de su dueño, sin presentar aquel cúmulo brillante, que es un incentivo para la rapacidad, que da aliento para la crecida esaccion, y que mas de una vez induce al propietario al lujo y á la dilapidacion; atraviesa la propiedad territorial las épocas mas desastrosas; y si bien los trastornos y guerras privan al dueño de la percepcion de algunas anualidades, alcanzando á abrir en el capital algunas brechas, repáranse éstas con el tiempo, y la inteligencia en la administracion, y la parsimonia en los gastos, vuelven á levantar á los propietarios al mismo nivel en que antes se encontraban.

Las revoluciones y las guerras han dejado en pié muy poca cosa en Europa de tres siglos á esta parte; y sin embargo, las propiedades territoriales han resistido en muchos lugares á tamañas mudanzas; no siendo raro encontrarlas, que no han salido de una misma corporacion ó familia, por espacio de muchos siglos.

¿A qué vienen, pues, las declamaciones contra el pretendido apego del clero á sus intereses, si aun prescindiendo de las obligaciones que le imponen los cánones, de procurar la conservacion de sus propiedades, no hace mas que obedecer á un instinto, que no puede menos de traer consigo las corporaciones permanentes, y hasta los individuos? En las revoluciones, á pesar de ese calor, de esa foga-sidad que ostentan, se oculta no obstante, mas sagacidad y prevision de lo que algunos se figuran; pues se nota muy á las claras, que sus directores no olvidan ninguna idea que bajo cualquier aspecto pueda aprovecharles. ¿Y quién no ha reparado con qué destreza se ha usado contra las propiedades del clero el arma de la calumnia, presentando como sugerencias de la codicia, lo que no era mas que la espresion de la justicia, de la razon, y hasta de los instintos mas naturales?

El clero es clase muy numerosa, sus necesidades son muchas, sus atenciones innumerables y muy costosas, su duracion no se limita á esta ó aquella época, sino que se estiende hasta la consumacion de los siglos: ¿quién será, pues, capaz de presentar

mas robustos motivos de la conveniencia, utilidad, necesidad, de ser propietario? ¿Por qué, pues, hasta se le ha de echar en cara como un defecto, como un crimen, el inocente y natural empeño de serlo? Vaya que es cosa singular y peregrina pretender que el clero no solo haya de sufrir el despojo, sino tambien que haya de aprobarle.

Por cierto que para conocer á fondo las estravagancias de que es capaz el espíritu humano, no hay como presenciar una revolucion: entonces se crea una nueva moral, una nueva lógica, un nuevo lenguaje, por manera que no saldria uno del laberinto, á no tener á la mano una regla que puede servir para muchos casos, y es, que para acertar en el verdadero y real sentido de una palabra, es necesario tomarla al revés. A propósito de esto, he pensado varias veces que si un escritor de talento emprendiera la formacion de un Diccionario crítico-burlesco, no le habia de faltar ancho terreno donde campar podria el ingenio, dando al propio tiempo lecciones muy saludables. Profundo fué el pensamiento del autor que dijo, que en moral y política, con la revolucion francesa, se habia dado la vuelta al mundo.

VII.

Todas las consideraciones que acabo de esponer se mantendrian en su fuerza y vigor, aun cuando fuera verdad que el erario saliera de sus apuros por

á los ojos de la codicia los bienes del clero, como un cebo donde se podia echar la mano: la accion de un elemento depende siempre en gran manera de la esfera en que obra; y en sociedades que la ofrecen tan anchurosa como son las modernas, todos los bienes y los males toman un carácter grave, trascendental, inmenso.

Al verificarse los sucesos de la calamitosa época á que nos referimos, la misma estension del mal, y el carácter con que se presentaba, mostraban bien á las claras lo que habia de suceder con el tiempo; pero cuando se vió el desarrollo en toda su estension, cuando se divisaron las últimas consecuencias, fué en el último tercio del pasado siglo. Entonces, cuando se recogieron con tanto ahinco todos los elementos disolventes que estaban como esparcidos por la Europa, cuando se los combinó de la manera mas á propósito para elevar al mas alto grado de actividad, la estension y la malignidad de su influencia, entonces se redujo á una verdadera teoría la idea de usurpacion de los bienes del clero; entonces hasta se proporcionaron los datos que pudieran emplearse en nutrir con oportuna erudicion y ciencia, los discursos, los dictámenes, los prólogos; entonces se imaginaron todos los paliativos y disfraces, entonces se crearon las nuevas palabras para que fuese mas fácil y espedito el formular las leyes.

Siguieron bien pronto los hechos á las doctrinas, y en las medidas tomadas por algunos gobiernos,

quienes seguramente distaban mucho de prever la terrible tormenta, que estaba tan cercana, notábase ya que las teorías pasarían á ser proyectos, y que estos se irían realizando segun á ello se brindaran las circunstancias. Es cierto que por parte de algunos principes hubo mas osadía y desatiento de lo que podia suponerse; sin embargo, si por medio de gobiernos regulares hubieran tenido que llevarse á cabo las últimas consecuencias de ciertas doctrinas, es probable que se habria gastado en ello mucho tiempo, y que algunas reconvenções, un poco de oposicion, y las lecciones de la esperiencia, habrian podido prevenir muchos males. Sean las que fueren las ideas de los gobernantes, si el pais no está en revolucion, puede asegurarse que será siempre cosa difícil el que el gobierno se arroje á cometer esas grandes espoliaciones. No bastaban las intenciones, los deseos, ni siquiera una voluntad decidida; se necesitaba algo mas, se necesitaba prescindir de toda clase de consideraciones, no atender, ni á lo pasado, ni á lo presente, ni á lo venidero; se necesitaba tener bastante resolucion para trastocar todos los nombres, para combatir de frente las mas arraigadas creencias, y así es, que la completa realizacion de semejantes planes, pertenecia de derecho á la personificación de todos los crimines y delirios, y á la revolucion francesa.

Un gobierno regular es á veces malo; pero el instinto de su propia conservacion le inspira siempre algunos miramientos y consideraciones; estará en-

fermo, ó mal humorado, mas no en convulsion y delirio. Que si á tal estado llegare, es que el pais está en revolucion, y entonces es el tiempo á propósito para las empresas mas atrevidas. Nada extraño aparecerá, pues, que el Sr. Mendizabal, recordando estas verdades, hiciera de ellas uso, al presentar á las cortes el proyecto de supresion del diezmo y de adjudicacion de todas las propiedades del clero al tesoro público. Es muy curioso el oír á S. S. al presentar á las cortes su proyecto en 30 de Mayo de 1837. Despues de haber dicho “que estas grandes mudanzas (habla de la supresion del diezmo y adjudicacion de todos los bienes del clero al tesoro público) no pueden intentarse sino en aquellas sacudidas, grandes tambien, en que los pueblos rompen y arrojan lejos de sí las ligaduras,” &c., &c., continúa un poco despues: “Las cortes, bien penetradas de que las revoluciones, si producen inevitablemente desdichas, son al mismo tiempo el manantial mas seguro de la felicidad pública por la enmienda de vicios y la estirpacion de errores, *no han querido malograr la coyuntura con que brinda el estado presente de la nacion.*”

Por cierto que no necesitábamos de que el Sr. ministro de hacienda nos revelara semejantes verdades, pues que harto sabemos por la historia y la esperiencia, que los grandes despojos son propios de la revolucion, sea que los pueblos la promuevan, sea que desatentamente se arrojen á ella los gobiernos. Pero como para formar cabal juicio de una

medida, es siempre muy útil saber el espíritu que la sugirió y las circunstancias que la acompañaron, no puede menos de ser muy saludable el recordar que el ministro de hacienda que propuso la abolicion del diezmo y la adjudicacion de todas las propiedades del clero al tesoro público, y las cortes que lo aprobaron, estaban en la idea de *no malograr la coyuntura*, y en la íntima persuasion de que las revoluciones son el manantial mas seguro de la felicidad pública. Es decir, que se hallaba entonces la nacion en tal estado, que el ministro y las cortes proclamaban la revolucion, presentándola como el mas seguro medio de hacer la dicha de los pueblos. Tamaños antecedentes será menester que se tengan muy á la vista, si algun dia se trata con seriedad de remediar los males de esta nacion desventurada; si algun dia se trata de cerrar los abismos que se hallan abiertos por todas partes; si algun dia se trata seriamente de cerrar el cráter de las revoluciones.

Es necesario recordar que la coyuntura que trataba de aprovechar el Sr. ministro y las cortes, habia provenido de una *sacudida grande* tambien; y tan grande, que principió en el año 34 por el asesinato de sacerdotes inocentes; que continuó en 35 con el incendio de los templos, el degüello de los religiosos y la destruccion y desperdicio de nuestras mas ricas preciosidades, que en el 36 prosiguió de manera tan hidalga, como lo indican las proezas de la Granja, el clavar el puñal asesino en

el pecho del desgraciado Quesada, y el salpicar las calles de Pamplona y Miranda con la sangre de Sarsfield y de Escalera.

He aquí algunos rasgos de la célebre *sacudida*, he aquí la época en que se trató de despojar al clero de sus propiedades: yo nada ecsagero, solo apunto los hechos, hago notar las coincidencias, y pregunto á los hombres, en cuyas manos está el que se lleven á cabo las medidas proyectadas, mas no realizadas, si desean que sus nombres pasen á la posteridad con manchas indelebles, si no pudiendo siquiera alegar la excusa de que son hechos consumados, pues que no lo son, desean que pueda la generacion actual y las venideras decirles: "Ellos dijeron: despojemos al clero, vosotros lo ejecutásteis, vosotros dejásteis sin alimento al sacerdote venerable, á la inocente vírgen del claustro; á vosotros tampoco os movió el respeto debido á la religion y á la inocencia, tambien despojásteis cruelmente al sacerdote anciano que os habia educado, al jóven que fuera un dia vuestro compañero y amigo; y no escuchásteis los gemidos de vírgenes desamparadas, que nada os pedian sino que no les arrebatáseis su pedazo de pan, y el velo que cubre sus frentes virginales. ¡Ah! vosotros olvidásteis que érais españoles."

Las horrorosas escenas de la revolucion francesa, y los desastres que acarreo á toda la Europa, fueron para los gobiernos un escarmiento terrible; se han convencido de que hay ciertas materias en

que es menester andar con mas tiento de lo que se habia creido; han llegado á palpar que dado un paso no es siempre fácil, y á veces ni posible, evitar otros; y que en llegando á la basa de la sociedad, es menester no atreverse á tocarla, por no esponerse al riesgo de que se desplome todo el edificio. Así es, que en tratándose de propiedad, sean cuales fueren las formas de gobierno establecidas en el pais, van con sumo cuidado los gobernantes en no llegarse á ella, temiendo que no se menoscabe en lo mas mínimo el respeto debido á un derecho, que á mas de ser muy sagrado, entra por precision en la misma esencia de la sociedad: ahora puede ya asegurarse, que la nacion que ofrezca el espectáculo de espoliaciones de ninguna clase, será mirada, cuando menos, con mucho desvío y desconfianza.

Y no procede esto de ningun espíritu de reaccion, ni de ecsagerados temores de disturbios: es un sentimiento sugerido por el mismo instinto de conservacion, es una línea de conducta marcada por la razon y esperiencia. En el momento en que la propiedad deje de ser inviolable, la sociedad se disuelve, porque entonces es ella un absurdo: y si en algunos paises subsiste, á pesar de no hallarse la propiedad asegurada cual debiera, es porque en tales casos, el buen sentido de los hombres, y el instinto de conservacion social, suplen en cuanto cabe, el vacío de las instituciones y de las leyes; no permitiendo que desaparezca con demasiada frecuen-

cia una de las mayores ventajas que el hombre reporta de la sociedad, que deje de satisfacerse una de las necesidades mas capitales, y que por consiguiente, se caiga á pedazos el edificio social, sintiéndose cada individuo impulsado á alejarse de él por una fuerza irresistible.

Y efectivamente: el dia que el respeto á la propiedad, ó desaparezca enteramente, ó llegue á ser una mentira, por razon de atribuirse al gobierno la facultad de disponer de ella con livianos pretextos, manteniéndose el hombre en el órden social, ¿qué hace sino esponer sus riquezas á la vista de la codicia y de la iniquidad armadas de la fuerza? contribuyendo los ciudadanos al sosten de ese gran centro de accion que se llama gobierno, ¿qué hacen sino sostener una fuerza colosal, que prevaleciendo sobre todas las otras, podrá convertirse en arma terrible de que se valdrán los malvados para cometer las mayores usurpaciones?

Si se medice que ecsagero, que abulto los peligros que llevo sobrado lejos las consecuencias, responderé con un hecho: en Francia se empezó por atacar contra los bienes del clero, y pasado un brevísimo espacio, no habia ya ninguna propiedad segura; era un crimen tenerla, porque habia el incentivo de usurparla. Lo digo con la mas profunda conviccion: una vez atacada la propiedad del clero, no hay ya medio legal para salvar las otras; todo lo que se dice contra ella, puede alegarse contra ellas y en muchas con encarecimiento.

Creo que podré dispensarme de disipar los fútiles y dolorosos argumentos con que se ha pretendido combatirla en su mismo derecho: porque dudo mucho que haya ni un solo jurista, que en esta parte abrigue sériamente convicciones opuestas. Y en efecto: ¿Qué puede decirse contra tal derecho, que tenga ni siquiera una sombra de razon, ni la mas ligera apariencia? ¿Qué se pide? Si se pide posesion, es antigua, inmemorial, anterior á todas las otras; su cuna se confunde con la cuna de la monarquía; si se piden títulos de legítima adquisicion, ahí están todos los archivos, todas las curias; si se pide la facultad de adquirir, el que esté consignado en las leyes el reconocimiento del derecho, y garantida la seguridad de conservar lo adquirido, abrid todos nuestros códigos, preguntadlo á todos los tribunales. ¿Qué, habrá todavía quien ose decir que no son capaces de propiedad las corporaciones? ¿y por qué serian incapaces? ¿no tienen ellas una ecsistencia, no tienen sus necesidades, no tienen un derecho á satisfacerlas? pues ¿por qué no han de tener una facultad de adquirir los medios de subsistencia, por qué no han de tener un derecho de conservar estos medios una vez adquiridos? ¿Qué filosofia es esta que se empeña en luchar con razones mas claras que la luz del dia, reconocidas como á tales en todos los pueblos, y sancionadas por la legislacion de todos los paises? ¿Acaso no estamos rodeados de corporaciones que poseen propiedades? ¿Y la nacion que algunos quieren suponerla verda-

la apropiacion de los bienes del clero; pues no hay razon alguna para quitar la propiedad, ni á un simple ciudadano, ni para objeto de utilidad pública, sin que se le indemnice desde luego con algun equivalente seguro y efectivo. Pero ciertamente, que no necesito dejar como supuesto lo que es evidentemente falso; pues tan lejos estará la indicada medida de mejorar en nada nuestra decaida hacienda, que antes bien le aumentará los aprietos y compromisos.

Ante todo es menester recordar y dejar bien asentado un hecho muy importante en la materia, y reconocido por todos aquellos que habiéndose ocupado en recoger datos sobre el mismo terreno, tienen algo mas en su cabeza que un caos de sistemas y palabras. Este hecho es, que los bienes del clero, aun contando entre ellos la parte que percibia del diezmo y de sus otras obvenciones, deducidas empero las cargas con que por diferentes títulos se hallaban gravados, no alcanzaban á mas, ni aun en tiempos bouancibles, que á cubrir con mediana decencia las precisas necesidades de manutencion de los ministros, y atenciones del culto. Inútil es insistir sobre este punto, ya que debe suponerse como indudable para cuantos hayan visto las cosas de cerca, para quien haya observado cuál se desvanecen como sombras el pretendido esplendor y opulencia.

Daré de mano á la indotacion en que se hallan muchas parroquias, lográndose á duras penas que

el ministro de Dios no haya de andar mendigando su sustento, ú ocuparse en tareas ajenas de su estado, y depresivas de la dignidad de su ministerio; pero aun ciñéndonos al clero de las grandes poblaciones y de las catedrales, puede decirse que los beneficios van reduciéndose á títulos nominales, y que las prebendas en otro tiempo muy pingües, bastan apenas para proporcionar decente mediana al canónigo y al prebendado.

Quien desee asegurarse de la verdad de semejante aserto, no tiene mas que preguntarlo á cualquiera que esté en datos sobre la materia; pero no dejaré este punto sin presentar una reflexion que estará al alcance de todos los lectores, y no escogirá de ellos sino que den una mirada en torno. Es innegable que entre el clero no hay ni lujo, ni disipaciones de ninguna clase; y no lo es menos que á su sombra, ni por su herencia, no se crean ni aun las mas escasas fortunas: si pues descontadas las obligaciones, quedaba del producto de sus bienes algun sobrante, ¿dónde está el aumento de sus posesiones territoriales? ¿dónde los tesoros? ¿vense ahora como antes las costosas construcciones de esos magníficos templos, que nos recuerdan á la vez la religiosidad de nuestros mayores, y la antigua riqueza de la Iglesia?

Para convencer plenamente á los que tuvieren algun reparo en dar crédito á estas aserciones, citaré una autoridad que en la materia ha de ser irrecusable, pues que será la del mismo Mendizabal,

rán mucho sus fortunas; pero nuestros propietarios no disponen de considerables cantidades de numerario para presentarse á competir en el mercado; no pueden reunir tampoco esos montones de papel, que con varios é ingeniosos títulos y transformaciones, representan mas ó menos legítimamente, capitales inmensos; y sobre todo, no entienden ellos ni de intrigas de oficinas, ni de manejos de bolsa, ni de operaciones de banco. ¿A dónde irán á parar esos bienes? ¿por qué decirlo? ¿quién lo ignora? bien lo sabe la nacion entera, bien alto ha levantado ya sus quejas y lamentos.

El valor de los bienes del clero secular no escede de 2.000 millones: lo que suponiendo que produzca un 3 por 100, dará un rédito de 60 millones; y con estos contaba el Sr. Mendizabal que se iria atendiendo á las urgencias presentes, mientras que con la enagenacion que se iria verificando por series en el espacio de 6 años, saldria la nacion de otros apuros y ahogos. Poner en manos ajenas la administracion de unas propiedades cuyo valor asciende á 2.000 millones, y contar que llegará al erario un 3 por 100, para mí no necesita refutacion: apelo al sentido comun.

¿Y qué diremos de la entrada en el erario de los 2.000 millones valor de las fincas? No seré yo quien haya de indicar los riesgos, mejor diré la certeza de malversacion en esa clase de operaciones: la opinion pública está bien decidida sobre el particular, y se ha pronunciado de una manera

nada ambigua, esceptuando á los solos interesados: todos confiesan el ningun provecho que se ha reportado de la enagenacion de otras fincas: lo que ha sucedido es infalible indicio de lo que sucederá.

No me parece que se necesiten ni muchos conocimientos económicos, ni larga práctica de administracion para formar juicio sobre la materia; basta el sentido comun para decidir, si es imprudente, si es desacertado el sacar á venta un gran cúmulo de bienes, rebajando con la misma abundancia el precio, estimulando la codicia de grandes capitalistas, ofreciendo pábulo á toda clase de injustas especulaciones y dolosos manejos, abriendo la puerta á ocultaciones y dilapidaciones, encarándose la vigilancia de solo el gobierno con la astucia del interés particular, y este atraido por tan sabroso cebo, y cubierto en sus tortuosos caminos con tanto disfraz como de suyo presenta el desórden y la confusion en que se hallan y se hallarán envueltos por mucho tiempo todos los ramos, merced á tan dilatada serie de calamidades y trastornos. Alléguense á todo esto los embarazos, las complicaciones, los crecidísimos gastos, los deterioros que consigo traen por necesidad esas traslaciones colosales de bienes; y con la mano puesta sobre el pecho, díganme todos los hombres honrados, si encuentran nada estraño el que desaparezcan como por encanto considerables propiedades, que antes alcanzaban á llenar con desahogo muchas atenciones, y sin que ahora alivien en nada la suerte de la nacion,

y sin que se vea otro resultado que la improvisacion de algunas fortunas particulares.

Cuando un particular, una corporacion ó una clase tiene sus medios propios de subsistencia, es un gran desacierto del gobierno el encargarse de su manutencion por el atractivo de apoderarse de sus bienes. El interés particular, como acicate que estimula muy vivo y muy de cerca, produce siempre mas cuidado, mas vigilancia, mas prevision; y como no está distraido por los infinitos negocios que reclaman la atencion de un gobierno, y palpa de cerca sus necesidades, y sus daños y ventajas, logra con su industria que una propiedad alcance á donde no alcanzaria jamas, si se colocara en manos no interesadas; y de aquí es que siempre es muy arriesgado el juzgar de lo que será una propiedad en manos del gobierno, por lo que es en manos del propietario; pudiendo asegurarse, que ora se trate del producto de sus rentas, ora del valor del capital, sufrirán uno y otro considerable rebaja.

Ciertamente que no se alcanza cuál es la ventaja que puede reportar el estado de sobrecargarse con la obligacion de cubrir por medio de contribuciones lo que estaba ya cubierto por medio de antiguas rentas. La sola complicacion cada dia creciente, en que van enredándose todos los ramos, y la multiplicacion de oficinas y empleados, deberia ser bastante para retraer de semejante propósito; porque para todos los hombres pensadores es bien eviden-

te que las sociedades modernas tienen un gran problema que resolver: y es, cómo podria lograrse que hubiese menos gobernantes y administradores, y por tanto menos aspirantes á administracion y gobierno, que fuese menos costosa á los ciudadanos la máquina de gobernar y administrar, y se disminuyeran las probabilidades de disturbios y trastornos; pero aun prescindiendo de esta consideracion general, y concretándonos á España, no acierta uno cómo pueda esto caber en una cabeza bien organizada.

La ley no se ha ejecutado todavía, méditenlo bien los hombres que pueden remediar tamaños males: si los bienes del clero secular continúan en sus manos, tendrá el clero al menos esto con que contar; los productos no serán ilusorios; y si no se alcanza con ello á cagar el abismo, al menos no queda tan profundo.

La esperanza de mejorar el crédito público es otra de las ilusiones con que se ha pretendido alucinar á los españoles: pero las incontestables razones con que se ha evidenciado la nulidad de los productos que han de resultar de la venta, y los nuevos embarazos y calamidades que consigo han de traer los nuevos impuestos, basta para demostrar que el crédito es aquí una palabra, y una palabra de engaño. A un estado, lo mismo que á una familia, cuando su crédito ha sufrido considerable menoscabo, pero quedándole todavía abundantes recursos, no es lo que puede sacarle del abatimien-

to el proporcionarle una cantidad mas ó menos crecida: lo que se necesita no son remedios de momento, que bien pronto se convierten en verdadero daño; lo que se necesita es la parsimonia en los gastos, la proporcion de estos con las entradas, vigor y cuidado en la administracion, minuciosa vigilancia sobre los que manejan los caudales; y sobre todo procurar la produccion de nuevas riquezas por medio de mucha actividad, mucha industria, mucho trabajo. De esta manera se ataja el mal en su raiz, se evitan las malversaciones, se cubren los atrasos, se reparan las quiebras y se satisfacen con desahogo las necesidades presentes: con los ahorros y el aumento de la produccion, se amontonan capitales, y á la vista de una prosperidad siempre creciente, de la actividad de todas las clases, de la buena fé del gobierno, de la tranquilidad de la nacion, el crédito se restablece, se afirma, se aumenta; y todo esto sin injusticias, sin perjuicios, sin escándalos; sino con empírica prontitud, al menos con suavidad y solidez. Cuando tan amargas experiencias han venido á desmentir repetidas veces la ilusion que un momento pudieran hacer palabras tan pomposas como huecas, parece que es ya tiempo de entrar en el camino de la razon y del buen sentido; parece que es ya tiempo que en los actos del gobierno entre en mayor cantidad algo de aquella grave cordura que caracterizaba á nuestros ilustres mayores: y una nacion que tanto ha padecido, parece que tiene derecho de escisir, que se

busque sériamente su remedio, y que con vanos pretestos de utilidad pública, no se la chupe tan cruelmente su sangre para saciar la codicia de hombres inmorales.

VIII.

La circulacion de abundantes capitales, la mayor distribucion de la riqueza, la consiguiente vivificacion de la agricultura, industria y comercio, y un mayor grado de bienestar para las clases mas numerosas, son el halagüeño resultado que ha de traer la enagenacion de los bienes del clero, si nos atenemos á lo que propalan los interesados en la operacion, y lo que creen, tal vez de buena fé, algunos que se imaginan saber de economía política, porque han leído algunos libros que tratan de ella. A propósito de esta ciencia, y por mas que se precie de positiva, tengo para mí que le acaece lo propio que á muchas de sus hermanas: hay tambien en ella ciertas proposiciones, que á fuerza de ser inculcadas como principios, llegan á entrar en pacífica posesion de tan distinguido título; obsérvanse con mas ó menos esactitud algunos hechos, y dedúcense de ellos algunas consecuencias, que en realidad valen lo que pueden, pero que merced al tono decisivo de algunos maestros, y á la docilidad

de los discípulos, son tenidas como legítimas; resultando de aquí, que segun todas las probabilidades, andando el tiempo deberán de hacerse en ella considerables enmiendas. No es este el lugar de estenderme sobre esta materia, y así concretándome á las relaciones que tiene con el objeto que me ocupa, llamo muy particularmente la atencion del lector imparcial sobre las reflexiones siguientes.

¿Qué nuevos capitales circularán con la enagenacion de los bienes del clero?—El valor de las fincas.—¿Y cómo circulará este valor? la palabra circulacion espresa un movimiento continuado, y si entendeis que se ha de estar comprando y vendiendo sin cesar, pretendeis un imposible, y un imposible que aun dado por supuesto, no traeria consigo ningun provecho; antes bien, como equivaldria á una perenne dislocacion de propiedades, no podria menos de ser altamente funesto.—No queremos decir eso, sino que una venta tan colosal ya de suyo, provocará un gran movimiento mercantil, y este en tales materias es siempre muy favorable.—Yo confieso que la sola venta provocará un gran movimiento, una viva circulacion; pero observaré tambien que es un error muy capital el suponer que una circulacion cualquiera sea siempre útil, pues la puede haber inútil y aun dañosa. Un ejemplo muy sencillo aclarará y apoyará mi modo de pensar: en el cuerpo humano decimos que es saludable aquella circulacion que verificándose con suave regularidad, lleva á todos los órganos y miem-

bros la vida, la salud y lozanía; pero aquella circulacion que dimana de una causa violenta y pasajera, que se circunscribe á ciertas partes, y que rápida y febril es solo á propósito para acumular sobre un punto determinado los humores ó la sangre, y provocar irritacion y enfermedades, tal circulacion, lejos de ser saludable, es perjudicial y funesta; con la venta de los bienes del clero habrá circulacion, es verdad, pero violenta, y por tanto poco duradera, encerrada en los límites de las bolsas y bancos; circulacion que acumulará inmensas riquezas en manos de unos pocos capitalistas, y que no llevará ni un átomo de provechoso jugo á la agricultura, á la industria, y al verdadero comercio.

—Pero desestancados esos bienes, salidos de manos muertas, y trasladados á manos libres, podrán despues pasar á manos de las clases productoras: y he aquí un beneficio inestimable.—A esa réplica contestaré con una observacion que estará al alcance de toda clase de lectores, y dirigiéndome á los labradores, á los fabricantes, á los comerciantes, les pregunto: cuando tratais de adquirir alguna finca ¿qué es lo que comunmente os hace falta? ¿es la proporcion conveniente, ó el dinero? ¿os habeis hallado jamas con una cantidad, por mas considerable que fuere de numerario, sin encontrar propiedades en cuya compra pudiérais emplearle? ¿Os habeis visto nunca precisados á dirigiros al estragero para encontrar donde invertir vuestro numerario por no encontrar fincenas en España? ¿Os habeis visto nun-

al presentarse á las cortes á proponer el despojo del clero: decia así: "ya pasaron los tiempos en que los individuos de los cabildos catedrales obtenian retribuciones capaces de hacerlos vivir en la opulencia. Las mitras con mas crédito de ricas, lo mismo que los canónigos y prebendados, apenas reciben hoy, segun sus diferentes dignidades, lo puramente ajustado á una no ahogada decencia, porque respecto á los cabildos catedrales de las provincias menos feraces ó no tan productoras, es sabido que ni están libres de apuros, ni les faltan estrecheces." Observa luego despues S. S. que estas bajas no proceden de las agitaciones políticas, y pondera la escasez en que está el clero parroquial, asegurando que "la suerte del párroco es casi siempre mezquina."

Asentado ya que ni aun en tiempos bonancibles las propiedades del clero, aun contando entre ellas el diezmo y todas las otras obvenções, no escedian del capital indispensable para llenar las obligaciones mas precisas de su sagrado destino, claro es, que si llega el erario á apoderarse de estos bienes, como tiene en consecuencia que cargar con sus obligaciones, no reporta ningun beneficio, pues no lo es la posesion de unos bienes que lleven consigo una carga igual á sus productos. En el presupuesto habrá de figurar el mantenimiento del clero y los gastos del culto; y si capitalizada la asignacion del presupuesto, ha de elevarse hasta el valor de los bienes del clero, y si quitada al pueblo una

carga se le ha de agobiar con otra, ¿dónde está el beneficio? Es un error el creer que este presupuesto pueda disminuirse mucho por medio de la reduccion del número de ministros; este número no es excesivo, dígase lo que se quiera; es el necesario y no mas: y si á esto añadimos los grandes vacíos que ha dejado por todas partes la repentina desaparicion de las comunidades religiosas, difícil será que el clero, tal como estaba antes, alcance á cubrir muchas de las imprescindibles atenciones de su ministerio. Que si se trata de reducirlo todo sin ninguna consideracion, como seguramente no falta quien lo desea, entonces ya no queda dificultad: disminuir de continuo el número de ministros, cercenarles hasta el preciso alimento, dejar el culto en el abatimiento y en la indecencia; y en tal caso podrá el presupuesto llegar á cero.

Con la sola abolicion del diezmo, se abrió un abismo, y abismo tan profundo, y que tan claramente se presenta á los ojos, que nadie hasta ahora se ha atrevido á salvarle, incluso los mismos que se empeñaron en presentarle como terreno llano, y sembrado de flores y de frutos. Así hemos presenciado el singular espectáculo de las dilaciones anuales para llevar á cabo una medida, que á dar crédito á lo que decia el ministro de hacienda en su memoria, no parece sino que habia de poner fin á todos nuestros males, labrando un porvenir de prosperidad y ventura. La ley se dió, pero el problema está por resolver; se le ha llamado á todos los ter-

renos, se le ha mirado bajo todos aspectos; y tanto en sus relaciones religiosas, como sociales, políticas y económicas, no se ha encontrado medio de salir del paso; aquí se ha visto, se ha palpado, que no es lo mismo hablar que obrar.

El mismo ministro de hacienda, que tanto trabajó para que sus proyectos se elevaran á la esfera de leyes, ese ministro á cuyos ojos naturalmente debian de rebajarse mucho todos los obstáculos que podian embarazar sus planes, no pudo menos de señalarnos el déficit inmenso que resultaba de semejante medida, 153 millones para el culto y el clero, 20 millones para indemnizar á los partícipes legos, y unos 56 millones para indemnizar el erario que en tal caso los pierde por dejar de percibir lo que le tocaba de tercias, novenos, escusado, subsidio, &c., &c.: he aquí un déficit de 229 millones. Añádanse á esto 10 ó 12 millones, minimum de asignacion, segun el mismo Mendizabal, para establecimientos de instruccion y beneficencia, y resultará por confesion del mismo ministro, un déficit de 240 millones anuales.

Este es el déficit confesado; déficit que por cierto no seria fácil llenar; pero ¿es el verdadero? ¿puede asegurarse que no sea mucho mayor? bien merece esto la pena que nos tomemos en examinarlo.

El solo presupuesto de manutencion del culto y del clero, segun se halla en el proyecto presentado por Mendizabal á las cortes en 30 de Mayo de 1837, asciende á 153 millones. Por de pronto conviene

observar que en la memoria presentada por el mismo ministro á las cortes en 21 de Febrero de 1837; decia que se necesitaban para el mismo objeto 380 millones por lo menos; de manera, que en el breve espacio de tres meses, menguó el presupuesto, segun los cálculos del ministro, desde 380 hasta 153 millones; es decir, que le alteró en la enorme cantidad de 227 millones; y esto sin contar disminuido el número de eclesiásticos, pues que si en Febrero le calculaba de 28.000, así mismo le estimaba con corta diferencia la Comision de cortes, al presentar el proyecto de arreglo del clero en Mayo del propio año. Me parece á mí que en materias de tanta gravedad é importancia, un ministro de hacienda que se dirige á las cortes, y que habla á la faz de la nacion, debiera haber procedido con mas cuidado, al menos por no esponerse á que se le eche en cara una ligereza casi increíble, y para que no haya quien le advierta, que la ligereza y precipitacion son infalibles anuncios de errores y desaciertos.

Para formar cabal juicio sobre la materia, es necesario observar, que cuando se calcula el número de eclesiásticos necesarios para España, se olvida por lo comun, un dato de mucha consideracion, pues que se estriba sobre lo que de sí arrojan los estados de las parroquias existentes, sin pensar en el vacío que ha quedado con la desaparicion de las comunidades religiosas. Todos sabemos que no solo en las grandes poblaciones, sino tambien en las aldeas y campiñas, recaia sobre los

religiosos una gran parte de lo que se llama cura de almas; pues aun cuando no fueran ellos los párrocos, eran no obstante los auxiliares de estos, en toda clase de funciones. Al señalarse la estension y límites de las parroquias, se habia contado con este auxilio, y hasta dar una ojeada á muchas poblaciones, para ver que en adelante no será posible satisfacer ni aun las necesidades mas urgentes, si de un modo ú otro no se provee de remedio.

Prévias estas observaciones, échase de ver que es preciso escoger otra base; y la única que en esto se ofrece es el censo de la poblacion; llevando empero en cuenta lo desparramada que se halla en inmenso terreno. Si tomamos, pues, la poblacion por base, señalando por término medio dos solos sacerdotes para cada mil almas, (y por cierto que nadie dirá que pido demasiado,) y teniendo presente que el censo es á lo menos de 12.500.000 almas, tendremos que el clero parroquial reducido á su mínimum, será ya de 25.000 sacerdotes, y señalándoles por término medio la módica cantidad de 5.000 rs. asciende el total á 125 millones anuales; asígnense para las fábricas 60 millones, cantidad que aun no llega á la mitad de la manutencion de los ministros, y tenemos que el solo presupuesto parroquial se eleva á 185 millones.

Para formar un cálculo aprocsimado del presupuesto del clero catedral, recordaré que la comision del arreglo del clero le estimaba de mas de 16 millones: téngase presente que la comision estribaba

en el supuesto de muchas supresiones, lo que daba una parte de clero escedente cuya manutencion ascendia segun la misma comision á mas de 16 millones: y tendremos ya mas de 32 millones: y si recordamos que las comisiones andaban á la sazón poco generosas, tanto que el mismo Sr. Mendizabal se veia precisado á abogar en favor del clero, pues sabemos por él mismo, que se empeñaba en que el presupuesto subiera de algunos millones, resultará que reducido todo al mínimum, se habrán de añadir, cuando ménos, 8 millones, necesitándose para el solo clero catedral un presupuesto de 40 millones.

Si añadimos á todo esto la manutencion de los seminarios conciliares, el servicio y conservacion de tantas iglesias, que no son ni parroquiales ni catedrales, y tantos otros gastos como salen al paso en estas materias, y llevamos en cuenta que no es posible pasar sobre todo esto el nivel arrasador, encontraremos que por mas que se regatee y cercene, ha de asignarse un presupuesto de 40 millones.

Resulta, pues, que la sola manutencion del clero y los gastos del culto, asciende al menos, á 265 millones.

La indemnizacion de los partícipes legos, segun los cálculos del Sr. Mendizabal, no baja de 20 millones; pero es digno de notarse que él mismo recelaba de que seria algo mayor esta cantidad, pues que decia "podria suceder que el cálculo de 20 millones, como valor de los derechos de los partícipes legos, fuese inferior á la realidad."

Por lo que toca á los establecimientos de beneficencia, el modo con que de ellos habla el ministro, manifiesta bastante que andaba como á tientas en la materia; y es probable que la asignacion que les hace de 10 á 12 millones, estibarà en antecedentes tan poco seguros como hemos visto de los otros.

Suponiendo, pues, que la indemnizacion de los partícipes legos y establecimientos de beneficencia, requieran juntos 40 millones, suposicion que por cierto no es escesiva, recordando ademas que la indemnizacion del erario sube á 56 millones, y reuniendo todas estas sumas, resultará á lo menos un déficit de 361 millones anuales; déficit enorme que no es posible cubrir; y así ya no ha de parecer extraño que todos los gobernantes, calculándole mas ó menos aprosimadamente, hayan retrocedido á su vista.

¿Y qué medios se propusieron para cubrir este déficit? dos, que son las contribuciones, y los réditos de las fincas de clero secular. Dejaré al Sr. Mendizabal el formar sus cálculos, ya sobre el producto de una contribucion, ya sobre el aumento de otra; no le negaré que en el papel, con números, se puede cubrir el déficit; pero no será lo mismo en la realidad, y con dinero: y estoy seguro que conmigo pensarán todos los hombres inteligentes: será necesario oprimir, vejar, desangrar, y aun será problemático el salir del paso.

Esperar ningun buen resultado de una nueva

contribucion, sea cual fuere su base y su norma, es un despropósito: cuando es tan lamentada la falta de datos estadísticos, tan embarazosa y costosa la recaudacion de los actuales impuestos, cuando los pueblos claman á voz en grito contra el peso que los agobia, difícil será atinar dónde pueda asentarse el pié para dar un solo paso, que no sea sumamente peligroso; pero como quiera, y atendido el estado de nuestra riqueza, bien se deja entender que al fin la propiedad territorial ha de ser la víctima. Y ¿se ha pensado bastante en la gravedad de la medida? ¿se ha pensado bastante en la inmensa altura á que se ha de elevar una contribucion que haya de llenar tan profundo vacío? ¿se ha fijado la atencion en la sorda resistencia que en el pago opondrán los pueblos, mayormente cuando será imposible hacerles creer que sus sacrificios lleguen al legítimo destino, avivada mas y mas su desconfianza y suspicacia, cuando hayan presenciado el despojo que habrá sufrido el clero? ¿Será menester acabar de sufocar nuestra desfallecida agricultura, sin alcanzar otro resultado que concitar la indignacion de los pueblos, y complicar hasta un punto increíble el caos de la hacienda?

¿Diráse quizás que nuestros labradores mejorarán sus fortunas, cabiéndoles parte en la distribucion de las fincas enagenadas? ¡Ah! bien cierto es que á los compradores no les han de salir muy caras: sí, bien cierto es que los compradores mejora-

ca embarazados por esa mole de bienes amortizados que, si escuchamos á ciertos hombres, tienen en agobio, en oposicion á la nacion entera? Gracioso ademas seria por cierto que pudiéramos oír las respuestas verbales; me parece que las habria chistosas y peregrinas.

¿Qué significan ahora las declamaciones contra los perjuicios que acarrea el acumulamiento de bienes en manos muertas? ¿A qué viene andar á caza de lo que se escribió sobre esto en otros tiempos? No trato yo de juzgar las intenciones de nadie; y así prescindiré de las que pudiera tener el conde de Campomanes, al amontonar el caudal de erudicion que sirve todavía de repertorio á aquellos hombres que, escasos de lectura y faltos de saber, nutren sus escritos y discursos con los materiales recogidos con afan en los trabajos de la anterior velada. El conde de Campomanes es uno de aquellos cuantos hombres ilustres que figuraron en España en el último tercio del pasado siglo; hombres de un mérito indisputable sí, pero mérito que aguarda todavía el fallo de la historia para ser calificado cual debe, y estimado en su verdadera medida. Fué aquella una época muy calmada en apariencia; pero era la calma que precede los grandes acontecimientos; cuando estos se hayan desarrollado en toda su extension, cuando la ceguera y el furor de las pasiones y partidos cedan su puesto á la imparcialidad y á la templanza, entonces vendrá la filosofia de la historia, y señalará su lugar á las cosas y á los

hombres. Pero sea lo que fuere de otras épocas y circunstancias ¿quién no advierte, que se han pasado los tiempos y las revoluciones, que se ha cambiado la faz de todas las cosas, y que lo que un día fué objeto de rivalidad y envidia, es ahora digno de proteccion y de lástima? ¿Quién no advierte que atendido el espíritu del siglo, la posicion que han ido alcanzando nuevas clases, y á la misma índole de la nueva riqueza que ha obtenido tan notable preponderancia, es ya imposible que la posesion de bienes por parte del clero acarree ningun perjuicio á las otras clases, que es imposible el que las riquezas se amontonen en sus manos, y que los temores que en otro tiempo fueran ecsagerados, ahora son hasta ridículos?

Al escuchar á esos hombres de un saber falso y postizo, que se atavia con erudicion indigesta é importuna, y con pensamientos ajenos, no parece sino que hay una tan estrecha relacion y dependencia entre la venta de los bienes del clero y el fomento de la industria y el comercio, que en aplicando el específico hase de sentir inmediatamente la eficacia del remedio. No seré yo quien esté de parte de la igualdad excesiva de las riquezas territoriales, ni quien niegue que una proporcionada division de las propiedades pueda producir considerables ventajas; observaré no obstante, que la historia de la industria y comercio no muestran esa tan estrecha dependencia entre la prosperidad de estos ramos, y la mayor subdivision de las propiedades territo-

lleve á efecto el despojo del clero: si desperdiciáis ocasion tan oportuna para impedirlo, como os ofrece el hallaros sentados en los escaños de las cortes, y en el momento en que el gobierno va á consultar cuál es sobre eso vuestra voluntad, si lo provocáis, si lo consentís, y si en alguno de los torbellinos de la revolucion se levantan un dia millares de brazos armados con el puñal, con el hacha y la tea incendiaria; si en nombre de la libertad, de la igualdad, de la utilidad pública, de la mejora de las clases inferiores, de la mayor circulacion, de la mas equitativa distribucion de las riquezas, se arrojan sobre vuestros caudales y haciendas, ¿que les diréis? al tribuno que acaudille á la turba feroz ¿qué les responderéis, cuando os recuerde lo que hicisteis con el clero? su lógica será terrible, porque estribará en vuestro propio ejemplo, él os podrá decir con toda verdad: *yo os despojo y vosotros me lo habeis enseñado.*

“Vuestras quejas, se me dirá, son muy fundadas, vuestras razones muy poderosas, y la causa que defendeis es sin duda la causa de la justicia, de la política, y de la economía bien entendida; pero el hecho de que se trata es uno de aquellos que se consuman en medio de las revoluciones, y los hombres que manejan despues de ellas los negocios públicos, han de contentarse con derramar sobre tamaños males una lágrima estéril; pero se ven precisados á aceptar la funesta herencia tal como sea, porque del contrario seria menester entrar de

nuevo en el círculo de las reacciones.” No se me oculta lo que suele decirse sobre esa materia, y que á los españoles se nos achaca como tacha de inesperienza el no querer reconocer los hechos: pero sea lo que fuere de todo esto, observaré que no cabe aquí nada de cuanto suele decirse sobre este punto, porque al entablarse esas cuestiones, se trata siempre de hechos *consumados*, de hechos tales que no puedan anularse sin arrostrar grandes dislocaciones y trastornos; pero en lo tocante á la venta de los bienes del clero secular nada de eso se verifica: todo está íntegro: no solo no se ha realizado la venta, pero ni siquiera el gobierno se ha apoderado de los bienes; y estando reunidos los cuerpos colegisladores, y no pudiendo por consiguiente alegarse de que el gobierno tiene las manos atadas, si no se hace una reparacion que tantas simpatías hallaria en todos los corazones españoles ¿qué es lo que faltará? la voluntad.

Una de las consideraciones que mas pesarán en el ánimo de algunos políticos, para que se inclinen á mirar con secreta complacencia la enagenacion de los bienes eclesiásticos, será el quebrantar para siempre el poder del clero, el atajar de una vez para siempre su influencia. Al tocar este punto, las ideas se me agolpan en tropel, y mi pluma se deslizaria muy veloz si el recuerdo de que escribo en ocasion en que todavía se está derramando sangre española, no me aconsejara alguna reserva y no me inspirara cuidadosa templanza. Me contentaré ahora con brevisimas indicaciones, y entre tanto,

esperaremos que luzcan días menos calamitosos para nuestra desventurada patria, arena de tantas pasiones é intereses, juguete y víctima de tantas intrigas.

Para todos los hombres que saben pensar, es indudable que por largo tiempo han de ser terribles los apuros en que se ha de encontrar el gobierno, aun suponiendo que haya cesado la efusion de sangre: porque si bien hay en España muchos elementos de bien, andan empero tan desparramados, tan faltos de centralizacion, que no será fácil que alcancen á dominar los elementos de mal, que aunque de suyo débiles, tienen sin embargo, la ventaja de obrar con unidad de plan, y apiñados bajo la correspondiente bandera. Treinta años de convulsiones, indican que hay en España alguna causa muy profunda de malestar, y echando una ojeada en derredor nuestro, notamos con espanto que la desorganizacion ha llegado á tal punto, que casi puede decirse que la sociedad está disuelta. ¿Qué alternativas, qué dislocacion tan perenne en el mismo centro del gobierno! No dejo de apreciar en su justo valor la influencia calamitosa de la época; pero es menester mirar las cosas muy superficialmente, para no ver que el mal tiene raices mas profundas. Ya se ha observado que un gobierno no puede gobernar solo: ¿y no está solo un gobierno, cuando no está sostenido por instituciones robustas, que enlazadas con ideas grandes, vigorosas, extendidas por toda la nacion, forman como una basa anchurosa, bien trabada, firme, sobre que pueda

asentarse con seguridad la máquina de gobierno? ¿Y se verifica esto en España? ¿qué hombre que merezca el título de hombre de estado, podrá dudar que no sea necesario recoger, reunir y combinar del mejor modo posible, todos los medios de gobierno? ¿En qué cabeza bien organizada puede caber que sea conveniente disminuir las influencias religiosas y morales? ¿Será menester todavía buscar nuevos elementos de disolucion, quitar á esa nacion desventurada hasta el consuelo de la esperanza?

Tenemos los españoles la desgracia de que muchos de los hombres que se empeñan en dirigirnos, no nos conocen, porque mal pueden conocernos cuando solamente nos han estudiado desde Paris y Lóndres, ó cuando mas, no estendiendo la vista fuera del reducido círculo de algunos salones de la capital; por eso gran parte de sus proyectos, ó no encuentran aplicacion, ó experimentan resistencia; y al fijar la vista en los documentos que de su administracion y política encontramos en los periódicos, ocurre desde luego la idea, de que buena parte podria muy bien acomodarse en los folletines. Como quiera, andaremos sufriendo, ya que los españoles lo hemos perdido casi todo, menos el hábito de sufrir; y al contemplar ese porvenir tan nebuloso, acabará de afligirnos la amarga consideracion de que, si nuestros hombres públicos se empeñan en cerrar los ojos á lo que es mas claro que la luz del dia, por mas que haya sufrido la generacion que acaba, quizás tendrá poco que envidiar á la generacion que comienza.



JAN

[A white paper label is affixed to the spine area with clear tape. The label is mostly blank, but some faint markings are visible.]

E
M
C

riales: y los que nos traen el ejemplo de lo acontecido en Francia despues de la revolucion, deberian recordar lo que está sucediendo en Inglaterra. En tales materias es siempre muy poco conforme á buena filosofia, el señalar una sola causa á un efecto que por precision ha de haber dependido del concurso de muchas; y ademas hay tambien riesgo de caer en la falta de atribuir un hecho á otro, solo porque ha sucedido despues de él. Aun concretándonos á España, podemos observar, que en Cataluña hay un desarrollo industrial y mercantil que desgraciadamente está muy lejos de ser general en las demas provincias del reino, y sin embargo, en Cataluña no dejaba de haber nobleza y clero, y con sus propiedades como en las demas partes.

La riqueza de una nacion, como la de una familia y la de un ciudadano, está en los medios de satisfacer sus necesidades: cuanto mas abundantes sean esos medios, mas variados, mas á la mano, y mas á propósito para sus fines, tanto mayor será la riqueza. Todos los medios para satisfacer nuestras necesidades están encerrados en el seno de la naturaleza: toda nacion, pero en particular la española, los tiene en sí propia; esplotarlos es obra del trabajo dirigido por la inteligencia. Rica y fecunda como es la naturaleza, solo ofrece sus preciosos tesoros á la constancia, á la diligencia, al trabajo; pero este trabajo se desperdicia si no es dirigido por la inteligencia, así como esta es estéril, si no tiene por instrumento el trabajo. Fomén

tese el desarrollo de la inteligencia, por medio de establecimientos de enseñanza útil; protéjase el trabajo cuidando que con dar oídos á proposiciones insidiosas, no se eche á perder en un dia el fruto de tantos sudores; véase que los productos y manufacturas nacionales, no teniendo que luchar en desigual competencia, puedan circular con desembarazo, y encuentren abundante salida, compensándose unas provincias á otras sus perjuicios y ventajas; y veremos entonces si serán necesarias las violencias, para que tomen alto vuelo nuestra industria y comercio, para que adelante con rapidez la nacion en el camino de la prosperidad.

Hay en esta parte un hecho que no quiero dejar de consignarle aquí, porque seguramente ha sido muy poco notado, á pesar de que arroja mucha luz sobre la materia. Si la venta de las propiedades del clero hubierera sido conducente para el fomento de la prosperidad nacional, como se ha querido suponer, hubiéranlo ciertamente advertido las clases interesadas: y en seis años de revueltas, cuando tan abiertos han estado todos los conductos para espresarse todo género de opiniones, cuando se ha excitado hasta tal punto la odiosidad contra el clero, se habria manifestado esta opinion; y siendo ademas tan accesible como ha sido el gobierno, para que pudieran dirigírsele toda clase de representaciones, se habria encontrado con numerosas esposiciones de labradores, de fabricantes, de comerciantes, en que le hubieran estimulado para que lleva-

ra á cabo la medida. ¿Y ha sucedido así? Antes de decretarse ¿quién solicitó el decreto? despues de decretada ¿quién ha instado para que se llevara á efecto? Este hecho no es para despreciado ni olvidado: todos los hombres pensadores le estimarán en su justo valor, y la espresion casi unánime de la prensa periódica, el sentir de algunos hombres de lo mas granado de la nacion, consignado en documentos bien célebres, son un testimonio irrecusable de cuál es en esta parte la verdadera opinion pública. ¿Y cuál es la causa que las clases industriales y mercantiles no muestren ningun interés en que se lleve á cabo esa medida? es que el sentido comun, mas cuerdo que las teorías, les enseña, que no adelantará por eso un solo paso la inteligencia, no se estimulará mas el trabajo, no se difundirá entre las clases productoras ningun medio nuevo que facilite la produccion; es decir, que no se creará ningun valor nuevo, ni se proporcionará la facultad de crearle, y por tanto que nada se habrá adelantado en la riqueza.

Llevo ya indicado que si llega á verificarse la venta de los bienes del clero, se acumularán éstos en manos de algunos grandes capitalistas: y tal es la naturaleza de la operacion, y tales sus circunstancias, que es imposible que suceda de otra manera. Pero esta misma acumulacion de bienes en pocas manos, con tal que sean de comerciantes, la juzgarán algunos un bien; por opinar, que esto mismo redundará en beneficio de la prosperidad

pública, estando en la equivocada idea de que podrá contribuir al bien de las clases productoras el improvisar algunas grandes fortunas, y el engrandecer aquellas que á la razon se encuentran ya en mucho auge. Si lo consintiese la naturaleza del escrito, me detendria de buena gana en fijar la idea del comercio útil, y haciendo de ella algunas aplicaciones, haria observar que no son comerciantes útiles todos los que se apellidan comerciantes, porque el comercio si ha de ser útil, ha de ser tambien productor á su modo; pues no puede decirse que contribuya á la riqueza de la sociedad quien nada produce, quien en nada aumenta los medios de satisfacer las necesidades. Pero aunque no me sea dable estenderme sobre el particular, para los inteligentes en la materia bastarán esas indicaciones, y el fijar la atencion sobre la naturaleza de las especulaciones que ocupan á algunos grandes capitalistas, para juzgar si son las mas á propósito para producir nuevos y verdaderos valores, y por tanto para aumentar la prosperidad pública.

No seré yo quien dispute á las sociedades modernas ninguno de los títulos de gloria á que se hayan hecho acreedoras; pareceme no obstante que aun en los ramos en que mas se pondera el adelanto, hay muchos importantes problemas que resolver; y que sobre todo, en eso de riqueza industrial y mercantil con respecto á la pública felicidad, hay puntos de vista sobre manera equivocados. Es bas-

tante comun el confundir la verdadera y saludable circulacion de las riquezas con el movimiento febril que presentan las bolsas; así como las colosales fortunas de uno que otro comerciante, ó la opulencia de algun dueño de establecimientos fabriles, se toma erradamente como indicio de prosperidad en el comercio y las artes, y de bienestar y dicha en todas las clases de ciudadanos. Cuán infundado esto sea, cuán distante se halla de la verdad, quedará bien claro si se advierte, que ni la prosperidad y poderío de un gobierno es indicio bastante seguro de que disfruten mayor riqueza y felicidad la mayor parte de sus súbditos. A la sombra de unos gobiernos que asombran al mundo con su grandeza y le sojuzgan con su poder, ¿no vive una poblacion inmensa sumida en la mas espantosa miseria? Sin traer aquí las curiosas, pero tristes pruebas, que con larga mano nos ofreceria la estadística de Inglaterra, y sobre la cual se alegraria desde luego que el origen del mal está en las grandes riquezas del clero protestante y de la nobleza, ¿no presenta un espectáculo bien doloroso la Francia, esa Francia cuya prosperidad y dicha tanto se ponderan, y sobre la cual pasó de un modo tan terrible el nivel de la revolucion, allanando desigualdades? Todos los aficionados á esas materias estarán sin duda al corriente de los cálculos publicados en Paris sobre el particular: y de ellos se desprende la increíble muchedumbre de infelices que ecsisten en aquel reino, que apenas pueden

proporcionarse el mas vil y escaso alimento para arrastrar su vida miserable.

Y ¿cómo será esto posible? ¿no hay allí mucha division de la propiedad, mucha circulacion de capitales? es indudable; pero todo esto nos enseña que en la pretendida distribucion de las riquezas, hay mucho de ilusorio, de nominal; que las desigualdades tan combatidas se han presentado bajo otra forma, que se han derribado unas grandeas y las han reemplazado otras, y que con tantas revoluciones y espoliaciones no ha mejorado tanto como algunos pretenden, la clase mas numerosa; y que concentradas en pocas manos increíbles riquezas, puesta gran parte de la sociedad á sueldo de los grandes capitalistas, la industria y comercio no se ejerce en provecho del mayor número, y el lujo y los placeres de nuevos grandes, disipan el fruto de las tareas del modesto artesano, y del miserable jornalero.

Es preciso no mirar la sociedad para no advertir que á su modo, con mas ó menos paliativos, subsiste todavía el feudalismo; y que esos grandes banqueros, esos opulentos comerciantes, esos acaudalados dueños de establecimientos fabriles, han venido á ponerse en lugar de los antiguos señores: fáltales por cierto aquel brio caballeresco, aquellos generosos arranques que hacian pródigos de su reposo, sus riquezas y sangre á los antiguos paladines; pero á buen seguro que en la magnificencia de los palacios, en el lujo y esplendor de sus carrozas, en la numerosa muchedumbre de humildes dependien-

tes, no echamos menos los soberbios castillos, los orgullosos blasones, las ricas armaduras, los enjaezados alazanes, y la numerosa comitiva de los vaallos.

La poca mejora que alcanza la clase mas numerosa, á pesar de los tan decantados adelantamientos sociales, ha escitado ya el celo de los hombres benéficos, inspirado temores á los poderosos, y llamado sériamente la previsora atencion de los gobiernos: y de aquí dimanar el movimiento intelectual que se ha desplegado de algun tiempo á esta parte, para mejorar la condicion del pueblo, y los proyectos y discusiones sobre las medidas mas acertadas y conducentes. Andan en muy buen camino los que dicen que el primer paso que debe darse es educar bien al pueblo; pero á mi juicio, con el problema moral, ha de reunirse un problema económico, y es: "¿cuáles serian los medios mas á propósito para que sin atentar contra la propiedad, y sin embarazar el desarrollo de la industria y comercio, se alcanzase á evitar la acumulacion de inmensos capitales en pocas manos, estendiéndose á mayor círculo del que ahora tienen, los provechos reales y positivos de la industria y comercio?" No se me oculta que para animar la produccion, son necesarios grandes capitales; pero tambien sé que es menester distinguir entre la abundancia de capitales, y su acumulacion en pocas manos: ¡oh si las sociedades modernas encontraran el medio de la reunion de capitales, tal como es conve-

niente para vivificar la industria; pero sin que lo absorbiesen todo algunos capitalistas colosales! Este problema para el cual se piensa muy poco, y que tal vez estaba por proponer, es muy digno de llamar la atencion de todos los sábios, y sea lo que fuere de la dificultad, ó quizás imposibilidad de su resolucion, no será demas anunciarle en España, que se halla en una posicion escepcional, advirtiéndolo al gobierno, que siempre es menos difícil prevenir los males, que no remediarlos.

En España no se encuentra tanto como en otras naciones aquella poblacion numerosa y facticia, que carece casi enteramente de medios de subsistencia, y que colocada en una posicion tan miserable y trabajosa, ameneza de continuo á la tranquilidad de los Estados. Y no es que en España no haya tambien muchísimos pobres, sino que desparramada la poblacion en dilatado terreno, no se la ve reunida en inmensas ciudades, que abundan en otros paises; y teniendo á causa de su profesion y de sus ideas poca aficion á lo que se llama revoluciones, ofrece al gobierno un inconveniente de menos en sus multiplicados embarazos: y cuando está bastante atrasada todavía nuestra industria, cuando no ha tomado mucha estension nuestro comercio, podriase quizás ensayar, si seria dable entre nosotros lograr los bienes que por esos medios han logrado otros paises, pero sin tropezar tampoco en sus males. Los estudios económicos han de andar siempre enlazados con los estudios sociales; en la sociedad to-

do está íntimamente unido por relaciones muy delicadas; y es menester que cuando se trate de dirigir la mano del hombre, no se pierda nunca de vista su corazón. El mirar las cosas aisladamente ha traído ya muchos males: medio siglo de sucesos extraordinarios han enseñado ya mucho; pero medio siglo mas revelará, que son muy débiles varios puntos sobre los cuales se asienta ahora la planta, como sobre firmísimo apoyo.

El estímulo de la propia necesidad, el aliciente de mayores comodidades, la afición á todos los conocimientos científicos y artísticos, el espíritu de adelanto, de mejora, de perfeccion en todos ramos, todos estos elementos que se hallan ya difundidos en España, serán bastantes á producir una fermentación, que por ser natural y suave, no dejará de ser viva y fecunda, si es que tengamos un gobierno hábil para dirigirla, solícito y activo para animarla, y sobre todo, firme para protegerla contra los ataques de la codicia estrangera. Así se creará una industria á propósito para contribuir á la felicidad pública; así podrá combinarse con ella la educación religiosa y moral del pueblo, la formación de hábitos nobles, de costumbres puras; así veremos ir en aumento una población moral y acomodada, y por consiguiente tranquila y fuerte; así podrán medrar unas clases sin perjuicio de otras; así, y tomando parte en las empresas los mismos propietarios, podrán enlazarse todos los intereses, y marchar hermanados y de frente los de la agricultura, industria

y comercio; así será todo nacional, todo nuestro; todo natural; nada se verá de esotérico, ni violento; y nuestra dicha será duradera porque tendrá en el mismo país raíces estendidas y profundas; y con la prosperidad de la nación alcanzará nuestro gobierno grandeza y poderío.

Pero si desangrada la nación en tan penosas y dilatadas revueltas; si chupados nuestros tesoros por la astuta codicia estrangera, ahora con ventas colosales y repentinas, las riquezas territoriales se pasan á manos de unos pocos capitalistas, de los cuales buena parte serán extranjeros, y se agobia á la agricultura con nuevos impuestos para llenar el vacío; ¿qué puede esperar entonces la nación? ¿Qué nos importará el que en este ó aquel punto se lleve á cabo algun proyecto industrial y mercantil, si todo ha de llevar el sello de importación violenta, y por tanto de poca utilidad, y de incierta duración? Si en medio de una población hambrienta y desnuda, hemos de ver cual se presentan en ademan de protección los agentes de algunos potentados, que reúnan á sus tesoros inmensas propiedades territoriales, ¿dónde estará la independencia del pueblo? ¿Qué habra ganado en bienestar? ¿De qué servirá ni para la felicidad pública, ni para acrecentar la fuerza del gobierno, el que en uno que otro punto se improvise una población débil é inmoral, solo á propósito para servir de instrumento en los motines y trastornos, y para perecer luego en los hospitales? medítenlo todos los hombres pensadores.

IX.

Al acercarme al fin de mi tarea me pregunto á mí mismo ¿qué fruto producirá tu palabra? no lo sé: tal vez muy poco, quizás ninguno: salida de boca de un hombre oscuro, lanzada en medio de un mundo agitado, revuelto como el mar en las tormentas, combatida por las pasiones, y abrumada por los intereses contrarios, perderáse como un débil eco que sulca los aires en medio de estrepitosa borrasca. Como quiera, no soltaré la pluma de la mano sin ofrecer á la consideracion de nuestros políticos, y de todos los hombres que tengan algo que perder, algunas consideraciones importantes.

Una vez atacado un género de propiedad, ya no es posible defender las otras: el principio asentado para legitimar la invasion de la una, se extenderá igualmente á las otras; la aplicacion es óbvia, las consecuencias rigurosas; y siendo tan sabrosos para la codicia y la inmoralidad los resultados de tales doctrinas, difícil será, que en presentándose oportunidad, no se aprovechen de ellas las pasiones políticas: sobre todo si llegan á ser sancionadas con un acto solemne, autorizadas con tal ejemplo. Basta dar una ojeada á la historia, basta una mirada á la revolucion francesa, basta un recuerdo de lo acontecido entre nosotros, para conocer que en las revoluciones hay siempre una fuerte tendencia á violar la propiedad; las revoluciones no son otra

cosa que grandes sacudimientos en que se hundan los gobiernos y demas instituciones; y rotos entonces todos los vínculos que mantienen trabado el órden social, toman todas las pasiones una terrible expansion, diríjense hácia los objetos que las brindan con mas sabroso aliciente; y así como una porcion de ambiciosos escalan el poder para alcanzar renombre, y mejorar sus fortunas, así las clases inferiores elevan sus ojos hácia las superiores, é incitadas por sus propios padecimientos, atizadas por la fogosa palabra de los tribunos, y convidadas por la esperanza de mejorar de suerte, teniendo á la vista ricos y espléndidos despojos, arrojáanse furiosas sobre la presa, é inundan la sociedad de sangre y de lágrimas.

En el órden social como en el físico, todo está íntimamente encadenado: y difícil es que se pueda tocar un eslabon sin que se resientan todos los otros: esto ya es siempre una verdad; pero en tal estado se hallan las sociedades modernas, que lo es mucho mas respecto de ellas; pudiendo asegurarse, que es altamente peligroso todo cuanto tenga la menor tendencia á socavar los cimientos del órden, sea lanzando una idea peligrosa, sea presentando algun grande escándalo, que pueda luego ser alegado como un legítimo antecedente.

Gran parte de los gobiernos llevan en su propia forma la necesidad de un vivo movimiento; la imprenta, apoderándose de las ideas, y adornándolas transformándolas, engrandeciéndolas y disfrazán-

dolas, las propaga con la rapidez del pensamiento; ejerciendo sobre la sociedad ya de suyo ardiente como inmensa fragua, la accion del aire en acanalada y poderosa corriente: las ciencias estendidas á todos los ramos, y sujetándolo todo á su análisis revelan todos los flancos débiles, todos los tejidos de frágil contestura; y calentando las cabezas, deslumbrando los ojos con brillante aparato, constituyen un verdadero poder social, de cuya influencia no pueden prescindir ni aun aquellos paises, en que menos entrada han tenido las innovaciones políticas. El esplendoroso lujo, los primores y maravillas de las artes, complaciendo hasta el fastidio, la molicie y los caprichos, estendiendo, multiplicando, y aguzando las necesidades, y llevando los incentivos por los cuatro ángulos de la tierra en las veloces alas de rapidísimas comunicaciones, acaban de completar la viveza y rapidez del movimiento; por manera que mirado desde un elevado punto el vasto campo de las sociedades modernas, descúbrense en él tanta vida, tanta accion, tanta variedad, tanto movimiento, tantos elementos inflamables, que el corazon se oprime de zozobra, cuando se ven ciertas ideas que á manera de chispas corren, circulan, serpean arrojando ardientes centellas sobre ese inmenso campo, donde tan peligrosa es una conflagracion, donde tan grande seria la pérdida.

Creada á impulsos de la fabricacion una poblacion numerosa, que no cuenta con otros medios de subsistencia que sus brazos, sin otra garantía de

ocuparlos que los establecimientos fabriles, colocada esa muchedumbre de hombres, no en la clase de los esclavos de las antiguas repúblicas, sino iguales ante la ley con los mas distinguidos ciudadanos, con sus familias miserables, pero independientes, con amplia libertad de trasladarse de lugar, de escoger la profesion, de cambiarla, de procurarse conocimientos, de ambicionar empleos; con vivo deseo de mejorar de condicion, con las inclinaciones turbulentas que les inspira la misma sociedad en que viven, y la vista de algunas familias que nadan en la opulencia y en el regalo, es evidente que andando el tiempo, puede verse la sociedad en terribles compromisos, y que es indispensable echar mano de todos aquellos medios que puedan prevenirlos, y evitar todas las medidas que pudieran provocarlos.

Yo no sé si á la prevision ó al presentimiento de tamaño riesgo puede atribuirse esa tendencia general que se despierta en todas partes, á cimentar el orden, á robustecer el poder, á invocar la Religion, y á abjurar mas ó menos á las claras, los disolventes principios de una escuela de infausta memoria: pero lo cierto es que el hecho ecsiste; y que aun en aquellos paises en que mas se han arraigado las instituciones liberales, se hace sentir con notable fuerza, y se descubren visiblemente sus efectos.

Meditenlo bien esos hombres de elevadas clases, esos ricos propietarios, esos acaudalados comerciantes de quienes dependerá seguramente el que se